

SEGUNDA ENTREGA DE LA SERIE ALCATRAZ

ALCATRAZ

contra los

BIBLIOTECARIOS MALVADOS

LOS HUESOS DEL ESCRIBA



BRANDON
SANDERSON

de

El abuelo Smedry está en problemas.

¡Alcatraz al rescate!

En su segunda escaramuza contra los Bibliotecarios malvados que rigen el mundo, Alcatraz y su singular pandilla de luchadores siguen las huellas del abuelo Smedry hasta la antigua y misteriosa Biblioteca de Alejandría. Los habitantes de las Tierras Silenciadas, —las regiones controladas por los Bibliotecarios, como Canadá, Europa y Estados Unidos— creen que la biblioteca fue destruida hace tiempo. Los habitantes de los Reinos Libres conocen la verdad: la Biblioteca de Alejandría todavía existe y es uno de los lugares más peligrosos del planeta. Es el lugar que habitan unos de los Bibliotecarios más temibles: los Conservadores, una secta de muertos vivientes que se alimentan de almas. ¿Lograrán Alcatraz y sus amigos rescatar al abuelo Smedry y salir de allí con vida?



Brandon Sanderson

Los huesos del escriba

Alcatraz vs. los bibliotecarios malvados - 2

ePub r1.0

Titivillus 25.10.16

Título original: *Alcatraz versus the Evil Librarians. The Scrivener's Bones*

Brandon Sanderson, 2008

Traducción: Pilar Ramírez Tello

Ilustraciones: Hayley Lazo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



*Para Lauren, que de algún modo se las apaña
para ser la peque de la familia y, a la vez,
la más responsable de todos nosotros*

Prólogo del autor

Soy un mentiroso.

Me doy cuenta de que quizá no os lo creáis. De hecho, espero que no os lo creáis. No solo haría que mi frase fuera especialmente irónica, sino que significaría que todavía os queda mucho por aprender.

Veréis, sé que los de los Reinos Libres habéis escuchado muchas historias sobre mí. Puede que hayáis visto algún documental sobre mi vida a través de una pantalla silimática. Entiendo que no os traguéis que soy un mentiroso; seguramente penséis que solo pretendo ser humilde.

Creéis conocerme. Habéis oído las historias, habéis hablado con vuestros amigos sobre mis hazañas, habéis leído libros de historia y oído a los pregoneros contar mis heroicas proezas. El problema es que la única gente que miente más que yo es a la que le gusta hablar sobre mí.

No me conocéis. No me comprendéis. Y, sin duda, no deberíais creer lo que leáis sobre mí, salvo —por supuesto—, lo que leáis en este libro, ya que contendrá la verdad.

Ahora permitidme que os hable a los de las Tierras Silenciadas. Con eso me refiero a los que vivís en sitios como Canadá, Europa o Estados Unidos. ¡No os dejéis engañar, esto no es un libro de fantasía! Como ocurría con el anterior volumen, vamos a publicar este libro como ficción en las Tierras Silenciadas para poder ocultárselo a los Bibliotecarios.

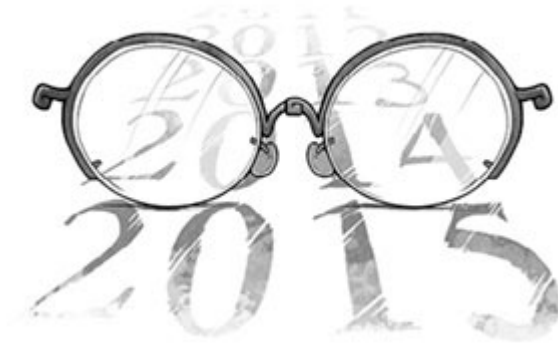
No es ficción. En los Reinos Libres —tierras como Mokia y Nalhalla—, se publicará como autobiografía sin más. Porque eso es lo que es. Mi historia contada por primera vez para demostrar lo que sucedió realmente.

Para variar, pretendo acabar con las mentiras. Para variar, pretendo ver la verdad impresa en papel. Me llamo Alcatraz Smedry y os doy la bienvenida al segundo volumen sobre la historia de mi vida.

Ojalá os resulte esclarecedor.



Capítulo 1



A sí que allí estaba yo, tirado en mi silla, esperando en una gris terminal de aeropuerto, masticando con aire ausente unas patatas fritas rancias de bolsa.

No es el principio que esperabais, ¿eh? Seguramente pensabais que empezaría este libro con algo emocionante. Una escena con malvados Bibliotecarios, por ejemplo; algo con altares, Animados o, al menos, metralletas.

Siento decepcionaros. No sería la primera vez que lo hago. Sin embargo, es por vuestro propio bien. Veréis, he decidido reformarme. Mi último libro era muy injusto; lo empecé con una escena de acción intensa, llena de amenazas, y después la corté y dejé a los lectores colgados, preguntándose qué pasaría y frustrados.

Prometo no volver a engañaros de ese modo en mis libros. No usaré finales emocionantes ni otros trucos para que sigáis leyendo.

Seré pausado, respetuoso y completamente sincero.

Ah, por cierto, ¿he mencionado ya que, mientras esperaba en ese aeropuerto, corría más peligro del que probablemente haya corrido en toda mi vida?

Me comí otra patata frita rancia.

De haber pasado junto a mí en aquel momento, habríais pensado que presentaba el aspecto de un chico estadounidense normal. Tenía trece años y pelo castaño. Llevaba vaqueros amplios, una chaqueta verde y zapatillas deportivas blancas. Había crecido un poco los últimos meses, pero seguía estando dentro de la media para mi edad.

De hecho, lo único anormal de mí eran las gafas azules que tenía puestas. No eran gafas de sol de verdad, sino que parecían las gafas de lectura de un anciano, solo que con cristales tintados de celeste.

(Todavía considero ese aspecto de mi vida muy injusto. Por algún motivo, cuanto más poderosas son unas lentes oculantistas, menos chulas parecen. Estoy desarrollando una teoría al respecto: la Ley de la Sosez Desproporcionada.)

Me puse a masticar otra patata. «Venga... —pensé—. ¿Dónde estás?»

Mi abuelo, como siempre, llegaba tarde. Ahora bien, tampoco se le podía culpar del todo por ello, ya que, al fin y al cabo, Leavenworth Smedry es un Smedry (el apellido lo delataba sin remedio). Como todos los Smedry, tiene un Talento mágico. El suyo es la habilidad de llegar tarde a las citas.

Aunque casi el todo el mundo lo habría considerado un enorme inconveniente, el estilo de los Smedry consiste en utilizar nuestros Talentos en beneficio propio. El abuelo Smedry, por ejemplo, tiende a llegar tarde a todo, desde heridas de bala a desastres. Su Talento le ha salvado la vida en numerosas ocasiones.

Por desgracia, también tiende a llegar tarde en el resto de los casos. Creo que utiliza su Talento como excusa, aunque no sea culpa del Talento; he intentado echárselo en cara algunas veces,

pero siempre he fallado: el abuelo llegaba tarde a mi regañina y el sonido no lo alcanzaba nunca. (Además, en opinión del abuelo Smedry, una regañina es un desastre.)

Me encorvé un poco más en la silla para intentar no parecer sospechoso. El problema era que cualquiera que supiera qué buscar se daría cuenta de que llevaba unas lentes oculantistas. En este caso, mis anteojos celestes eran lentes de mensajero, un tipo común de lentes que permitían a dos oculantistas comunicarse si se encontraban a poca distancia. Mi abuelo y yo las habíamos aprovechado bien durante los últimos meses, cuando nos escondíamos y huíamos de los Bibliotecarios.

Pocas personas en las Tierras Silenciadas comprenden el poder de las lentes oculantistas. La mayoría de las que caminaban por el aeropuerto no tenían ni idea de lo que eran los oculantistas, la tecnología silimática y la secta de malvados Bibliotecarios que dirigía el mundo en secreto.

Sí, habéis leído bien: unos malvados Bibliotecarios controlan el mundo. Mantienen a toda la gente en la ignorancia, y enseñan mentiras en vez de historia, geografía y política. Es como un chiste para ellos. ¿Por qué si no iban a ponerles a las cárceles nuestros nombres? Tienen un retorcido sentido del humor.

Me comí otra patata. Se suponía que el abuelo Smedry se pondría en contacto conmigo a través de las lentes de mensajero hacía más de dos horas, así que era mucho retraso, incluso para él. Miré a mi alrededor para intentar averiguar si había agentes bibliotecarios entre la multitud del aeropuerto.

No vi a ninguno, aunque eso no quería decir nada. Tenía la suficiente experiencia ya como para saber que no siempre se puede distinguir a un Bibliotecario con tan solo mirarlo. Aunque algunos se vestían en consecuencia —gafas de montura de carey para ellas, pajaritas y chalecos para ellos—, otros parecían completamente normales y se mezclaban con los ciudadanos corrientes y molientes. Peligrosos, pero invisibles. (Algo así como esos agitadores que leen novelas de fantasía.)

Tenía que tomar una decisión complicada: podría seguir con las lentes de mensajero puestas, lo que me identificaba como oculantista ante los agentes bibliotecarios; o podía quitármelas y, por tanto, perderme el mensaje del abuelo Smedry cuando se acercara lo suficiente para enviármelo.

Si es que se acercaba lo suficiente para enviármelo.

Un grupo de gente se acercó adonde estaba yo sentado, colocó su equipaje sobre unas cuantas filas de sillas y se puso a charlar sobre los retrasos por culpa de la niebla. Me tensé y me pregunté si serían agentes enemigos. Tres meses a la fuga me habían vuelto un poco paranoico.

Sin embargo, habíamos dejado de huir. No tardaría en escapar de las Tierras Silenciadas y visitar por fin mi hogar, Nalhalla, uno de los Reinos Libres. Un lugar del que los habitantes de las Tierras Silenciadas no conocían su existencia, a pesar de que estaba en un gran continente en el océano Pacífico, entre América del Norte y Asia.

No había estado allí nunca, pero había escuchado historias y conocía alguna tecnología de los Reinos Libres, como los coches que se conducían solos o los relojes de arena que seguían dando la hora por muchas vueltas que les dieras. Estaba deseando llegar a Nalhalla, aunque, sobre todo, estaba desesperado por salir de las zonas controladas por los Bibliotecarios.

El abuelo Smedry no me había explicado demasiado sobre cómo pretendía sacarme de allí, ni tampoco me había dicho por qué teníamos que reunirnos en el aeropuerto. Parecía poco probable que hubiera vuelos a los Reinos Libres. Sin embargo, fuera cual fuese el método, estaba bastante seguro de que nuestra huida no sería fácil.

Por suerte, tenía unas cuantas cosas de mi parte. En primer lugar, era un oculantista y tenía acceso a unas cuantas lentes poderosas. En segundo lugar, tenía a mi abuelo, que era un experto en evitar a los Bibliotecarios. En tercer lugar, sabía que a los Bibliotecarios les gustaba pasar desapercibidos, a pesar de que

controlaran el mundo en secreto. Probablemente no debía preocuparme ni por la policía ni por el personal de seguridad del aeropuerto. Seguro que los Bibliotecarios no los querían involucrar, ya que se arriesgaban a revelar la conspiración a gente con un rango demasiado bajo.

Además, tenía mi Talento, pero..., bueno, tampoco estaba seguro de si eso constituía una ventaja o no. Porque...

Me quedé inmóvil. Había un hombre de pie en la zona de espera de la puerta contigua a la mía. Llevaba traje y gafas de sol. Y me miraba. En cuanto me fijé en él, volvió la cabeza y se esforzó demasiado por parecer indiferente.

Seguramente, las gafas de sol eran lentes de guerrero, uno de los pocos tipos de lentes que puede usar alguien que no sea oculantista. Me puse rígido; el hombre parecía mascullar para sí...

O hablar por radio.

«¡Cristales rayados!», pensé. Me levanté y me puse la mochila. Me metí entre la gente y dejé atrás la puerta de embarque. Después me llevé las manos a los ojos para quitarme las lentes de mensajero.

Pero... ¿y si el abuelo Smedry intentaba ponerse en contacto conmigo? No iba a ser capaz de encontrarme en aquel aeropuerto abarrotado, así que tenía que seguir llevando las lentes.

Me siento obligado a detener aquí la acción para advertiros que a menudo detengo la acción para mencionar trivialidades. Es uno de esos malos hábitos míos que, junto con el de ponerme calcetines desparejados, tienden a molestar a la gente. Pero no es culpa mía, en serio. Culpo a la sociedad. (Por lo de los calcetines, me refiero. Lo de detener la acción y tal es solo culpa mía.)

Apresuré el paso manteniendo la cabeza gacha y las lentes puestas. Antes de llegar demasiado lejos, me fijé en un grupo de hombres con traje negro y pajaritas rosas que estaba en una pasarela mecánica, un poco más adelante. Los acompañaban varios guardias de seguridad.

Me quedé paralizado. «Pues nada, adiós a lo de no preocuparme por la policía...»

Intenté no dejarme llevar por el pánico, me volví con todo el disimulo posible y me fui a toda prisa en dirección contraria.

Debería haberme dado cuenta de que las reglas empezarían a cambiar, ya que los Bibliotecarios llevaban tres meses persiguiéndonos al abuelo y a mí. Puede que no les gustara nada la idea de involucrar a las fuerzas del orden locales, pero menos aún les gustaba la idea de perdernos.

Un segundo grupo de agentes bibliotecarios se acercaba en dirección contraria. Unos doce guerreros con lentes, seguramente armados con espadas de cristal y otras armas avanzadas. Solo podía hacer una cosa.

Me metí en el cuarto de baño.

Allí dentro había varias personas, a lo suyo. Corrí a la pared de atrás, dejé caer la mochila y apoyé las dos manos en los azulejos.

Un par de hombres que estaban en el baño me miraron con cara rara, pero ya me había acostumbrado. La gente llevaba mirándome raro toda la vida; ¿qué se podía esperar de un crío que siempre está rompiendo cosas que, en realidad, no eran tan rompibles?

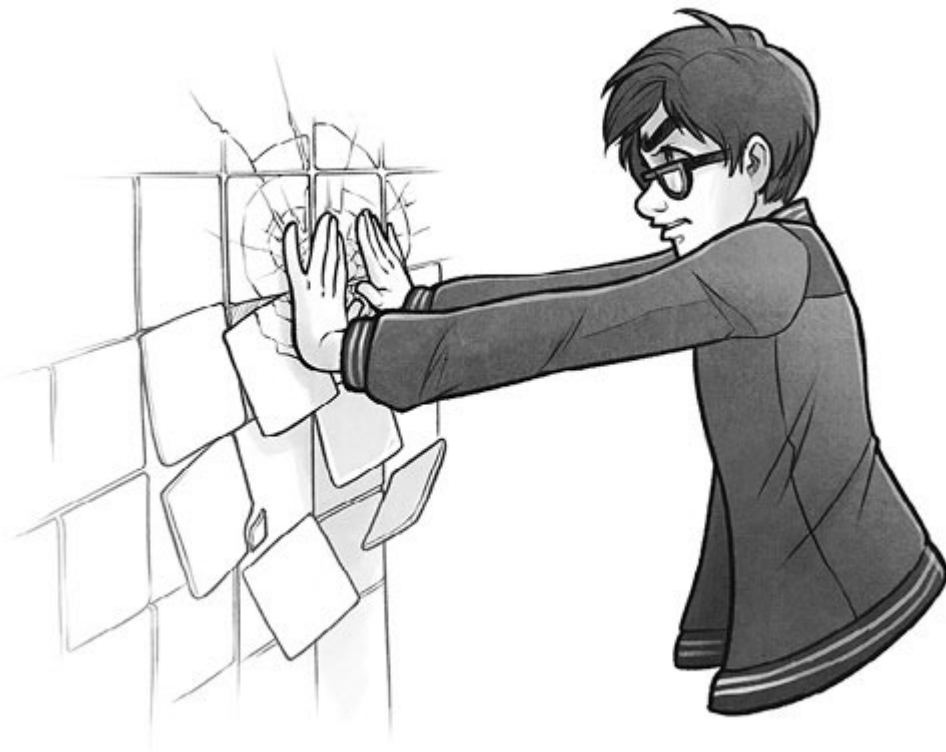
(Una vez, cuando tenía siete años, mi Talento decidió romper trozos de hormigón al pisarlos. Dejé una línea de acera rota detrás de mí, como las huellas de un inmenso robot asesino..., uno que calzara zapatillas de deporte talla treinta.)

Cerré los ojos y me concentré. Antes dejaba que mi Talento gobernara mi vida. No sabía que podía controlarlo; ni siquiera estaba convencido de que fuera real.

La llegada del abuelo Smedry, tres meses antes, lo había cambiado todo. Mientras me arrastraba con él para infiltrarnos en una biblioteca y recuperar las Arenas de Rashid, me había ayudado a descubrir que podía utilizar mi Talento, en vez de, simplemente, dejar que él me utilizara.

Me concentré, y unas descargas gemelas de energía palpitante me brotaron del pecho y me bajaron por los brazos. Los azulejos

que tenía delante saltaron y se hicieron pedazos contra el suelo, como una fila de témpanos desprendidos de una barandilla. Seguí concentrándome. La gente que tenía detrás gritó. Los Bibliotecarios se me iban a echar encima en cualquier momento.



Toda la pared se derrumbó hacia fuera. Un chorro de agua empezó a regar el aire. No me paré a volver la vista para mirar a los hombres que gritaban, sino que eché la mano hacia atrás para coger mi mochila.

Entonces se rompió un asa. Solté un improperio por lo bajo y la cogí por la otra asa. Se rompió también.

El Talento. Una bendición y una maldición. Ya no dejaba que me controlara, pero tampoco lo controlaba yo del todo. Era como si el Talento y yo compartiéramos la custodia de mi vida; yo me la quedaba fines de semana alternos y algunos festivos.

Dejé la mochila, puesto que tenía las lentes en los bolsillos de la chaqueta, y eso era lo único de valor que poseía. Me metí por el agujero, abriéndome paso entre los escombros para introducirme en las tripas del aeropuerto (ummm, salir del baño para meterme en las tripas; normalmente suele ser al revés).

Estaba en una especie de túnel de servicio mal iluminado e incluso mal limpiado. Corrí túnel abajo durante varios minutos. Creo que debí de dejar la terminal atrás y llegar a otro edificio a través de un corredor de acceso.

Al final había unas escaleras que daban a una gran puerta. Oí gritos y me arriesgué a volver la vista atrás: un grupo de hombres corría por el pasillo hacia mí.

Miré de nuevo al frente y le di un tirón al pomo. La puerta estaba cerrada con llave, pero las puertas siempre han sido una de mis especialidades, así que el pomo se soltó; lo lancé por encima del hombro, como si nada, y abrí la puerta de una patada. Estaba en un gran hangar.

Unos aviones enormes se erguían sobre mí, con sus parabrisas oscuros. Vacilé y levanté la mirada hacia ellos sintiéndome empedalear, como si se tratara de grandes bestias.

Sacudí la cabeza para salir de mi estupor. Los Bibliotecarios seguían detrás de mí. Por suerte, daba la impresión de que aquel hangar estaba vacío. Cerré la puerta, puse la mano sobre la cerradura y utilicé mi Talento para romperla de modo que el cerrojo se quedara atascado. Salté por encima de la barandilla y aterricé en unos cuantos escalones que bajaban al suelo del hangar.

Cuando llegué abajo, mis pies dejaron huellas en el suelo polvoriento. Intentar huir por la pista parecía la forma más segura de conseguir que me detuvieran, teniendo en cuenta cómo estaba la seguridad del aeropuerto. Sin embargo, esconderse también parecía arriesgado.

En realidad, era una buena metáfora de mi vida: hiciera lo que hiciese, acababa corriendo más peligro que antes. Podría decirse

que constantemente salía del fuego para caer en las brasas, que es un dicho muy común en las Tierras Silenciadas.

(Permitidme comentar que, como puede verse, los habitantes de las Tierras Silenciadas no son muy imaginativos con sus frases hechas. Lo que yo suelo decir es: «Salir de la sartén para caer en el pozo mortal lleno de tiburones que blanden motosierras con gatitos asesinos grapados a ellas.» Sin embargo, me está costando ponerlo de moda.)

Los del otro lado de la puerta empezaron a pegarle puñetazos. La miré y tomé una decisión: intentaría esconderme.

Corrí hacia una pequeña puerta de la pared del hangar. El marco dejaba escapar rayitos de luz, así que supuse que daba a la pista. Procuré dejar unas huellas bien visibles en el polvo. Después —una vez terminado el rastro falso—, salté encima de unas cajas, caminé por ellas y salté al suelo.

La puerta temblaba por los golpes que le propinaban los del otro lado; no aguantaría mucho. Me deslicé hasta el suelo y aterricé al lado de la rueda de un 747; me quité las lentes de mensajero. Después me metí la mano en la chaqueta. Me había cosido unos cuantos bolsillos protectores en el forro de dentro, todos amortiguados con un material especial de los Reinos Libres para proteger las lentes.

Saqué unos anteojos de lentes verdes y me los puse.

La puerta estalló.

Sin hacerle caso, me concentré en el suelo del hangar y activé las lentes. De inmediato, una rápida ráfaga de viento me salió de la cara, recorrió el suelo y borró algunas de las huellas. Lentes de soplаторmentas, un regalo de mi abuelo Smedry la semana después de nuestra primera infiltración en una biblioteca.

Cuando los Bibliotecarios llegaron a la puerta, entre palabrotas y susurros, solo seguían allí las huellas que yo quería. Me acurruqué al lado de la rueda y contuve el aliento mientras intentaba calmar mi ritmo cardíaco y oía una flota de soldados y policías bajando por las escaleras.

Entonces fue cuando recordé las lentes de prendefuegos.

Me asomé por encima de la rueda del 747. Los Bibliotecarios habían caído en mi trampa y se dirigían a la puerta del hangar. Sin embargo, no caminaban tan deprisa como me habría gustado, y algunos miraban a su alrededor, suspicaces.

Me agaché de nuevo para que no me vieran. Toqué con los dedos las lentes de prendefuegos —que ya solo tenían un cristal— y las saqué a regañadientes. El cristal era completamente transparente, con un único punto rojo en el centro.

Cuando se activaban, disparaban un rayo de energía supercaliente, una especie de láser. Lo podía volver contra los Bibliotecarios. Al fin y al cabo, habían intentado matarme varias veces. Se lo merecían.

Me quedé allí sentado un momento, y después volví a meterlas en el bolsillo y a ponerme otra vez las lentes de mensajero. Si habéis leído el volumen anterior de esta autobiografía, os habréis dado cuenta de que tengo unas ideas muy concretas sobre el heroísmo. Un héroe no era una persona capaz de lanzarles un láser de energía pura por la espalda a un puñado de soldados, y menos si en ese puñado de soldados había guardias de seguridad inocentes.

Sentimientos como ese me metieron en muchos líos. Seguramente recordaréis cómo voy a acabar; lo mencioné en el primer libro. Al final me atarán a un altar hecho de enciclopedias obsoletas, mientras los miembros del culto bibliotecario de la Orden de las Lentes Fragmentadas se preparan para derramar mi sangre oculantista en una ceremonia impía.

El heroísmo es lo que me llevó hasta allí. Irónicamente, también me salvó la vida aquel día, en el hangar del aeropuerto. Veréis, si no me hubiera puesto las lentes de mensajero, me habría perdido lo que pasó a continuación.

«¿Alcatraz?», preguntó de repente una voz dentro de mi cabeza. Casi grito de sorpresa.

«Estooo, ¿Alcatraz? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?»

La voz era confusa y poco definida, y no era la voz de mi abuelo. Sin embargo, sí que salía de las lentes.

«¡Ay, caramba! —dijo la voz—. Ummm, nunca se me han dado bien las lentes de mensajero.»

Perdía el sonido de vez en cuando, como si fuera alguien hablando a través de una radio con mala recepción. No era el abuelo Smedry, pero, en aquel momento, estaba dispuesto a arriesgarme con quien fuera.

—¡Estoy aquí! —susurré, activando las lentes.

De repente, una cara borrosa se me apareció delante, flotando como un holograma en el aire. Pertenecía a una adolescente de piel morena y pelo negro.

«¿Hola? —preguntó—. ¿Hay alguien ahí? ¿Puedes hablar más alto o algo?»

—Pues no, la verdad —siseé mientras miraba a los Bibliotecarios.

La mayoría se había ido hacia la puerta, pero, al parecer, un grupito había recibido órdenes de registrar el hangar. Casi todos, guardias de seguridad.

«Ummm, vale —dijo la voz—. Estooo, ¿quién eres?»

—¿Tú qué crees? —pregunté, enfadado—. Soy Alcatraz. ¿Quién eres tú?

«Oh... —La imagen y la voz se volvieron borrosas por un momento—... enviado para recogerte. ¡Lo siento! ¿Dónde estás?»

—En un hangar —respondí.

Uno de los guardias enderezó la cabeza, sacó una pistola y apuntó hacia mí: me había oído.

—¡Cristales rayados! —susurré mientras volvía a agacharme.

«No deberías decir palabrotas, ¿sabes?», dijo la chica.

—Gracias —siseé lo más bajo que pude—. ¿Quién eres y cómo vas a sacarme de esta?

Hubo una pausa. Una terrible, larga, irritante, frustrante, mortífera, estresante e increíblemente locuaz pausa.

«Pues... La verdad es que no lo sé —respondió la chica—. Es que... Espera un segundo. Bastille dice que deberías salir a algún sitio al descubierto y hacernos una señal. Ahí abajo hay demasiada niebla. No vemos mucho.»

«¿Aquí abajo?», pensé. Sin embargo, si Bastille estaba con aquella chica, era buena señal. Aunque seguramente me regañaría por haberme metido en semejante lío, Bastille solía ser muy eficiente en su trabajo. Con suerte, ese trabajo incluiría rescatarme.

—¡Eh! —dijo una voz; me volví a un lado y me encontré mirando a uno de los guardias—. ¡He encontrado a alguien!

«Llegó la hora de romper cosas», pensé, respirando hondo. Después envié un estallido de poder de rotura a la rueda del avión.

Me alejé, agachado, y me puse en pie de un salto cuando las tuercas se soltaron de la rueda. El guardia alzó la pistola pero no disparó.

—¡Dispárale! —le gritó un hombre de traje negro, el Bibliotecario que dirigía la operación desde un lateral de la sala.

—No pienso disparar a un crío —dijo el guardia—. ¿Dónde están esos terroristas que decía?

«Un buen hombre», pensé mientras corría hacia la entrada del hangar. En aquel momento, la rueda del avión se soltó del todo y la mitad delantera de la aeronave se desprendió por completo y cayó al pavimento. Los hombres gritaron, sorprendidos, y los guardias de seguridad se pusieron a cubierto.

El Bibliotecario de negro le quitó una pistola a uno de los desconcertados guardias y me apuntó con ella. Yo me limité a sonreír.

Obviamente, la pistola se hizo pedazos en cuanto el Bibliotecario apretó el gatillo. Mi Talento me protege cuando puede, y cuantas más partes móviles tiene el arma, más fácil es romperla. Empujé con el hombro las enormes puertas del hangar a la vez que les enviaba una descarga de poder de rotura. Los tornillos y las tuercas me llovieron por todas partes y cayeron al suelo. Varios guardias se asomaron desde detrás de las cajas.

Toda la parte delantera del hangar se derrumbó hacia fuera con un gran estruendo. Vacilé, conmocionado, aunque eso era justo lo que esperaba que sucediera. Los remolinos de niebla empezaron a entrar en el hangar.

Al parecer, mi Talento cada vez era más poderoso. Antes había roto cosas como macetas o platos, y en contadas ocasiones algo más grande, como el hormigón que levanté con siete años. Aquello no tenía nada que ver con lo que había estado haciendo últimamente: arrancar las ruedas de los aviones y conseguir que se cayeran las puertas de un hangar. No por primera vez, me pregunté cuánto sería capaz de romper si de verdad lo necesitara.

Y cuánto podría romper el Talento si él decidiera que deseaba hacerlo.

No tenía tiempo para meditar sobre eso, ya que los Bibliotecarios de fuera habían oído el alboroto. Se levantaron, negro sobre la niebla del mediodía, y me miraron. La mayoría se había desplazado a los laterales, así que mi única opción era ir en línea recta.

Salí corriendo con todas mis fuerzas por el asfalto húmedo. Los Bibliotecarios empezaron a chillar y algunos intentaron —sin éxito alguno— dispararme. Deberían haber sabido que no servía de nada. En su defensa, pocas personas —incluidos los Bibliotecarios— están acostumbradas a tratar con un Smedry tan poderoso como yo. Contra otros quizá podrían haber acertado algunos tiros antes de que algo saliera mal. Las armas de fuego no son del todo inútiles en los Reinos Libres, solo mucho menos poderosas.

Los disparos —o la falta de ellos— me ganaron algunos segundos. Por desgracia, había un par de Bibliotecarios en mi camino.

—¡Prepárate! —les grité a mis lentes de mensajero.

Después me las quité y me puse las de soplartormentas. Me concentré todo lo que pude y lancé una ráfaga de viento por los ojos. Ambos Bibliotecarios cayeron, y yo salté por encima de ellos.

Otros Bibliotecarios me gritaron por detrás y empezaron a perseguirme por la pista en la que acababa de entrar. Entre jadeos,

me metí las manos en un bolsillo y saqué las lentes de prendefuegos. Me volví y las activé.

Empezaron a brillar. El grupo de Bibliotecarios se paró en seco: sabían lo suficiente como para reconocer aquellas lentes. Las sostuve en alto y apunté al cielo, de modo que dispararon un rayo de fuego rojo hacia arriba, atravesando la niebla.

«Espero que sirva de señal», pensé. Los Bibliotecarios se reunieron con la clara intención de prepararse para ir a por mí, con lentes o sin ellas. Preparé mis lentes de soplamentos para intentar mantenerlos a raya hasta que Bastille me salvara.

Sin embargo, los Bibliotecarios no atacaron. Me quedé donde estaba, nervioso, mientras las lentes de prendefuegos seguían disparando al cielo. ¿A qué estaban esperando?

Los Bibliotecarios se apartaron para dejar pasar a una figura oscura, recortada contra la niebla húmeda. No veía mucho, pero en aquella figura había algo que no iba nada bien. Era una cabeza más alta que los demás y uno de sus brazos medía muchos centímetros más que el otro. La cabeza estaba deformada. Puede que fuera inhumana. Y, sin duda, peligrosa.

Me estremecí y di un paso atrás sin querer. La figura oscura levantó su huesudo brazo, como si apuntara con un arma.

«No pasa nada —me dije—. Las pistolas no sirven contra mí.»

Se oyó crepitar el aire y, de repente, las lentes de prendefuegos me estallaron en los dedos, rotas por la bala de la criatura. Chillé y bajé la mano.

«En vez de dispararme a mí, ha disparado a las lentes. Este es más listo que los otros.»

La figura oscura empezó a caminar, y parte de mí quería esperar a ver por qué aquella criatura tenía el brazo y la cabeza tan deformes. El resto de mí estaba simplemente horrorizado. La figura echó a correr y con eso me bastó: hice lo más inteligente —muy de vez en cuando lo consigo— y salí disparado lo más deprisa que pude.





Al instante fue como si alguien tirara de mí hacia atrás. El viento me soplaba en los oídos de un modo muy raro, y cada paso me costaba mucho más de lo normal. Empecé a sudar y, al cabo de un momento, me costaba hasta caminar.

Algo iba muy, muy mal. Mientras seguía moviéndome, obligándome a pesar de la extraña fuerza que tiraba de mí hacia atrás, se me ocurrió que podía percibir a la cosa oscura que me atacaba. La sentía, retorcida y vil, cada vez más cerca.

Apenas podía moverme. Cada. Vez. Costaba. Más.

Una escalera de cuerda golpeó el asfalto que tenía un poco más adelante. Grité y me abalancé sobre ella, agarrándome. Mi peso debió de alertar a los de arriba de que ya estaba sujeto, porque, de repente, la escalera dio un tirón hacia arriba y me arrastró con ella, librándome de la fuerza que me retenía. Noté que se aligeraba la presión y, al mirar abajo, dejé escapar un suspiro de alivio.

La figura seguía allí, camuflada por la bruma, a pocos metros de donde yo había estado antes. Levanté la mirada mientras me subían, hasta que el suelo y la criatura desaparecieron en la niebla.

Dejé escapar otro suspiro de alivio y me relajé contra la cuerda y la madera. Unos segundos después, nos sacaron a la escalera y a mí de la niebla y salí al aire limpio.

Miré arriba. Lo que me encontré puede que sea lo más asombroso que he visto en mi vida.

Capítulo

2



Este es el segundo libro de la serie. Los que hayáis leído el primero podéis saltaros esta introducción y seguir adelante. El resto, quedaos donde estáis.

Me gustaría felicitaros por haber encontrado este libro. Me alegro de que estéis leyendo una obra seria sobre política del mundo real en vez de perder el tiempo en algo tonto como un libro de fantasía sobre un personaje ficticio como Napoleón (cualquiera de los dos Napoleón, tanto el que era dinamita pura como el bajito).

Ahora tengo que reconocer una cosa: me inquieta mucho que hayáis decidido empezar por el segundo libro de la serie. Es una costumbre muy mala, peor incluso que la de llevar calcetines desparejados. De hecho, en la escala de malas costumbres, está en algún punto entre masticar con la boca abierta y soltar graznidos

cuando tus amigos intentan estudiar (probad alguna vez, es muy divertido).

Por gente como vosotros es por la que los autores tenemos que llenar nuestros segundos libros de explicaciones. Básicamente, debemos inventar la rueda otra vez... O, al menos, renovar nuestra patente.

Ya deberíais saber quién soy y comprender tanto las lentes oculantistas como los Talentos de los Smedry. Con todos esos conocimientos, comprenderíais fácilmente los acontecimientos que me llevaron a acabar colgado de una escalera de cuerda mirando algo asombroso que todavía no he descrito.

¿Que por qué no lo describo ya y punto? Bueno, esa pregunta me demuestra que no habéis leído el primer libro. Dejad que os lo explique utilizando una breve lección.

¿Recordáis el primer capítulo de este libro? (Espero que sí, porque solo hace unas cuantas páginas de eso.) ¿Qué os prometí entonces? Prometí que no acabaría los capítulos con momentos de suspense y otras prácticas narrativas frustrantes. Pues bien, ¿qué he hecho al final de ese mismo capítulo? Dejaros con un momento de suspense, por supuesto.

Lo he hecho para enseñaros algo: que soy de toda confianza y que jamás me atrevería a mentiros. Al menos no más de, no sé, media docena de veces por capítulo.

Estaba colgando de la escalera de cuerda, con el viento azotándome la chaqueta y el corazón tratando de escapárseme del pecho. Por encima de mí volaba un enorme dragón de cristal.

Quizás hayáis visto representaciones de dragones en el arte o el cine. Yo sí. Sin embargo, al mirar a la criatura que tenía encima, supe que las imágenes de las películas no eran más que aproximaciones. En esas imágenes, los dragones —incluso los amenazadores— solían tener protuberancias, grandes estómagos y una envergadura incómoda.

La forma reptiliana que estaba viendo no era así en absoluto. Era de una elegancia increíble, como una serpiente, pero, a la vez,

poderosa. Tenía tres conjuntos de alas a todo lo largo, los tres batiendo en armonía. También le veía seis patas, todas plegadas bajo el esbelto cuerpo, y una larga cola de cristal azotando el aire.

La cabeza se giró —el cristal translúcido lanzó destellos— y me miró. Era triangular, con rasgos angulosos, como una punta de flecha. Y había tres personas de pie dentro de su ojo.

«Eso no es una criatura —pensé, agarrado con desesperación a la escalera—, sino un vehículo. ¡Uno hecho entero de cristal!»

—¡Alcatraz! —me llamó una voz desde arriba, apenas audible por encima del ruido del viento.

Levanté la vista. La escalera conducía a una sección abierta del vientre del dragón. Un rostro familiar se asomaba por el agujero y me miraba: de mi misma edad, Bastille tenía una melena larga plateada que se agitaba al viento. La última vez que la había visto fue cuando se marchó a esconderse con dos de mis primos. El abuelo Smedry temía que resultara más sencillo localizarnos si seguíamos juntos.

Dijo algo, pero se lo llevó el viento.

—¿Qué? —chillé.

—He dicho —chilló ella— que si vas a subir aquí o pretendes quedarte ahí colgado con cara de tonto todo el viaje.

Y esa es Bastille. Aunque lo cierto es que tenía parte de razón, así que subí por la bamboleante escalera, lo que fue mucho más difícil y angustioso de lo que podríais pensar.



Me obligué a seguir avanzando. Habría sido un final muy estúpido que me sacaran de allí volando en el último momento y después fuera yo, me cayera de la escalera y acabara hecho papilla en el suelo. Una vez que estuve lo bastante cerca, Bastille me ofreció una mano y me ayudó a entrar en el vientre del dragón. Tiró de una palanca de cristal de la pared y la escalera empezó a recogerse.

Me quedé mirando con curiosidad. En aquel momento de mi vida todavía no había visto mucha tecnología silimática y seguía considerándola «magia». La escalera no hacía ruido al subir, nada

de tintineo de engranajes, ni zumbidos de motor; simplemente se enrolló en torno a una rueda que giraba.

Una plancha de cristal se deslizó para tapar el agujero del suelo. A mi alrededor, las paredes de cristal brillaban a la luz del sol, completamente transparentes. La vista era asombrosa; ya habíamos dejado atrás la niebla y veía el paisaje de abajo, en todas direcciones. Era casi como estar flotando solo por el cielo, inmerso en la deslumbrante serenidad de...

—Cierra la boca, que te van a entrar moscas —me soltó Bastille, que estaba con los brazos cruzados.

—Lo siento —le respondí, mirándola con irritación—, pero intento disfrutar de la belleza del momento.

—¿Y qué vas a hacer? —se burló—. ¿Escribir un poema? Venga.

Tras decir aquello, se puso a caminar por el pasillo de cristal del interior del dragón, hacia la cabeza. Esboqué una sonrisa irónica. Llevaba más de dos meses sin ver a Bastille y ninguno de los dos sabía si el otro sobreviviría lo bastante como para volver a encontrarnos.

Sin embargo, por lo que respecta a Bastille, aquello podía considerarse una cálida bienvenida. No me lanzó nada, no me golpeó con nada y ni siquiera me insultó. Bastante alentador.

Corrí para alcanzarla.

—¿Qué le ha pasado a tu traje?

Ella se miró. En vez de su moderno traje de chaqueta y pantalón, llevaba una vestimenta mucho más estirada y militar. Negra con botones plateados, parecía uno de esos uniformes de vestir que se ponía el personal militar en las ocasiones formales. Incluso tenía esas cositas de metal en los hombros que nunca recuerdo cómo se llaman.

—Ya no estamos en las Tierras Silenciadas, Smedry. O, al menos, pronto dejaremos de estarlo. Así que, ¿para qué llevar su ropa?

—Creía que te gustaba.

—Ahora me corresponde vestir esto —respondió, encogiéndose de hombros—. Además, me gusta llevar chaqueta de tejido cristalino, y este uniforme la tiene.

Todavía no he conseguido averiguar cómo hacen ropa de cristal. Al parecer, es muy cara pero merece la pena la inversión. Una chaqueta de tejido cristalino soporta mucha paliza y protege al que la viste casi tan bien como una armadura. En la infiltración de la biblioteca, Bastille había sobrevivido a un golpe que debería haberla matado.

—Vale —le dije—, ¿y qué me dices de este cacharro en el que volamos? Supongo que es una especie de vehículo y no una criatura viva.

Bastille me lanzó una de aquellas miraditas apenas tolerantes. No dejó de repetirme que debería patentarlas. Podría vender fotos suyas poniendo esa cara para que la gente las usara para asustar a los niños, cortar la leche o asustar a los terroristas para que se rindan.

A ella no le hacen gracia este tipo de comentarios.

Patentada.
¿Contento?
—Bastille.



—Por supuesto que no está viva —dijo—. Animar objetos es una de las artes oculantistas oscuras, como creo que ya te han explicado.

—Vale, pero ¿por qué darle la forma de un dragón?

—¿Y qué íbamos a hacer? —preguntó ella—. ¿Darles a nuestras aeronaves forma de... tubos largos o lo que sea que parecen esos aviones vuestros? No sé ni cómo se sostienen en el aire. ¡Si esas alas no pueden ni batirse!

—No les hace falta. ¡Tienen motores!

—Ah, entonces, ¿por qué les ponen alas?

Me callé un momento.

—Tiene que ver con la sustentación, la física y eso.

—Física —masculló Bastille, resoplando—. Un timo de los Bibliotecarios.

—La física no es un timo, Bastille. Es muy lógica.

—Lógica de los Bibliotecarios.

—Hechos.

—¿Ah, sí? Y, si son hechos, ¿por qué son tan complicados? ¿No deberían ser sencillas las explicaciones sobre el mundo natural? ¿Por qué todas esas matemáticas y complejidades innecesarias? —Sacudió la cabeza y me dio la espalda—. Es para confundir a la gente. Si los habitantes de las Tierras Silenciadas creen que la ciencia es demasiado complicada para comprenderla, tendrán miedo de hacer preguntas.

Me miró con la clara intención de comprobar si seguía discutiéndole. No lo hice. Eso era algo que había aprendido con Bastille: cuándo tenía que morderme la lengua. Aunque mi cerebro siguiera a lo suyo.

«¿Cómo sabe tanto sobre lo que los Bibliotecarios enseñan en sus colegios? —pensé—. Sabe un montón sobre mi gente.»

Bastille seguía siendo un enigma para mí. Había intentado ser oculantista cuando era más joven, así que sabía bastante sobre lentes. Sin embargo, no entendía por qué tenía tanto interés en serlo, la verdad. Todo el mundo sabe —bueno, todo el mundo que no es de las Tierras Silenciadas— que los poderes oculantistas son hereditarios. Uno no puede «convertirse» en oculantista, como si fuera convertirse en abogado, contable o planta.

En cualquier caso, cada vez me desconcertaba más ser capaz de ver a través del suelo, sobre todo estando a tanta altitud. Los movimientos del vehículo gigante tampoco ayudaban. Ahora que estaba dentro, veía que el dragón estaba hecho de paneles de cristal que se deslizaban unos sobre otros, de modo que todas las partes podían moverse y retorcerse. Con cada batir de alas, el cuerpo del dragón se ondulaba a mi alrededor.

Llegamos a la cabeza, que supuse que sería la versión draconiana de la cabina de un avión. La puerta de cristal se abrió deslizándose. Me encontré con una alfombra granate —que, menos mal, ocultaba el paisaje de abajo— y dos personas.

Ninguna de las dos era mi abuelo. «¿Dónde estará?», me pregunté, cada vez más irritado. Curiosamente, Bastille se había colocado junto a la puerta, con la espalda recta y la mirada al frente.

Una de las personas se volvió hacia mí.

—Señor Smedry —me saludó la mujer colocándose firme, con los brazos pegados a los costados.

Llevaba un traje de armadura de acero plateado, como los que había visto en los museos, salvo que esta armadura encajaba mucho mejor. Las piezas se doblaban con mayor flexibilidad y el metal parecía más fino.

La mujer inclinó la cabeza, con el casco bajo el brazo, y vi que tenía el pelo de un intenso color plata metalizado. El rostro me resultaba familiar. Miré a Bastille y después a la mujer.

—¿Eres la madre de Bastille? —pregunté.

—Así es, señor Smedry —respondió ella en un tono tan rígido como su armadura—. Soy...

—¡Oh, Alcatraz! —exclamó la otra persona, interrumpiéndola.

La chica estaba sentada en la silla junto al panel de instrumentos de la cabina y llevaba una túnica rosa con pantalones marrones. Era la cara que había visto a través de las lentes de mensajero, con piel oscura y rasgos algo regordetes.

—¡Cuánto me alegro de que lo hayas conseguido! —exclamó—. ¡Por un momento creí que te perdíamos! Entonces Bastille vio ese rayo de luz en el aire y supusimos que eras tú. ¡Parece que acertamos!

—¿Y tú eres...? —pregunté.

—¡Australia Smedry! —respondió mientras se levantaba de la silla de un salto y corría a abrazarme—. ¡Tu prima, tonto! La hermana de Sing.

—¡Aj! —dije, a punto de morir aplastado por su abrazo de oso.

La madre de Bastille nos miraba con los brazos cruzados tras la espalda, en una especie de postura de descanso militar.



Australia por fin me soltó. Debía de tener unos dieciséis años y llevaba unas lentes azules.

—¡Eres oculantista! —le dije.

—¡Claro que sí! ¿Cómo crees que me he puesto en contacto contigo, si no? En realidad no se me dan bien estas lentes. Bueno... la mayoría de las lentes, la verdad. ¡Pero es maravilloso conocerte por fin! He oído mucho sobre ti. Bueno, un par de cosas, la verdad. Vale, solo dos cartas de Sing, pero muy elogiosas. ¿De verdad tienes el Talento de Romper?

—Eso me cuentan —respondí, encogiéndome de hombros—. ¿Cuál es el tuyo?

Australia sonrió.

—¡Puedo despertarme por las mañanas con un aspecto horrible!

—Ah... Qué bien.

Todavía no estaba seguro de cómo reaccionar ante los Talentos de los Smedry. Normalmente ni siquiera era capaz de saber si la persona que me lo contaba estaba emocionada con su poder o decepcionada con él.

Al parecer, Australia se emocionaba con todo.

—Lo sé —repuso, asintiendo con alegría—. Es un Talento gracioso, no como romper cosas, ¡pero a mí me funciona! —Miró a su alrededor—. Me pregunto dónde se habrá metido Kaz. Él también quería conocerte.

—¿Otro primo?

—Tu tío. El hermano de tu padre. Estaba aquí hace un momento... Debe de haberse despistado otra vez.

Intuí que sería otro Talento.

—¿Su habilidad Smedry es perderse?

—¡Has oído hablar de él! —exclamó Australia.

—No, ha sido un golpe de suerte.

—Aparecerá, tarde o temprano, siempre lo hace. Da igual, ¡me alegro muchísimo de conocerte!

Asentí, vacilante.

—Señora Smedry —dijo la madre de Bastille desde atrás—. Sin ánimo de ofender, pero ¿no debería estar pilotando el *Dragonauta*?

—¡Aj! —exclamó Australia mientras regresaba de un salto a su asiento.

Colocó la mano sobre un cuadrado reluciente del frontal de lo que parecía ser un panel de control de cristal.

Me acerqué a ella y miré a través del ojo del dragón. Seguíamos moviéndonos hacia arriba y no tardaríamos en entrar en las nubes.

—Entonces —dije mientras volvía la cabeza para mirar a Bastille—. ¿Dónde está el abuelo?

Bastille guardó silencio, vista al frente, espalda recta.

—¿Bastille?

—No debería dirigirse a ella, señor Smedry —dijo la madre de Bastille—. Está aquí como mi escudera, así que no debería prestarle atención.

—¡Qué tontería! Es mi amiga.

La madre de Bastille no respondió, aunque percibí un atisbo de desaprobación en su mirada. De inmediato se puso firme, como si se hubiera dado cuenta de que la estudiaba.

—La escudera Bastille ha sido despojada de su rango, señor Smedry —dijo—. Debería dirigirme a mí todas sus preguntas, ya que, a partir de ahora, yo seré su caballero de Cristalia.

«Genial», pensé.

Debería apuntar aquí que la madre de Bastille —Draulin— no es en absoluto una persona estirada y aburrida, como podría parecer a primera vista. Sé de buena tinta que una vez, hace unos diez años, se rio en voz alta, aunque algunos afirman que se trató de un estornudo muy fuerte. También se la ha visto parpadear de vez en cuando, aunque solo en su pausa para la comida.

—La escudera Bastille no ha cumplido con su deber tal como corresponde a alguien con el título de caballero de Cristalia —siguió diciendo—. Acometió su labor de un modo descuidado y vergonzoso que puso en peligro no a uno, sino a los dos oculantistas a los que protegía. Permitted que la capturasen. Permitted que un oculantista oscuro torturara a un miembro del Consejo de los Reyes. Y, encima, perdió su espada crístina.

Miré a Bastille, que seguía con la vista fija al frente y la mandíbula apretada con fuerza. Me enfadé.

—Ninguna de esas cosas fue culpa suya —dije mientras volvía a mirar a Draulin—. ¡No puedes castigarla por eso! Yo fui el que le rompió la espada.

—No se castiga la culpa, sino el fracaso. Esta es la decisión que han tomado los líderes crístines, señor Smedry, y a mí me han

enviado a imponerla. El veredicto se mantendrá. Como sabe, los crístines no se rigen por la jurisdicción de ningún reino ni línea real.

En realidad no lo sabía. No sabía demasiado de Cristalia, en general. Apenas me había acostumbrado a que me llamaran «señor Smedry». Había llegado a comprender que los Smedry eran muy respetados por la mayoría de los habitantes de los Reinos Libres, y suponía que mi título debía de ser un término con el que demostraban su afecto.

Por supuesto, no era solo eso, pero nunca lo es, ¿no?

Miré de nuevo a Bastille, que seguía al fondo de la cabina, con la cara roja. «Tengo que hablar con mi abuelo —decidí—. Él puede ayudarme a solucionarlo.»

Me senté en el asiento al lado de Australia.

—Vale, ¿dónde está mi abuelo?

Australia me miró y se ruborizó.

—No estamos del todo seguros. Recibimos una nota suya esta mañana, entregada a través de unas lentes de transcriptor. Nos dijeron lo que hacer. Te puedo enseñar la nota, si quieres.

—Por favor.

Australia rebuscó un momento en los bolsillos de su túnica. Al final encontró un trozo de papel arrugado y me lo entregó.

Australia, decía.

No sé si estaré en el punto de recogida. Ha surgido algo que requiere mi atención. Por favor, ¿serías tan amable de ir a por mi nieto, tal como estaba previsto, y llevarlo a Nalhalla? Me reuniré con vosotros en cuanto pueda.

LEAVENWORTH SMEDRY

Fuera, nos sumergimos en las nubes. El vehículo parecía acelerar en serio.

—Entonces, ¿vamos a Nalhalla? —pregunté, mirando a la madre de Bastille.

—Siempre que esas sean sus órdenes —respondió la mujer. Su tono daba a entender que, en realidad, era la única opción.

—Pues, entonces, supongo que lo son —respondí un poco decepcionado, aunque sin saber bien por qué.

—Debería ir a sus aposentos, señor Smedry —dijo Draulin—. Allí podrá descansar; tardaremos varias horas en sobrevolar el océano para llegar hasta Nalhalla.

—De acuerdo.

—Le enseñaré el camino.

—Tonterías —dije, mirando a Bastille—. Ordénaselo a la escudera.

—Como desee —respondió la caballero, señalando a Bastille con la cabeza.

Salí de la cabina con Bastille detrás y esperé a que se cerraran las puertas. A través del cristal vi que Draulin se giraba y permanecía de pie, todavía en posición de descanso, mirando hacia el ojo del dragón.

Me volví hacia Bastille.

—¿De qué iba todo eso?

Ella se puso roja.

—Pues de lo que ha dicho, Smedry. Vamos, te llevaré a tu cuarto.

—Venga, no te pongas así conmigo —respondí mientras corría para alcanzarla—. Pierdes una espada ¿y te rebajan a escudera otra vez? No tiene ningún sentido.

Bastille se ruborizó todavía más.

—Mi madre es una caballero de Cristalia muy valiente y respetada. Siempre hace lo mejor para la orden y nunca actúa sin haberlo meditado antes en profundidad.

—Eso no responde a mi pregunta.

Bastille bajó la vista.

—Mira, ya te dije cuando perdí mi espada que me metería en líos. Bueno, pues ya ves que estoy en un lío. Lo superaré, no necesito tu compasión.

—¡No es compasión! Es que estoy enfadado. —La miré—. ¿Qué es lo que no me estás contando, Bastille?

Bastillé masculló algo sobre los Smedry, pero, aparte de eso, no respondió. Siguió avanzando con paso airado por los pasillos de cristal en dirección —supuse— a mi camarote.

Sin embargo, mientras la seguía, cada vez me gustaba menos el giro de los acontecimientos. El abuelo Smedry tenía que haber descubierto algo, si no, no se habría perdido la recogida, y no me gustaba sentir que me dejaban al margen de las cosas importantes.

Ahora bien, es una estupidez sentirse así, si lo pensáis. Siempre me estaban dejando al margen de cosas importantes. En aquel mismo instante había miles de personas haciendo cosas muy importantes por todo el mundo —de todo, desde casarse a saltar por una ventana—, y yo no formaba parte de nada de ello. Lo cierto es que incluso la gente más importante se queda al margen de la mayoría de las cosas importantes que ocurren en el mundo.

Activé las lentes. «Abuelo —pensé, concentrándome—. Abuelo, ¿estás ahí?»

Nada. Suspiré. De todos modos, era mucho pedir. En realidad no...

De repente, una imagen tenue apareció frente a mí.

«¿Alcatraz?», dijo una voz lejana.

«¿Abuelo? —pensé, cada vez más emocionado—. ¡Sí, soy yo!»

«¡Por el farfullante Farland! ¿Cómo has conseguido ponerte en contacto conmigo a tanta distancia?»

La voz era tan débil que apenas la oía, aunque me hablara directamente a la cabeza.

«Abuelo, ¿dónde estás?»

La voz respondió algo, pero demasiado bajo para oírlo. Me concentré más, cerré los ojos.

«¡Abuelo!»

«¡Alcatraz! Creo que he encontrado a tu padre. Vino aquí. ¡Estoy seguro!»

«¿Adónde, abuelo?»

La voz era cada vez más débil.

«La Biblioteca...»

«¡Abuelo! ¿Qué biblioteca?»

«La Biblioteca... de Alejandría...»

Y desapareció. Me concentré, pero la voz no regresó. Al final suspiré y abrí los ojos.

—¿Estás bien, Smedry? —me preguntó Bastille, que me miraba con cara rara.

—La Biblioteca de Alejandría —respondí—. ¿Dónde está?

—Pues... ¿en Alejandría?

«Claro.»

—¿Y dónde está eso?

—En Egipto.

—Pero ¿en Egipto de verdad? ¿En mi Egipto?

—Sí, eso creo —respondió ella, encogiéndose de hombros—.

¿Por qué?

Miré de nuevo hacia la cabina.

—No —dijo Bastille, cruzando los brazos—. Alcatraz, sé lo que estás pensando. No vamos a ir allí.

—¿Por qué no?

—La Biblioteca de Alejandría es extremadamente peligrosa. Ni los Bibliotecarios normales se atreven a entrar en ella. Nadie en su sano juicio visita ese lugar.

—Suenas correcto, porque el abuelo Smedry está allí ahora mismo.

—¿Cómo puedes saberlo?

Le di unos toquitos a mis lentes.

—No funcionan a tanta distancia.

—Sí que funcionan. Acabo de hablar con él. Está allí, Bastille.

«Y... cree que mi padre también.»

Sentí un nudo en el estómago. Había llegado a dar por sentado que mis padres estaban muertos. Ahora empezaba a pensar que los dos estaban vivos. Mi madre era una Bibliotecaria que trabajaba

para el otro bando, y no estaba muy seguro de querer saber cómo era mi padre.

No. Eso no es cierto. Sí que quería saber cómo era mi padre, pero, a la vez, me daba miedo averiguarlo.

Me volví para mirar a Bastille.

—¿Seguro que está allí? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

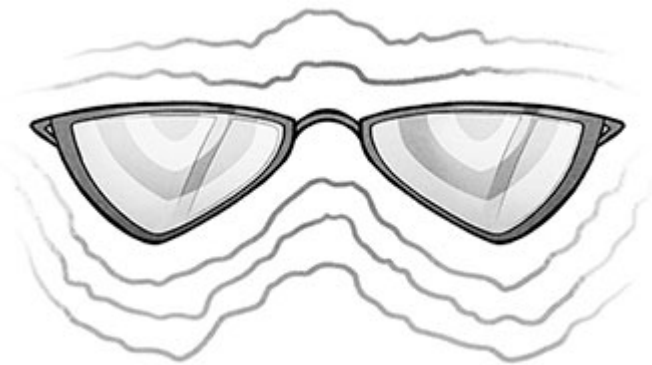
—Cristales rayados —masculló—. La última vez que intentamos algo así, a ti casi te matan, a tu abuelo lo torturaron y yo perdí mi espada. ¿De verdad queremos volver a pasar por eso?

—¿Y si corre peligro?

—Siempre corre peligro.

Guardamos silencio. Entonces, los dos dimos media vuelta y corrimos hacia la cabina.

Capítulo 3



Me gustaría dejar una cosa clara: he sido injusto con vosotros. Era de esperar, como buen mentiroso que soy.

En el primer libro de esta serie hice algunas generalizaciones sobre los Bibliotecarios, muchas de las cuales no son del todo ciertas.

Sin embargo, no me tomé la molestia de explicar que no son la única clase de Bibliotecarios que existen. Por lo tanto, habréis dado por sentado que todos los Bibliotecarios son malvados miembros de un culto que quiere dominar el mundo, esclavizar a la humanidad y sacrificar gente en sus altares.

Eso es completamente falso. No todos los Bibliotecarios son malvados miembros de un culto. Algunos Bibliotecarios son muertos vivientes vengativos que quieren chuparte el alma.

Me alegro de haberlo aclarado.

—¿Que quiere hacer qué? —preguntó la madre de Bastille.

—Volar hasta la Biblioteca de Alejandría —respondí.

—Eso es imposible, mi señor. De ningún modo.

—Tenemos que hacerlo —insistí.

Australia se volvió hacia mí, dejando una mano sobre el cuadrado de cristal reluciente que le permitía, de algún modo, pilotar el *Dragonauta*.

—Alcatraz, ¿por qué quieres ir a Alejandría? No es un lugar demasiado acogedor.

—El abuelo Smedry está allí. Eso significa que tenemos que ir.

—No dijo que fuera a Egipto —repuso Australia mientras miraba de nuevo la nota arrugada que le había enviado.

—La Biblioteca de Alejandría es uno de los lugares más peligrosos de las Tierras Silenciadas, señor Smedry —siguió explicando Draulin—. Los Bibliotecarios normales se limitarían a matarnos o encarcelarnos, pero los Conservadores de Alejandría nos robarían el alma. Mi conciencia no me permite hacerle correr semejante peligro.

La alta mujer seguía de pie con los brazos en la espalda, sobre la armadura. Tenía el pelo largo, pero se lo recogía en una práctica coleta, y no me miraba a los ojos, sino directamente al frente.

Ahora bien, me gustaría comentar que lo que hice a continuación era lo más lógico del mundo. De verdad. Existe una ley universal de la que pocos saben en las Tierras Silenciadas, pero que es conocida por casi todos los científicos de los Reinos Libres. Se llama la Ley del Suceso Inevitable.

En términos sencillos, esta ley afirma que algunas cosas simplemente tienen que suceder. Si hay un botón rojo en una consola con las palabras «no pulsar» pegadas encima, alguien lo pulsará. Si hay una pistola colgando a la vista de todos sobre la chimenea de Chéjov, alguien acabará disparándola (seguramente apuntando a Nietzsche).

Y si hay una mujer muy seria diciéndote lo que tienes que hacer —a la vez que te llama «mi señor»—, no te queda más remedio que ver hasta dónde puedes llegar.

—Ponte a saltar a la pata coja —dije, señalando a Draulin.

—¿Perdone? —preguntó mientras se ruborizaba.

—Hazlo. Es una orden.

Y lo hizo, aunque con cara de estar bastante mosqueada.

—Puedes parar —le dije.

Paró.

—¿Le importaría decirme a qué ha venido eso, señor Smedry?

—Bueno, quería comprobar si cumplirías mis órdenes.

—Por supuesto que las cumpliré. Al ser el hijo mayor de Attica Smedry, es el heredero de la línea pura de la familia. Su rango supera al de su prima y su tío, lo que significa que está al mando de este navío.

—Fantástico —respondí—. Eso significa que puedo decidir adónde vamos, ¿no?

La madre de Bastille guardó silencio.

—Bueno —dijo al fin—, eso es técnicamente cierto, mi señor. Sin embargo, se me ha encargado la misión de llevarlo sano y salvo hasta Nalhalla. Pedirme que lo lleve a un lugar tan peligroso sería una imprudencia y...

—Sí, como tú digas —la interrumpí—. Australia, vámonos ya. Me gustaría llegar a Egipto lo antes posible.

La madre de Bastille cerró la boca y se puso más roja todavía. Australia se encogió de hombros y puso la mano en otro cuadrado de cristal.

—Estooo, llévanos a la Biblioteca de Alejandría —dijo.

El dragón de cristal gigante se movió ligeramente y empezó a ondularse en una dirección distinta, con seis alas batiendo una detrás de otra.

—¿Ya está? —pregunté.

Australia asintió.

—Pero tardaremos unas cuantas horas en llegar. Sobrevolaremos el polo y bajaremos a Oriente Medio, en vez de seguir hacia delante, en dirección a Nalhalla.

—Muy bien —repuse, un poco nervioso al darme cuenta de lo que había hecho.

Hacía un momento estaba deseando ponerme a salvo, y de repente estaba decidido a dirigirme a un lugar que, según todos, era increíblemente peligroso.

¿Qué estaba haciendo? ¿Quién era yo para ponerme al mando y dar órdenes? Cohibido, salí de nuevo de la cabina. Bastille me siguió.

—No sé bien por qué lo he hecho —confesé mientras caminábamos.

—Puede que tu abuelo corra peligro.

—Sí, pero ¿qué podemos hacer nosotros al respecto?

—Lo ayudamos en la última infiltración a una biblioteca —respondió—. Lo salvamos de Blackburn.

Guardé silencio mientras recorríamos el pasillo de cristal. Sí, habíamos salvado al abuelo Smedry, pero..., bueno, algo me decía que el abuelo se habría zafado de Blackburn tarde o temprano. El viejo Smedry tenía más de cien años y —por lo que tenía entendido— había conseguido salir de muchos apuros peores que aquel.

Él era el que se había enfrentado a Blackburn con las lentes, mientras yo no hacía nada. Ciertamente, al final yo había conseguido romper las lentes de prendefuegos y engañar a Blackburn, pero sin saber lo que hacía. Mis victorias parecían suceder por casualidad, más que nada, ¿y de pronto iba otra vez directo al peligro?

No obstante, ya estaba hecho. El *Dragonauta* había cambiado de rumbo y estábamos de camino. «Echaremos un vistazo por fuera —pensé—. Si parece demasiado peligroso, no tenemos por qué entrar.»

Estaba a punto de explicarle esta decisión a Bastille cuando un voz surgió detrás de nosotros sin previo aviso.

—¡Bastille! Hemos cambiado de rumbo. ¿Qué está pasando?

Me volví, asustado. Un hombre bajo, puede que de metro veinte de estatura, caminaba por el pasillo hacia nosotros. Aunque seguro

que no estaba allí antes, no se me ocurría de dónde podría haber salido.

El hombre llevaba ropa resistente: una chaqueta de cuero, una túnica remetida dentro de unos bastos pantalones y un par de botas. Tenía el rostro ancho con un mentón amplio, y el pelo oscuro y rizado.



—¡Un hada! —exclamé de inmediato.
El hombre bajo se detuvo, desconcertado.
—Esa es nueva —comentó.

—¿De qué clase eres? —pregunté—. ¿Leprechaun? ¿Elfo?

El hombre arqueó una ceja y miró a Bastille.

—Cáscaras, Bastille, ¿quién es este payaso?

—Kaz, es tu sobrino, Alcatraz.

El hombre bajo me miró.

—Ah..., ya veo. Parece un poco más espeso de lo que creía.

Me ruboricé.

—Entonces..., ¿no eres un hada?

Negó con la cabeza.

—¿Eres un enano, como en *El Señor de los Anillos*?

Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿solo eres un enano normal?

Me miró sin expresión alguna.

—Te das cuenta de que no deberías usar el término «enano», ¿no? Incluso la mayoría de los de las Tierras Silenciadas lo sabe. «Enano» es lo que solían llamar a los míos cuando nos exhibían como fenómenos de feria.

Guardé silencio un momento.

—Entonces, ¿cómo te llamo?

—Bueno, lo suyo sería que me llamaras Kaz. Mi nombre completo es Kazan, aunque los puñeteros Bibliotecarios al final llamaron así a una cárcel hace un tiempo.

—En Rusia —añadió Bastille, asintiendo con la cabeza.

El hombre bajo suspiró.

—De todos modos, si de verdad no te queda más remedio que hacer referencia a mi estatura, en general creo que «persona pequeña» funciona bien. En fin, ¿me quiere explicar alguien por qué hemos cambiado de rumbo?

Yo seguía sintiéndome demasiado avergonzado para responder. No había pretendido insultar a mi tío. (Por suerte, he mejorado con la edad. Ahora se me da bastante bien insultar a la gente adrede, e incluso puedo hacerlo en idiomas que los de los Reinos Libres no habláis. Chúpate esa, *dagblad*.)

Menos mal que Bastille intervino y respondió a la pregunta de Kaz.

—Nos hemos enterado de que tu padre está en la Biblioteca de Alejandría y hemos pensado que podría haberse metido en un lío.

—¿Así que vamos hacia allí?

Bastille asintió y Kaz se animó.

—¡Fantástico! —exclamó—. Por fin una buena noticia en este viaje.

—Espera —le dije—, ¿eso es una buena noticia?

—¡Claro que sí! Llevo décadas queriendo explorar ese sitio, pero nunca había encontrado una excusa lo bastante buena. ¡Iré a prepararme!

Salió corriendo por el pasillo hacia la cabina.

—¿Kaz? —lo llamó Bastille. Él se detuvo y se volvió para mirarla—. Tu habitación está por allí —le señaló un pasillo secundario.

—Cocoteros —exclamó él entre dientes antes de irse por el camino que le indicaba.

—Es verdad, su Talento —comenté—. Perderse.

Bastille asintió.

—Lo peor es que normalmente trabaja de guía.

—¿Y qué clase de guía es?

—Peculiar —respondió, y siguió caminando por el pasillo.

Suspiré.

—Creo que no le gusto demasiado.

—Pareces tener ese efecto en la gente cuando te conoce. A mí tampoco me gustaste demasiado. —Me miró—. Todavía no estoy segura de haber cambiado de opinión.

—Qué amable eres conmigo —respondí.

Mientras recorríamos el cuerpo de serpiente del dragón, me di cuenta de que de entre los omóplatos de un par de alas que teníamos encima brotaba la luz. El cristal de aquella zona lanzaba destellos y se movía, como si hubiera muchas piezas delicadas y superficies en movimiento. Del centro de la masa surgía un resplandor intenso y constante, como un fuego que ardiera

despacio. De vez en cuando, las piezas móviles de cristal que no eran translúcidas ensombrecían la luz de tal modo que, cada pocos segundos, esta se oscurecía para después volver a ganar brillo.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando.

—El motor —respondió Bastille.

No se oía ninguno de los ruidos que yo asociaba con un motor en funcionamiento; ni zumbidos, ni pistones moviéndose, ni llama ardiendo. Ni siquiera vapor.

—¿Cómo funciona?

—No soy una ingeniera silimática —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—Tampoco eres oculantista, pero sabes lo suficiente sobre lentes como para sorprender a la mayoría.

—Eso es porque he estudiado las lentes. Nunca me ha interesado demasiado la silimática. Vamos, ¿quieres llegar a tu cuarto o no?

Quería, y estaba cansado, así que dejé que me llevara.

Resulta que los motores silimáticos en realidad no son tan complejos. Lo cierto es que son bastante más sencillos de comprender que los motores normales de las Tierras Silenciadas.

Utilizan un tipo de arena especial llamada arena brillante que emite luz al calentarse. Esa luz hace que algunos tipos de cristal se comporten de forma extraña. Algunos se elevan por los aires al exponerse a la luz silimática, mientras que otros bajan. Así que solo hay que controlar qué cristal recibe la luz en qué momento, y ya tienes un motor.

Sé que a los de las Tierras Silenciadas seguramente os parecerá ridículo. Os preguntaréis: «Si la arena es tan valiosa, ¿por qué la hay por todas partes?» Por supuesto, sois víctimas de una terrible conspiración (¿no os cansáis nunca de eso?).

Los Bibliotecarios se esfuerzan mucho para que la gente no haga caso de la arena. Han invertido mucho en inundar las Tierras Silenciadas de arena mate, que es uno de los pocos tipos de arena que, en realidad, no sirve para nada, ni siquiera fundiéndola. ¿Qué

mejor manera de que la gente le reste importancia a algo que poniéndolo por todas partes?

No me hagáis hablar del valor económico de la pelusilla del ombligo.

Por fin llegamos a mis aposentos. El cuerpo de la serpiente dragón tenía unos seis metros de ancho, así que había sitio de sobra para habitaciones. Sin embargo, me fijé en que todas las paredes eran translúcidas.

—Aquí no hay mucha intimidad, ¿no? —pregunté.

Bastille puso los ojos en blanco y apoyó una mano en un panel de la pared.

—Oscuro —dijo, y la pared se puso negra de inmediato—. Lo teníamos en modo translúcido para poder ocultarnos mejor.

—Ah. Así que esto es tecnología y no magia, ¿no?

—Claro. Al fin y al cabo, cualquiera puede hacerlo. No solo los oculantistas.

—Pero Australia es la que pilota el dragón.

—Eso no es porque sea oculantista, sino porque es piloto. Mira, tengo que volver a la cabina. Mi madre se va a enfadar conmigo por tardar tanto.

La miré. Me daba la impresión de que algo la inquietaba.

—Siento haberte roto la espada —le dije.

—La verdad es que ni siquiera me la merecía —repuso, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué lo dices?

—Todo el mundo lo sabe —respondió Bastille; se le notaba la amargura en la voz—. Incluso mi madre creía que no deberían haberme nombrado caballero. Creía que no estaba preparada.

—Es dura.

—Me odia.

La miré, sorprendido.

—¡Bastille! Seguro que no te odia. Es tu madre.

—Se avergüenza de mí. Siempre lo ha hecho. Pero... No sé por qué te cuento esto. Ve a echarte una siesta, Smedry. Deja las cosas

importantes a la gente que sabe lo que se hace.

Tras decir aquello, se alejó con paso airado en dirección a la cabina. Suspiré, pero abrí la puerta de cristal y entré en la habitación. No había cama, aunque encontré un colchón enrollado en la esquina. El cuarto, como el resto del dragón, se ondulaba arriba y abajo, y cada batir de alas producía una ola que recorría todo el cuerpo del vehículo.

Al principio me había mareado un poco, pero empezaba a acostumbrarme. Me senté y me quedé mirando la pared de cristal de mi cuarto. Seguía transparente, ya que Bastille solo había oscurecido la que tenía detrás.

Frente a mí se extendían las nubes, blancas y grumosas, como el paisaje de un planeta alienígena, o puede que como puré de patatas mal machacado. El sol, que se ponía a lo lejos, era una reluciente porción de mantequilla que se derretía poco a poco hasta desaparecer.

Como aquella analogía quizás os haya indicado, empezaba a picarme el hambre.

A pesar de todo, estaba a salvo. Y era libre, por fin. Había salido de las Tierras Silenciadas y estaba listo para iniciar mi viaje por las tierras en las que había nacido. Ciertamente, íbamos a parar en Egipto para recoger a mi abuelo, pero era un alivio estar en movimiento.

Estaba de camino. De camino a encontrar a mi padre, quizá de camino a descubrir quién era yo realmente.

Al final me daría cuenta de que no me gustaba lo que había encontrado, pero, en aquel momento, me sentía bien. Y, a pesar de que el cristal que tenía debajo me enseñara una caída libre al vacío, a pesar del hambre, a pesar de nuestro destino, me sentía relajado. Me entró sueño, me acurruqué en el colchón y me quedé dormido.

Me desperté cuando un misil estalló a pocos metros de mi cabeza.

Capítulo

4



Pensáis que ya lo habéis entendido, ¿verdad? ¿Mi dilema lógico? ¿Mi lapso argumental? ¿La parálisis de mi racionalidad? ¿Mi..., ummm..., atasco de lucidez?

Olvidaos de lo último.

De todos modos, existe, como seguramente habréis notado, un fallo en mi lógica. Afirmando ser un mentiroso. Abiertamente, sin artimañas, con sinceridad.

Sin embargo, tras declararme mentiroso, he procedido a escribir un libro sobre mi vida. Así que, por tanto, ¿cómo podéis llegar a confiar en la historia en sí? Si la narración viene de un mentiroso, ¿no será toda falsa? De hecho, ¿cómo podéis confiar en que de verdad sea un mentiroso? Si siempre miento, ¿no tendría que estar mintiendo al afirmar que soy un mentiroso?

Ahora veis por qué menciono lo de la parálisis de la racionalidad, ¿eh? Dejad que os lo aclare. He sido un mentiroso. La mayor parte de mi vida es una farsa, las heroicidades por las que se me conoce, la vida que he llevado, la fama de la que he disfrutado. Esas son las mentiras.

Lo que os cuento aquí es real. En este caso, solo puedo probar que soy un mentiroso contándoos la verdad, aunque también incluiré algunas mentiras —que señalaré— para que sirvan como lecciones que demuestren que es cierto que soy un mentiroso.

¿Lo captáis?

Salí volando del saco de dormir y me estrellé contra el cristal cuando el *Dragonauta* se sacudió para apartarse de la explosión que todavía se veía en la oscuridad del otro lado de mi pared. Nuestro navío no parecía haber sufrido daño, pero había faltado poco.

Me masajeeé la cabeza, ya despierto. Después solté un improperio por lo bajo y salí como pude por la puerta. En aquel momento, el *Dragonauta* dio otro bandazo hacia la derecha para esquivar por los pelos otro misil y me lanzó al suelo. El misil se alejó dejando tras de sí una estela de humo llameante y estalló a lo lejos.

Me enderecé a tiempo de ver algo más que pasaba disparado junto al *Dragonauta*: no otro misil, sino algo con ruidosos motores. Su parecido con un caza F-15 era inquietante.

—¡Cristales rayados! —exclamé mientras me obligaba a levantarme y sacaba las lentes de oculantista. Me las puse y corrí a la cabina.

Llegué y entré dando tumbos mientras Bastille señalaba:

—¡A la izquierda! ¡Vira a la izquierda!

Vi perlas de sudor en el rostro de Australia mientras viraba el *Dragonauta* para apartarse del caza que se acercaba. Apenas conseguí mantenerme en pie mientras el avión esquivaba otro misil.

Gruñí y sacudí la cabeza. Kaz estaba en un asiento, con las manos sobre el panel de control, mirando por el otro ojo del dragón.

—¡Ahora sí que sí! —exclamó el hombre pequeño—. ¡Hacía siglos que nadie me disparaba misiles!

Bastille lo miró con disgusto y después me miró a mí, que corría a levantarme y me agarraba a una silla para mantener el equilibrio.

Frente a nosotros, el caza disparó otro misil.

Me concentré para intentar activar mi Talento a distancia y destruir el caza, como hacía con las pistolas. No pasó nada.

Australia viró el *Dragonauta* justo a tiempo y me lanzó a un lado, con lo que las manos se me resbalaron de la silla. Es uno de los problemas de hacerlo todo de cristal: es difícil asirse.

Bastille consiguió mantenerse en pie, pero tenía puestas sus lentes de guerrero, que mejoran sus habilidades físicas. Kaz no tenía puestas ningunas lentes, pero parecía contar con un excelente sentido del equilibrio.

Me masajeeé la cabeza mientras el misil estallaba a lo lejos.

—¡No puede ser! —exclamé—. Ese reactor tiene tantas piezas móviles que mi Talento tendría que haberlo detenido fácilmente.

Bastille negó con la cabeza, mirándome.

—Misiles de cristal, Alcatraz.

—No había visto nunca nada parecido —coincidió Australia mientras volvía la vista atrás para observar las estelas de fuego del reactor—. Ese avión no tiene tecnología de las Tierras Silenciadas... O, bueno, no del todo. Es una especie de fusión. Algunas partes del fuselaje parecen de metal, mientras que otras parecen de cristal.

Bastille me ofreció una mano para ayudarme a levantarme.

—¡Ay, cortezas! —se quejó Kaz mientras señalaba algo.

Entorné los ojos, me apoyé en la silla y me quedé mirando el caza, que viraba de nuevo hacia nosotros. Parecía más maniobrable y preciso que un reactor normal. Mientras giraba hacia nosotros, su cabina empezó a brillar.

No entera, sino tan solo el cristal que la recubría. Fruncí el ceño; mis amigos parecían igual de perplejos.

La cabina de cristal del caza disparó un rayo de poder blanco reluciente hacia nosotros. El rayo acertó en una de las alas del

dragón, disparando fragmentos de hielo y nieve. El ala, atrapada en el frío, se quedó congelada, y mientras su mecanismo intentaba obligarla a moverse, estalló en mil pedazos.

—¡Lentes de creascarcha! —gritó Bastille mientras el *Dragonauta* se sacudía.

—¡Eso no han sido unas lentes! —respondió Australia—. ¡Ha salido de la cabina de cristal!

—¡Asombroso! —dijo Kaz, que se sujetaba a su asiento mientras la nave se bamboleaba.

«Vamos a morir», pensé yo.

No era la primera vez que sentía aquel vacío de terror helado, aquella terrible sensación de creer que iba a morir. La sentí en el altar, cuando estaban a punto de sacrificarme, la sentí cuando Blackburn me disparó con sus lentes de torturador y la sentí mientras veía al F-15 girarse de nuevo hacia nosotros para volver a atacarnos.

Nunca me acostumbré a esa sensación. Es algo así como que tu propia mortalidad te dé un puñetazo en la cara.

Y la mortalidad tiene un gancho de derecha muy potente.

—¡Tenemos que hacer algo! —grité mientras el *Dragonauta* daba otra sacudida.

Sin embargo, Australia estaba con los ojos cerrados; después supe que estaba compensando mentalmente la falta del ala perdida para mantenernos en el aire. Delante de nosotros, la cabina del caza empezó a brillar otra vez.

—Estamos haciendo algo —repuso Bastille.

—¿El qué?

—¡Frenar!

—¿Para qué?

Oí un ruido sobre nosotros. Levanté la mirada, asustado, hacia el cristal translúcido del techo: la madre de Bastille, Draulin, estaba de pie encima del *Dragonauta*. Una majestuosa capa aleteaba tras ella; llevaba puesta su armadura de acero y blandía una espada de Cristalia.

Ya había visto una antes, durante la infiltración en la biblioteca. Bastille la había sacado para luchar contra los monstruos Animados. Hasta aquel momento creía que recordaba fatal el tamaño de la espada, que quizá simplemente me había parecido enorme porque la llevaba Bastille.

Me equivocaba. La espada que empuñaba Draulin era gigantesca, al menos metro y medio de alto desde la punta de la hoja hasta la empuñadura. Lanzaba destellos de luz, ya que estaba fabricada con el cristal que daba su nombre tanto a los crístines como a Cristalia en sí.

(Los caballeros no son demasiado originales con los nombres. Cristin, Cristalia, cristales. Una vez que me permitieron entrar en Cristalia dije en broma que mi patata era una «patata Patatín, cultivada y elaborada en los Campos de Patatalia». A los caballeros no les hizo gracia. Quizás hubiera funcionado mejor con la zanahoria.)

Draulin se colocó sobre la cabeza de nuestro dragón volador, haciendo tintinear las botas sobre el cristal. De algún modo, a pesar del viento y de las sacudidas del vehículo, consiguió mantenerse firme.

El caza disparó un rayo desde su cristal de creascarcha, apuntando a la otra ala. La madre de Bastille dio un salto por el aire, su capa agitándose tras ella. Aterrizó en el ala y alzó su espada cristalina. El haz de escarcha dio en la hoja y desapareció en un puf. La madre de Bastille apenas se movió con el golpe, sino que permaneció en pie, poderosa, el rostro tapado por la visera de la armadura.





La cabina guardó silencio. Me resultaba imposible creer que Draulin hubiera logrado tal hazaña. Sin embargo, mientras esperaba, el caza disparó de nuevo y, de nuevo, la madre de Bastille consiguió colocarse delante del rayo y destruirlo.

—Está... de pie encima del *Dragonauta* —comenté mientras la observaba a través del cristal.

—Sí —respondió Bastille.

—Parece que vamos a varios cientos de kilómetros por hora.

—Más o menos.

—Está bloqueando rayos láser disparados por un avión a reacción.

—Sí.

—Sin usar nada más que su espada.

—Es una caballero de Cristalia —dijo Bastille, apartando la vista—. Esa es la clase de cosas que hacen.

Guardé silencio y me quedé mirando a la madre de Bastille, que recorrió el *Dragonauta* de un lado a otro en cuestión de segundos para bloquear un rayo de hielo que nos disparaban por detrás.

Kaz sacudió la cabeza.

—Estos crístines —dijo—. Le quitan la diversión a todo —añadió, esbozando una sonrisa con la que enseñaba todos los dientes.

A día de hoy, todavía no sé si Kaz de verdad tiene instintos suicidas o si solo le gusta fingirlo. En cualquier caso, está loco. Pero, bueno, es un Smedry, lo que es casi sinónimo de «lunático demente y temerario».

Miré a Bastille, que observaba a su madre moverse sobre nosotros y parecía a la vez sentir anhelo y vergüenza.

«Esa es la clase de cosas que se supone que debería hacer ella —pensé—. Por eso le quitaron el título de caballero: porque creían que no estaba a la altura.»

—Estooo... ¡Problemas! —exclamó Australia.

Había abierto los ojos y seguía teniendo la mano sobre el panel reluciente, pero parecía rendida. Delante de nosotros, el caza volvía a cargar el cristal... y acababa de soltar otro misil.

—¡Agarraos! —gritó Bastille mientras se sujetaba a un asiento.

Yo hice lo mismo, aunque de poco sirvió: de nuevo salí lanzado a un lado, mientras Australia lo esquivaba. Arriba, Draulin consiguió bloquear el rayo de creascarcha, pero por los pelos.

El misil estalló a poca distancia del fuselaje del *Dragonauta*.

«No podemos seguir así —pensé—. Australia parece aguantar a duras penas y la madre de Bastille acabará cansándose. Estamos metidos en un buen lío.»

Me levanté, me restregué el brazo y parpadeé para librarme del fosfeno del estallido del misil. Sentí algo cuando el caza pasó junto a nosotros, un nudo oscuro en el estómago, como en la pista de vuelo. Era parecido a ese sentido que me decía que había cerca un oculantista utilizando una de sus lentes. Pero distinto. Sucio, de algún modo.

La criatura del aeropuerto estaba en aquel reactor. Antes, me había arrancado las lentes de la mano de un disparo. Ahora utilizaba un caza que podía dispararme sin que lo rompiera. De algún modo, daba la impresión de que comprendía cómo combinar la tecnología de los Reinos Libres y la de las Tierras Silenciadas.

Y era una habilidad pero que muy peligrosa.

—¿Tenemos algún arma a bordo de la nave? —pregunté.

—Yo tengo una daga —repuso Bastille, encogiéndose de hombros.

—¿Y ya está?

—Te tenemos a ti, primo —dijo Australia—. Eres un oculantista y un Smedry de la línea pura. Eres mejor que cualquier arma normal.

«Genial», pensé. Después miré a la madre de Bastille, que estaba de pie sobre el morro del dragón.

—¿Cómo puede mantenerse en pie así?

—Cristal de amarrador —respondió Bastille—. Tiene unas placas de eso en las suelas de las botas, y se pegan a otro tipo de cristales.

—¿Tenemos más?

Bastille se calló un momento y después, sin cuestionarme nada, corrió a un lado de la cabina y se puso a rebuscar en un baúl de cristal que había en el suelo. Salió unos minutos después con un par de botas.

—Estas hacen lo mismo —explicó mientras me las daba.

Tenían pinta de quedarme enormes.

La nave se balanceó cuando Australia esquivó otro misil. No sabía cuántos llevaría el caza, pero, al parecer, más de los que debería haber sido capaz de cargar. Me dejé caer en el suelo, la espalda contra la pared, mientras el *Dragonauta* se sacudía; después me metí la primera bota sin quitarme el zapato y me apreté bien los cordones.

—¿Qué haces? —me preguntó Bastille—. No pensarás salir ahí fuera, ¿no?

Me metí la otra bota. El corazón me latía muy deprisa.

—¿Qué esperas conseguir, Alcatraz? —preguntó Bastille en voz baja—. Mi madre es una caballero de Cristalia de pleno derecho. ¿De qué vas a servirle?

Vacilé, y Bastille se ruborizó un poco al darse cuenta de que sus palabras habían sido muy duras, aunque, en realidad, retirar lo dicho no era su estilo. Por no hablar de que tenía razón.

¿En qué estaba pensando?

Kaz se nos acercó.

—Esto no va bien, Bastille.

—Ah, por fin te has dado cuenta, ¿no? —le soltó ella.

—No seas así —respondió él—. Puede que me guste un poco de emoción, pero odio las paradas repentinas tanto como cualquier Smedry. Necesitamos un plan de huida.

Bastille guardó silencio un momento.

—¿A cuántos de nosotros puedes transportarnos con tu Talento?

—¿Aquí arriba, en el cielo? ¿Sin lugar al que huir? No estoy seguro, la verdad. Dudo de que pueda sacarlos a todos.

—Llévate a Alcatraz —dijo Bastille—. Vete ya.

—No —respondí, aunque me dio un vuelco el estómago.

Me levanté y me quedé de inmediato pegado al suelo de cristal de la cabina. Sin embargo, cuando intenté dar un paso, el suelo me soltó el pie. Cuando volví a pisar, volvió a pegarse.

«Estupendo», pensé mientras intentaba no concentrarme en lo que iba a hacer.

—¡Castañas, chaval! —exclamó Kaz—. Puede que tengas menos luces que una antorcha mojada, pero no quiero que te maten. Se lo debo a tu padre. Ven conmigo; nos perderemos y después nos dirigiremos a Nalhalla.

—¿Y dejar aquí a los demás para que los asesinen?

—No nos pasará nada —respondió Bastille a toda prisa. Con demasiada prisa.

El caso es que me detuve a pensar un momento. Quizá no suene demasiado heroico, pero gran parte de mí quería ir con Kaz. Me sudaban las manos y el corazón me latía con fuerza en el pecho.

La nave se balanceó para esquivar otro misil que estuvo a punto de darnos. Vi que una telaraña de grietas aparecía en el lateral derecho de la cabina.

Podía huir, escapar. Nadie me habría culpado. Estaba deseando hacerlo.

Pero no lo hice. Quizás os parezca un acto de valor, pero os aseguro que en el fondo soy un cobarde. Os lo demostraré en otra ocasión. Por ahora, tendréis que creerme cuando os digo que lo que me impulsó a quedarme no fue la valentía, sino el orgullo.

Era un oculantista. Australia había dicho que yo era su principal arma, así que estaba decidido a ver lo que era capaz de hacer.

—Voy a subir —dije—. ¿Cómo llego hasta ahí?

—Escotilla en el techo —respondió al fin Bastille—. En la misma habitación a la que subiste desde la cuerda. Venga, te lo enseñaré.

—Bastille, ¿de verdad vas a dejar que lo haga? —le preguntó Kaz mientras la sujetaba por un brazo.

Ella se encogió de hombros.

—Si quiere matarse, no es asunto mío. Una persona menos que tengo que salvar.

Esbocé una débil sonrisa. Conocía lo suficiente a Bastille como para percibir su inquietud: sí que se preocupaba por mí. O puede que solo estuviera enfadada conmigo. Con ella cuesta distinguir una cosa de la otra.

Eché a caminar por el pasillo y la seguí, adaptándome rápidamente a caminar con las botas. En cuanto tocaban el cristal, se pegaban a él y me estabilizaban, algo que agradecí cuando la nave dio otro bandazo. Con ellas avanzaba un poco más despacio de lo normal, pero merecía la pena.

Alcancé a Bastille en la habitación, y ella tiró de una palanca para abrir una escotilla del techo.

—¿Por qué me dejas hacer esto? —pregunté—. Normalmente te quejas cuando intento que me maten.

—Sí, bueno, al menos esta vez no seré yo la que quede mal si te mueres. Mi madre es la caballero a cargo de tu protección.

Arqueeé una ceja.

—Además —siguió diciendo—, a lo mejor puedes hacer algo. Quién sabe. Ya has tenido suerte otras veces.

Sonreí y, de algún modo, aquel voto de confianza (porque lo era) me reafirmó en mis intenciones. Levanté la vista.

—¿Cómo subo?

—Tus pies se pegan a las paredes, estúpido.

—Ah, claro —respondí.

Respiré hondo y pisé la pared. Era más sencillo de lo que creía; los técnicos silimáticos dicen que el cristal de amarrador mantiene todo tu cuerpo en su sitio, y no solo los pies. En cualquier caso, me resultó bastante fácil —aunque desorientara un poco— caminar por la pared y salir a la parte de arriba del *Dragonauta*.

Vamos a hablar de aire. Veréis, el aire es una cosa estupenda. Nos permite hacer sonidos chulos con la boca, transporta los olores de una persona a otra y, sin él, no se podría tocar la trompeta. Ah, y hace otra cosa más: te permite respirar, y gracias a eso hay vida en el planeta. El aire es genial.

Lo que ocurre con el aire es que en realidad no te paras a pensar en él hasta que (a) no tienes suficiente o (b) tienes demasiado. La segunda opción es especialmente desagradable cuando un puñado de aire te golpea en la cara a unos quinientos kilómetros por hora.

El viento me empujó hacia atrás y lo único que me mantuvo en pie fue el cristal de amarrador que llevaba en los pies. Incluso con él, me doblé hacia atrás en precario equilibrio, como un bailarín desafiando la gravedad en un vídeo musical. Habría sido guay de no haber temido por mi vida.

Bastille debió de darse cuenta de mi problema, porque corrió a la cabina. Todavía no sé bien cómo convenció a Australia para que frenara; sin lugar a dudas parecía una idea muy estúpida. El caso es que el viento amainó hasta alcanzar una velocidad manejable y así pude caminar por el fuselaje hasta Draulin.

A mi lado batían unas alas enormes, y el cuerpo de serpiente del dragón se ondulaba. Aun así, avanzaba con bastante facilidad. Caminaba bajo las estrellas y la luna, con la cubierta de nubes brillando bajo nosotros. Llegué cerca de la parte delantera del vehículo justo cuando Draulin bloqueaba otro rayo de creascarcha. Al acercarme, se volvió hacia mí.



—¿Señor Smedry? —preguntó con la voz ahogada tanto por el viento como por el yelmo—. En nombre de las Primeras Arenas, ¿qué hace aquí?

—¡He venido a ayudar! —chillé por encima del aullido del viento.

La mujer estaba perpleja. El reactor surcó a toda velocidad el cielo nocturno, dando la vuelta para otro ataque.

—¡Regrese! —me dijo mientras agitaba su mano blindada.

—Soy un oculantista —expliqué, señalándome las lentes—. Puedo detener el rayo de creascarcha.

Era cierto. Un oculantista puede utilizar sus lentes para contrarrestar el ataque del enemigo. Había visto a mi abuelo hacerlo en su duelo contra Blackburn. Yo no lo había intentado nunca, pero supuse que no podía ser tan complicado.

Estaba completamente equivocado, por supuesto. Nos pasa a los mejores.

Draulin soltó un improperio y corrió por el lomo del dragón para detener otro disparo. La nave se onduló y estuve a punto de vomitar; de repente fui consciente de lo alto que estaba. Me agaché, sosteniéndome el estómago y esperando a que el mundo volviera a orientarse. Cuando lo hizo, tenía a Draulin al lado.

—¡Vuelva a bajar! —me chilló—. ¡Aquí no me sirve de ayuda!

—Pero...

—¡Idiota! —chilló—. ¡Va a conseguir que nos maten a los dos!

Guardé silencio mientras el aire me alborotaba el pelo. Me sorprendió que me tratara así, pero seguramente me lo merecía. Le di la espalda y regresé a la escotilla, avergonzado.

El caza disparó un misil a un lateral. El cristal de su cabina disparó otro rayo de creascarcha.

Y el *Dragonauta* no lo esquivó.

Me volví hacia la cabina y vi de refilón que Australia se había derrumbado sobre el cuadro de mandos, mareada. Bastille intentaba despertarla a tortazos —se le da muy bien todo lo que requiera dar tortas—, mientras Kaz ponía todo su empeño en intentar que el vehículo respondiera.

Viramos, pero en la dirección equivocada. Draulin gritó y rebanó por muy poco el rayo helado mientras se tambaleaba. Lo deshizo, pero el misil siguió su camino, directo hacia nosotros.

Directo hacia mí.

He hablado ya sobre la incómoda tregua que mantengo con mi Talento. Ninguno de los dos está nunca completamente al mando. Lo más normal es que consiga romper cosas si me lo propongo, pero rara vez justo como quiero. Y mi Talento a menudo rompe cosas cuando no quiero que lo haga.

Lo que me falta en control, lo compenso con potencia. Me quedé mirando al misil que se acercaba, vi la luz de las estrellas reflejada en su superficie de cristal y también vi la estela de humo que llevaba hasta el caza que estaba detrás.

Me quedé mirando mi reflejo sobre la muerte inminente. Entonces alcé la mano y liberé mi Talento.

El misil se hizo añicos, los fragmentos de cristal salieron volando, lanzando destellos y girando por el aire de medianoche. Después, esos fragmentos estallaron y acabaron convertidos en polvo que se dispersó a mi alrededor, a pocos centímetros de mí por ambos lados.

El humo del motor del misil todavía flotaba detrás, y me rozó los dedos. De inmediato, el reguero de humo tembló. Grité, y una onda de poder me salió disparada del pecho, subió por la estela como el agua por un tubo y se dirigió al reactor, que rugía al final del recorrido trazado por el misil.

La onda de poder golpeó al avión. No se oyó nada durante un instante.

Entonces, el caza simplemente... se deshizo. No estalló, como podría suceder en una película de acción. Sus piezas se limitaron a separarse. Los tornillos volaron, los paneles de metal se soltaron, los trozos de cristal se despegaron del ala y la cabina. En cuestión de segundos, toda la máquina parecía una caja de piezas de repuesto que alguien hubiera lanzado al aire.

Aquel revoltijo salió disparado por encima del *Dragonauta* y después cayó hacia las nubes de abajo. Mientras las piezas se dispersaban, vislumbré un rostro enfadado en medio del metal. Era el piloto, que se retorció entre las piezas desechadas. En un momento muy surrealista, me miró a los ojos y vi odio profundo en ellos.

La cara no era del todo humana. La mitad lo parecía, pero la otra mitad era una amalgama de tornillos, muelles, tuercas y pernos; algo similar a las piezas de avión que caían a su alrededor.

Desapareció en la oscuridad.

Ahugué un grito de repente, sintiéndome débil hasta decir basta. La madre de Bastille se agachó, apoyó una mano en el techo para mantener el equilibrio y me miró con una cara que no pude distinguir por culpa de la visera.

Entonces fue cuando me fijé en las grietas de la parte de arriba del *Dragonauta*. Partían de donde yo estaba y formaban un dibujo en espiral, como si mis pies fueran la fuente de un gran impacto. Desesperado, vi que ahora casi todo el gigantesco dragón volador tenía defectos o grietas de algún tipo.

Mi Talento, tan impredecible como siempre, había resquebrajado el cristal que tenía debajo mientras yo lo usaba para destruir el caza.

Poco a poco, para mi desgracia, el dragón empezó a caer. Otra de las alas se desprendió, el cristal se rompía, el *Dragonauta* temblaba. Había salvado la nave..., pero también la había destruido. Empezamos a desplomarnos.

Capítulo 5



Ahora bien, si de repente os encontráis encima de un dragón de cristal, en medio del océano, en plena caída mortal, debéis tener en cuenta varias cosas. Esas cosas no incluyen meteros en una amplia disquisición sobre filosofía clásica, aviso.

Eso dejadlo para los profesionales como yo.

Quiero que penséis en una nave. No, no en una nave con forma de dragón volador, como la que se deshacía bajo mis pies mientras nos desplomábamos. Centraos. Está claro que sobreviví a la caída, ya que este libro está escrito en primera persona.

Quiero que penséis en un barco normal. De los de madera, construido para navegar por el mar. Un barco propiedad de un hombre llamado Teseo, un rey griego inmortalizado por un escritor llamado Plutarco.

Plutarco era un estúpido historiadorzucho griego conocido por haber nacido unos tres siglos tarde, por estar fascinado con la gente muerta y por ser demasiado prolijo. (Escribió más de ochocientas mil palabras. El Honorable Consejo de Escritores de Fantasía con

Libros Demasiado Largos —el viejo HCEFLDL— está pensando en nombrarlo miembro honorífico.)

Plutarco escribió una metáfora sobre el barco de Teseo. Veréis, después de la muerte del gran rey Teseo, la gente deseaba recordarlo, así que decidieron conservar su barco para las generaciones venideras.

El barco se hizo viejo, y sus tablas empezaron a pudrirse (una manía que tiene la madera), así que la gente sustituyó las maderas podridas. Después, otras piezas envejecieron y también las cambiaron.

Así siguieron durante muchos años. Al final sustituyeron todas las piezas del barco original, de modo que Plutarco nos plantea una polémica a la que todavía le dan vueltas los filósofos: ¿sigue siendo el barco de Teseo? La gente lo llama así. Todo el mundo sabe que lo es, pero hay un problema: ninguna de las piezas pertenece ya al barco que usó Teseo.

¿Es el mismo barco?

Yo creo que no. Aquel barco está muerto, enterrado y podrido. La copia a la que todos llamaban el barco de Teseo no era más que... una copia. Puede que tuviera el mismo aspecto, pero las apariencias engañan.

Ahora bien, ¿qué tiene esto que ver con mi historia? Todo. Veréis, yo soy ese barco. No os preocupéis, que seguro que acabaré explicándooslo.

El *Dragonauta* caía cielo abajo. Las nubes blancas pasaban alrededor convertidas en un torbellino furioso. De repente salimos de ellas y vi algo muy oscuro y muy grande debajo de mí.

El océano. Tuve la misma sensación que antes: la terrible sensación de que íbamos a morir todos; y esta vez era culpa mía.

Estúpida mortalidad.

El *Dragonauta* se sacudió y se llevó con él mi estómago. Las poderosas alas seguían batiendo, reflejando la difusa luz de las estrellas que brillaban a través de las nubes. Me giré para mirar hacia la cabina y vi que Kaz estaba concentrado, con la mano sobre

el cuadro de mandos. Tenía la frente perlada de sudor, pero consiguió mantener la nave en el aire.

Algo crujió. Bajé la vista y me di cuenta de que me encontraba justo en el centro de la zona de cristal roto.

Oh, oh.

El cristal que tenía debajo se hizo pedazos, aunque, por suerte, la nave se giró en aquel preciso momento, dando un bote hacia arriba. Acabé dentro del vehículo. Me golpeé contra el suelo de cristal y después tuve la entereza suficiente para golpear la pared con un pie —para sujetarla— mientras la nave se retorció.

Kaz estaba realizando un trabajo impresionante. Las cuatro alas que quedaban batían el aire con ganas y el *Dragonauta* ya no caía tan deprisa. Habíamos pasado de desplomarnos hacia una muerte segura a bajar en una controlada espiral hacia la muerte.

Me giré y me levanté; el cristal de amarrador me dio la estabilidad suficiente para caminar hasta la cabina. Mientras lo hacía, me quité las lentes y me las guardé en el bolsillo; era una suerte no haberlas perdido en medio del caos.

Dentro me encontré a Bastille acurrucada sobre Australia, que tenía pinta de estar muy mareada. A mi prima le sangraba la cabeza; después supe que había salido disparada contra la pared cuando la nave había empezado a caer.

Sabía perfectamente cómo se sentía.

Bastille consiguió sujetar a la pobre Australia en una especie de arnés. Kaz seguía concentrado en mantenernos en el aire.

—Puñetero cacharro —dijo entre dientes—. ¿Por qué la gente grande tiene que volar tan alto?

Pude ver, a duras penas, que había tierra un poco más adelante y sentí una chispa de esperanza. En aquel momento se rompió la parte de atrás del dragón, llevándose con ella dos alas más. Volvimos a dar bandazos por el aire, girando, y la pared que tenía al lado estalló hacia fuera por culpa de la presión.

Australia gritó; Kaz soltó un improperio. Yo caí de espaldas, con las rodillas dobladas y los pies todavía plantados en el suelo.

Y Bastille salió volando por la abertura de la pared.

Bueno, os diré una y otra vez que no soy un héroe. Sin embargo, a veces, soy bastante avisado. Al ver a Bastille pasar volando junto a mí supe que no sería capaz de agarrarla a tiempo.

No podía agarrarla, pero sí darle una patada. Así que lo hice.

Estrellé el pie contra su costado, como para apartarla del agujero. Por suerte, se me pegó a la planta, ya que, si hacéis memoria, ella llevaba una chaqueta de fibra de cristal.

Bastille se quedó fuera del *Dragonauta*, colgada por la chaqueta de cristal de amarrador de mi pie. Se retorció, sorprendida, pero se agarró a mi tobillo para mantener el equilibrio. Al hacerlo, obviamente, me empujó hacia ella; por suerte, mi otro pie seguía plantado en el suelo de cristal.

Bastille se agarraba a uno de mis pies, mientras que el otro seguía pegado a la nave. No era una sensación agradable.

Chillé de dolor mientras Kaz intentaba maniobrar para llevar a nuestra máquina rota hasta la playa. Nos estrellamos en la arena — con lo que se rompieron más cristales todavía— y todo se convirtió en un lío de cuerpos y escombros.

Recuperé la consciencia unos minutos después del accidente. Parpadeé unas cuantas veces y vi que estaba tumbado boca arriba, mirando el agujero roto del techo. Había un claro entre las nubes a través del que veía las estrellas.

—Estooo —dijo una voz—, ¿está bien todo el mundo?

Me volví y me sacudí los trocitos de cristal de la cara; por suerte, la cabina parecía estar hecha del equivalente al cristal de seguridad de los Reinos Libres. Aunque estaba destrozada, para mi sorpresa los fragmentos eran romos y no me había cortado nada.

Australia —la que había hablado— estaba sentada con la cabeza entre las manos, todavía sangrando. Miraba a su alrededor, algo aturdida. Los lamentables restos del *Dragonauta* yacían esparcidos a nuestro alrededor, como el esqueleto de un animal

mítico muerto hacía tiempo. Los dos ojos estaban rotos. Una de las alas sobresalía a poca distancia, apuntando al aire.

Bastille gruñó a mi lado, la chaqueta cubierta por una telaraña de grietas. Había absorbido parte del impacto del aterrizaje. Por desgracia, mis piernas no tenían ese cristal y me dolían de los golpes.

Oí un crujido un poco más allá, donde la playa se convertía en arboleda. De repente, Kaz salió del bosque, ileso e indemne.

—¡Bueno! —dijo mientras examinaba la playa—. Ha sido interesante, qué duda cabe. ¿Algún muerto? Que levante la mano.

—¿Y si me siento como si estuviera muerta? —preguntó Bastille mientras se quitaba la chaqueta.

—Pues levanta solo un dedo —respondió Kaz mientras caminaba por la playa hacia nosotros.

Mejor no os cuento qué dedo levantó.

—Espera —dije, tambaleándome un poco al ponerme de pie—. ¿Has salido lanzado hasta ahí y no te has hecho nada?

—Por supuesto que no he salido lanzado hasta ahí —respondió Kaz entre risas—. Me perdí más o menos cuando nos estrellamos y acabo de encontrar el camino de vuelta. Siento haberme perdido el impacto..., pero no parecía demasiado divertido.

Los Talentos de los Smedry. Sacudí la cabeza y me miré en los bolsillos para asegurarme de que mis lentes hubieran sobrevivido. Por suerte, el forro las había protegido. Pero, mientras miraba, me di cuenta de una cosa.

—¡Bastille! ¡Tu madre!

En aquel momento se agitó un panel de cristal y algo lo empujó desde abajo. Draulin se levantó, y yo oí un débil gemido que procedía de su yelmo. En una mano todavía blandía la espada crística. La levantó y la envainó en la funda que llevaba a la espalda antes de quitarse el yelmo. Un montón de sudoroso pelo plateado le cayó alrededor de la cara. Se volvió para examinar los restos del accidente.

Me sorprendió un poco verla en tan buena forma. Debería haberme dado cuenta de que la armadura que vestía era de tecnología silimática y había amortiguado su caída incluso mejor que la chaqueta de Bastille.

—¿Dónde estamos? —preguntó Bastille mientras se abría paso a través de un campo de cristales rotos, ahora vestida tan solo con una camiseta negra metida por debajo de sus pantalones militares.

Era una buena pregunta. El bosque parecía casi una jungla. Las olas lamían la playa iluminada por las estrellas, recogían los trocitos de cristal y se los llevaban al mar.



—En Egipto, supongo —respondió Australia. Se apretaba la cabeza con una venda, pero, por lo demás, parecía encontrarse bien—. Quiero decir que allí nos dirigíamos, ¿no? Estábamos llegando cuando nos estrellamos.

—No —respondió Draulin mientras caminaba hacia nosotros—. El señor Kazan tuvo que hacerse cargo de los mandos cuando usted perdió la consciencia, lo que significa...

—Que mi Talento entró en funcionamiento —completó Kaz la frase—. En otras palabras: nos hemos perdido.

—No tanto —repuso Bastille—. ¿No es aquello La Aguja del Mundo?

Señaló al otro lado del océano y, a duras penas, en la distancia, pude ver lo que parecía una torre salida del mar. Teniendo en cuenta lo lejos que estaba, debía de ser enorme.



Después me enteré de que «enorme» era quedarse muy corto. Los habitantes de los Reinos Libres afirman que La Aguja del Mundo es el centro exacto del mundo. Se trata de un enorme chapitel de cristal que va desde la atmósfera superior hasta el mismo núcleo del planeta, que, por supuesto, es de cristal. Como todo, claro.

—Tienes razón —dijo Draulin—. Eso significa que seguramente estemos por la selva kalmariana. Bastante lejos de las Tierras Silenciadas.

—Eso no debería ser un problema —repuso Kaz.

—¿Cree que podría llevarnos a Nalhalla, mi señor? —preguntó Draulin.

—Probablemente.

Me volví.

—¿Y a la Biblioteca de Alejandría?

—¿Todavía quiere ir ahí? —preguntó Draulin.

—Por supuesto.

—No sé si...

—Draulin —dije—, no me obligues a ponerte otra vez a la pata coja.

Ella guardó silencio.

—Estoy de acuerdo con Alcatraz —dijo Kaz, que se acercó para rebuscar entre los escombros—. Si mi padre está en Alejandría, sin duda se meterá en un lío. Si se mete en un lío, eso significa que nos estamos perdiendo diversión de la buena. Ahora vamos a ver si podemos recuperar algo...

Lo observé trabajar; Draulin no tardó en unírsele en su búsqueda entre las piezas. Bastille se me acercó.

—Gracias —dijo—. Por salvarme cuando caí por el agujero del dragón, me refiero.

—De nada. Cuando quieras te doy otra patada.

Dejó escapar un bufido.

—Tú sí que eres un amigo.

Sonreí. Teniendo en cuenta el trastazo que nos habíamos dado, era curioso que nadie estuviera malherido. En realidad, puede que a vosotros os moleste eso. La historia habría quedado mejor si, llegados a este punto, muriera alguien, porque un fallecimiento al principio de un libro deja claro a los lectores lo peligrosa que es la trama y aumenta la tensión.

Sin embargo, debéis recordar que esto no es ficción, sino una historia real. No puedo evitar que todos mis amigos sean demasiado egoístas como para hacer lo narrativamente correcto y dejar que los maten para darle más emoción a mis memorias.

He hablado con ellos largo y tendido sobre este tema. Si os hace sentir mejor, Bastille se muere al final de este libro.

Ah, ¿que no queríais oír eso? Lo siento, tendréis que olvidar que lo he escrito. Existen varias formas cómodas de conseguirlo. Me han dicho que darse un golpe en la cabeza con un objeto contundente funciona bastante bien. Probad a usar una de las novelas de fantasía de Brandon Sanderson. Son lo bastante grandes, y bien sabe el cielo que es lo único útil que se puede hacer con ellas.

Bastille —ignorante por completo de su aciago destino— miró la cabeza medio enterrada del dragón. Los ojos rotos apuntaban a la jungla, la boca estaba ligeramente abierta y los dientes, rajados.

—Parece un final muy triste para el *Dragonauta* —dijo—. Qué desperdicio de cristal.

—¿Hay algún modo de..., no sé, de arreglarlo?

Se encogió de hombros.

—El motor silimático se ha perdido, y eso es lo que le daba su poder al cristal. Supongo que si conseguimos un motor nuevo, funcionaría otra vez. Pero con lo agrietado que está, probablemente tendría más sentido fundirlo entero.

Los demás llegaron con un par de mochilas llenas de comida y suministros. Finalmente, Kaz dejó escapar un grito de alegría y encontró un pequeño bombín que procedió a colocarse en la cabeza. Después se puso también un chaleco bajo la chaqueta. Era una combinación extraña, ya que la chaqueta en sí —junto con los

pantalones— era de una tela gruesa y basta. Parecía una especie de cruce entre Indiana Jones y un caballero inglés.

—¿Listos? —preguntó.

—Casi —respondí mientras por fin me quitaba las botas con cristal de amarrador—. ¿Hay alguna forma de apagarlas?

Sostuve una bota en alto para observar la planta con ojo crítico; estaba llena de fragmentos de cristal y —lógicamente— de arena.

—La mayoría no puede —respondió Draulin; se sentó en un trozo de avión y se quitó sus botas blindadas. Después sacó de su bolsa unos cristales que tenían una forma especial y se los puso a las botas—. Simplemente las cubrimos con unas placas como estas, de modo que las botas se peguen a ellas.

Asentí. Las placas en cuestión tenían suelas y tacones en la parte de abajo, así que debía de ser como llevar zapatos normales.

—Sin embargo, usted es un oculantista —añadió.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Los oculantistas no son como la gente normal, Alcatraz —explicó Australia, sonriendo.

La cabeza le había dejado de sangrar y se había puesto una venda. Una venda rosa. No tenía ni idea de dónde podría haberla encontrado.

—Efectivamente, mi señor —añadió Draulin—. Puede utilizar lentes, pero también tiene un poder limitado sobre el cristal silimático, lo que llamamos «tecnología».

—¿Como el motor, te refieres? —pregunté mientras me ponía las lentes de oculantista.

Draulin asintió.

—Intente desactivar las botas como haría con las lentes.

Lo hice, tocándolas. Para mi sorpresa, tanto la arena como el cristal cayeron al suelo y las botas se apagaron.

—Esas botas tienen una carga silimática —explicó Australia—. Algo parecido a las pilas de las Tierras Silenciadas. Las botas se acaban gastando, pero, hasta entonces, un oculantista puede apagarlas y encenderlas.

—Uno de los grandes misterios de nuestra época —dijo Draulin, ya con sus botas puestas.

Por la forma en que lo decía, dejaba claro que en realidad no le importaba cómo funcionaban las cosas, solo que funcionaran.

En cuanto a mí, sí que sentía más curiosidad. Me habían hablado varias veces sobre la tecnología de los Reinos Libres. Me parecía una distinción bastante sencilla: la magia era algo que solo funcionaba con algunas personas, mientras que la tecnología —a menudo llamada silimática— funcionaba con todas. Australia había sido capaz de hacer volar el *Dragonauta*, pero también Kaz. Era tecnología.

Pero lo poco que sabía daba a entender que existía una relación entre esta tecnología suya y los poderes oculantistas. Sin embargo, la conversación me había recordado otra cosa. No tenía ni idea de si estábamos más cerca de Alejandría que antes, pero parecía buena idea intentar volver a ponerme en contacto con mi abuelo.

Me puse las lentes de mensajero y me concentré. Por desgracia, no fui capaz de sacarles nada. Me las dejé puestas, por si acaso y después metí las botas de cristal de amarrador en una de las mochilas.

Me la eché al hombro, pero Bastille me la quitó. La miré con el ceño fruncido.

—Lo siento —me dijo—. Órdenes de mi madre.

—Usted no tiene que cargar con nada, señor Smedry —dijo Draulin mientras recogía otro bulto—. Deje que lo haga la escudera Bastille.

—Puedo cargar con mi mochila, Draulin.

—¿Ah, sí? —preguntó—. Y si nos atacan, ¿no necesita estar preparado y libre para usar las lentes y defendernos? —Me dio la espalda—. A la escudera Bastille se le da bastante bien cargar con cosas. Deje que lo haga, así hará algo útil y se sentirá realizada.

Bastille se ruborizó. Abrí la boca para seguir discutiendo, pero Bastille me lanzó una mirada que me dejó callado.

«Vale», pensé. Todos miramos a Kaz, listos para partir.

—¡Adelante, pues! —exclamó el hombre pequeño mientras abría la marcha por la arena en dirección a los árboles.

Capítulo 6



Los adultos no son idiotas.

A menudo, en los libros como este, se da la impresión contraria. Los adultos de esas historias (a) acaban capturados, (b) desaparecen cuando hay problemas o (c) se niegan a ayudar.

(No sé bien qué tienen los autores contra los adultos, pero todos parecen odiarlos hasta unos extremos normalmente reservados para los perros y las madres. ¿Por qué si no iban a hacerlos tan idiotas? «¡Ah, mira, el señor oscuro del mal ha llegado para atacar el castillo! Yyyyyy, vaya, es la hora de comer. ¡Que os divirtáis salvando el mundo solos, niños!»)

En el mundo real, los adultos suelen participar en todo, quieras tú o no. No desaparecen cuando llega el señor oscuro, aunque quizás intenten demandarlo. Esta discrepancia es otra prueba más

de que casi todos los libros son fantasías, mientras que este es completamente cierto y tiene un valor incalculable. Veréis, en este libro dejaré muy claro que todos los adultos no son idiotas.

Aunque sí peludos.

Los adultos son como críos peludos a los que les gusta decirles a los demás lo que deben hacer. A pesar de lo que afirmen otros libros, sí que tienen algunos usos. Pueden bajar cosas de los estantes altos, por ejemplo (aunque Kaz argumentaría que esos estantes altos no son necesarios; razón con referencia número sesenta y tres, que se explicará más adelante).

De todos modos, a menudo desearía que los dos grupos —adultos y niños— encontraran el modo de llevarse bien. Una especie de tratado o algo. El mayor problema es que los adultos tienen una de las estrategias de reclutamiento más efectivas del mundo: si les das el tiempo suficiente, convierten a todos los críos en uno de ellos.

Entramos en la jungla.

—Que todo el mundo recuerde permanecer siempre a la vista de alguien del grupo —dijo Kaz—. ¡No se sabe dónde os podemos dejar si os separáis!

Tras decir aquello, sacó un machete y se abrió paso a través de la maleza. Volví la vista atrás, hacia la playa, para despedirme en silencio del dragón translúcido, roto por la caída, al que la marea iba poco a poco enterrando en la arena. Con un ala todavía en el aire, como desafiando a la muerte.

—Nunca había visto nada tan majestuoso como tú —le susurré—. Descansa en paz.

Un poco melodramático, cierto, pero me pareció apropiado. Después salí corriendo para alcanzar a los demás, procurando no perder de vista a Draulin, que iba en retaguardia.

La jungla era densa, y las copas de los árboles estaban tan pegadas entre sí que la oscuridad resultaba casi absoluta. Draulin sacó de su mochila un farol de aspecto anticuado y le dio un toquecito con el dedo. La llama cobró vida sin necesidad de cerillas

y el farol se iluminó. Sin embargo, incluso así, daba escalofríos caminar de noche por una jungla tan cerrada.

Para calmar los nervios, me acerqué a Bastille, pero ella no quería hablar. Al final seguí caminando por la fila hasta llegar a Kaz. Supuse que habíamos empezado con mal pie y esperaba poder arreglar un poco las cosas.

Los que recordéis los acontecimientos del primer libro os daréis cuenta de que aquello suponía un gran cambio para mí. Durante casi toda mi vida me había abandonado una familia tras otra. No obstante, costaba culparlas a ellas, ya que me había pasado la infancia rompiendo todo lo que veía. Había entrado en tal escalada de destrucción que el notorio elefante en la notoria cacharrería habría parecido de una elegancia muy poco notoria comparado conmigo (si me preguntan a mí, ni siquiera sé cómo iba a entrar un elefante por la puerta de una cacharrería, notoriamente hablando).

De todos modos, había adquirido el hábito de apartar a la gente en cuanto la conocía; de abandonarla antes de que me abandonaran a mí. Me había resultado muy difícil darme cuenta de lo que estaba haciendo, pero empezaba a cambiar.

Kaz era mi tío. El hermano de mi padre. Para un crío que se había pasado gran parte de su vida pensando que no tenía familiares vivos, que Kaz pensara que era tonto resultaba duro. Estaba desesperado por demostrarle que se equivocaba.

Kaz me miró mientras cortaba el follaje..., aunque solía cortar más bien las ramas que tenía a su altura (de metro veinte), así que a los demás nos golpeaban en la cara.

—¿Qué? —me preguntó.

—Quería disculparme por todo el rollo del enano.

Se encogió de hombros.

—Es que... —seguí—. Bueno, supuse que con toda la magia y demás que tienen en los Reinos Libres, ya habrían sido capaces de curar el enanismo.

—Tampoco han sido capaces de curar la estupidez, así que supongo que no podremos ayudarte.

—No... quería decir que... —repuse, ruborizándome.

Kaz se rio entre dientes y cortó un par de hojas más.

—Mira, no pasa nada, estoy acostumbrado. Pero quiero que entiendas que no necesito que me curen.

—Pero... —dije, intentando expresar lo que sentía sin ofenderlo—. ¿Ser pequeño como tú no es una enfermedad genética?

—Genético, sí. Pero ¿una enfermedad solo porque es diferente? Es decir, tú eres oculantista; eso también es genético. ¿Te gustaría que te curaran?

—Es distinto.

—¿Ah, sí?

Me paré a pensarlo.

—No lo sé —respondí al fin—. Pero ¿no te cansas de ser bajo?

—¿Te cansas tú de ser alto?

—Pues...

Costaba dar con una respuesta a eso. En realidad no era tan alto, metro cincuenta y poco, ya que acababa de empezar la adolescencia. Aun así, era alto comparado con él.

—Bueno, personalmente opino que la gente alta se pierde muchas cosas —siguió diciendo Kaz—. En fin, el mundo entero sería un lugar mejor si todos fuerais más bajos.

Arqueeé una ceja.

—Pareces dudar de mi afirmación —añadió, sonriendo—. ¡Está claro que tienes que conocer La Lista!

—¿La Lista?

Oí suspirar a Australia detrás de nosotros.

—No lo animes, Alcatraz.

—¡A callar! —le dijo Kaz mientras se volvía para mirarla y le daba un pequeño susto—. La Lista es una recopilación de datos demostrados científicamente y de probada eficacia que dejan claro que es mejor ser pequeño que alto. —Me miró—. ¿Desconcertado? —Asentí—. Lentitud de ideas —dijo—. Un mal común en la gente alta. Es la razón número cuarenta y siete: las cabezas de las personas altas se encuentran en una atmósfera menos rica en

oxígeno que las de las personas pequeñas, así que los altos respiran menos oxígeno. Eso hace que sus cerebros no funcionen tan bien.

Tras decir aquello, siguió abriéndose paso a machetazos por el borde del bosque hasta llegar a un claro. Me detuve en el camino y miré a Australia.

—No estamos seguros de si lo dice en serio o no —susurró ella—. Pero de verdad que tiene esa lista.

Después de que Bastille me mirara mal por haberme detenido tanto, corrí al claro con Kaz. Me sorprendió comprobar que la jungla se abría un poco más adelante para dejarnos ver...

—¿París? —pregunté, conmocionado—. ¡Eso es la Torre Eiffel!

—¿Ah, sí? —preguntó a su vez Kaz mientras garabateaba algo en un cuaderno—. ¡Genial! Estamos de vuelta en las Tierras Silenciadas. La cosa no va tan mal como pensaba.

—Pero... ¡estamos en otro continente! —exclamé—. ¿Cómo hemos cruzado el océano?

—Nos hemos perdido, chaval —respondió Kaz, como si eso lo explicara todo—. Pero bueno, os llevaré adonde tenemos que ir. ¡Siempre se puede confiar en el sentido de la orientación de una persona pequeña! Es la razón número veintiocho: las personas pequeñas encuentran las cosas con mayor facilidad y siguen mejor los rastros porque están más cerca del suelo.

Me quedé pasmado.



—Pero... ¡cerca de París no hay junglas!

—Se pierde de una forma bastante increíble —dijo Bastille, que me había alcanzado.

—Creo que es el Talento más raro que he visto hasta ahora —repuse—. Y mira que ya es decir.

—¿No rompiste una vez un pollo con tu Talento? —preguntó ella, encogiéndose de hombros.

—Buena observación.

Kaz nos condujo de vuelta a los árboles y empezó a abrirnos medio camino.

—Entonces, ¡tu Talento nos puede llevar a cualquier parte! —le dije al hombre pequeño.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué crees que estaba en el *Dragonauta*? Si las cosas iban mal, mi misión consistía en sacaros a tu abuelo y a ti de las Tierras Silenciadas.

—Entonces, ¿por qué se molestaron en enviar la nave? ¡Podrías haber ido a por mí tú solo!

—Tengo que saber qué busco, Al —respondió, resoplando—. Necesito un destino. Australia debía acompañarme para que pudiéramos usar las lentes para ponernos en contacto contigo, y nos pareció buena idea llevar a un caballero de Cristalia como protección. Además, mi Talento puede ser un poco... impredecible.

—Creo que les pasa a todos.

—Bueno, es verdad —respondió, riéndose entre dientes—. Solo espero que nunca veas a Australia recién levantada. En fin, supusimos que mejor llevar la nave que arriesgarnos con mi Talento, porque a veces he llegado a pasar varias semanas perdido.

—Pero..., espera, ¿podríamos pasarnos varias semanas dando vueltas?

—Puede —respondió Kaz mientras apartaba unas hojas y echaba un vistazo.

Me asomé a su lado. Frente a nosotros se extendía lo que parecía ser un desierto. Se acarició la barbilla, pensativo.

—¡Bellotas! —exclamó—. Nos hemos desviado un poco.

Dejó las hojas volver a su sitio y seguimos caminando.

Varias semanas. Mi abuelo podría correr peligro. De hecho, conociendo al abuelo Smedry, seguro que corría peligro. Pero no podía llegar hasta él porque estaba vagando por la jungla, asomándome de vez en cuando a través de las frondas para ver...

—¿El estadio de los Dodgers? —pregunté—. ¡Sé perfectamente que allí no hay ninguna jungla!

—Debe de estar más allá del gallinero —respondió Kaz antes de volverse y llevarnos en otra dirección.

Empezaba a salir el sol, pronto sería de día.

Cuando reanudamos la marcha, Draulin se puso a mi lado.

—¿Señor Alcatraz? ¿Puedo robarle un momento de su tiempo?

Asentí despacio. Todavía me desconcertaba un poco que me llamaran «señor». ¿Qué se me exigía? ¿Esperaban que me pusiera

a beber té y decapitar gente? (De ser así, cruzaba los dedos para no tener que hacer ambas cosas a la vez.)

¿Qué significaba que me llamaran «mi señor»? Supongo que nunca habréis disfrutado de tal honor, ya que dudo de que alguno de vosotros pertenezca a la realeza británica (y, si es así, dejad que os salude: «¡Hola, majestad!» Bienvenida a mi estúpido libro. ¿Me prestas pasta?).

Me daba la impresión de que las expectativas de los habitantes de los Reinos Libres con respecto a mí eran poco realistas. No es que fuera la clase de persona que siempre está dudando de sí misma, pero tampoco había tenido demasiadas oportunidades de ejercer de líder. Cuanto más recurría a mí la gente, más me preocupaba. ¿Y si les fallaba?

—Mi señor —dijo Draulin—, creo que debo disculparme. Hablé más de la cuenta mientras luchábamos sobre el *Dragonauta*.

—No pasa nada —respondí mientras intentaba no seguir dudando de mí mismo—. Estábamos en una situación muy tensa.

—No, no hay excusa.

—En serio, cualquiera podría haber soltado algo así en un apuro semejante.

—Mi señor —insistió ella—, un caballero de Cristalia no es «cualquiera». Se espera más de nosotros, no solo en nuestras acciones, sino también en nuestra actitud. No solo respetamos a los hombres de su posición, sino que respetamos y servimos a todos. Siempre debemos aspirar a ser los mejores, ya que la reputación de toda la orden depende de ello.

Bastille caminaba justo detrás de nosotros. Por algún motivo, me dio la impresión de que Draulin estaba más pendiente de sermonear a su hija que de darme explicaciones. Parecía hablar con doble intención.

—Por favor —siguió diciendo—, me quedaría más tranquila si me reprendiera.

—Eh..., vale —dije. (Pero ¿cómo se regaña a una caballero de Cristalia que es veinte años mayor que tú? «¿Caballero mala, a la

cama sin espada?»)

—Considérate reprendida —le solté al fin.

—Gracias.

—¡Ajá! —exclamó Kaz.

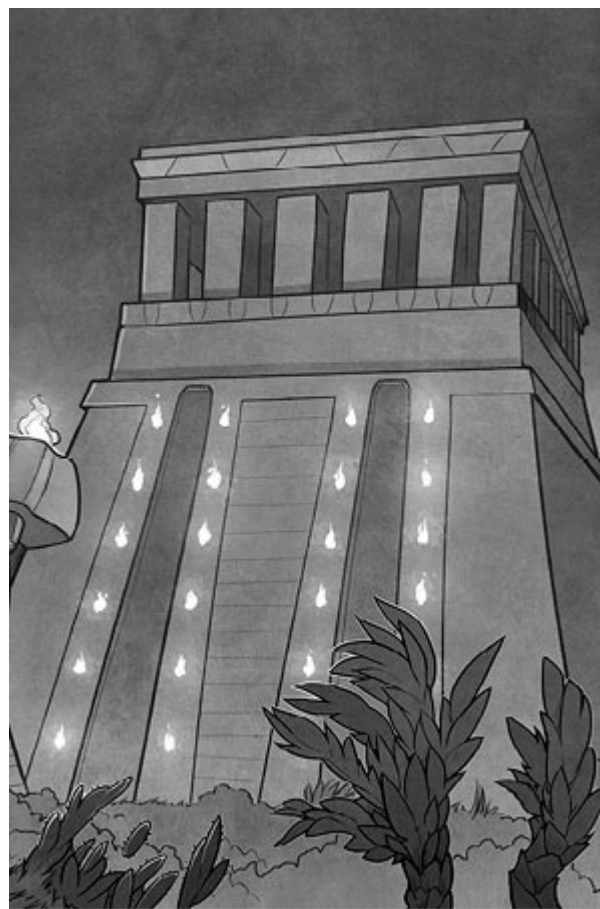
La fila se paró. La luz del sol empezaba a asomarse a través del toldo de hojas. Más adelante, Kaz observaba lo que había detrás de unos arbustos. Nos sonrió y después los cortó de un machetazo.

—¡Sabía que encontraría el camino! —dijo, haciendo un gesto hacia fuera.

Y así vi por primera vez la Biblioteca de Alejandría, un lugar tan consolidado en la tradición popular y la mitología que incluso en los colegios de las Tierras Silenciadas nos habían hablado sobre ella. Uno de los edificios más peligrosos del planeta.

Era una choza de una sola habitación.





Capítulo 7



Soy un pez.

No, en serio. Tengo aletas, una cola y escamas. Nado por ahí, haciendo cosas de pez. No se trata ni de una metáfora ni de un chiste, sino de un hecho real y verdadero. Soy un pez.

Después os cuento más al respecto.

—¿Tanto esfuerzo para... eso? —pregunté, mirando la cabaña.

Estaba en medio de una planicie de tierra arenosa llena de maleza. El techo parecía a punto de derrumbarse.



—Sí, esta es —dijo Kaz mientras salía de la jungla y bajaba por la cuesta hacia la cabaña.

Miré a Bastille, que se encogió de hombros.

—No había estado nunca.

—Yo sí —dijo su madre—. Sí, es la Biblioteca de Alejandría.

Salió de la jungla con paso decidido. Me encogí de hombros y la seguí, con Australia y Bastille detrás. Mientras caminábamos, volví la vista hacia los árboles: la jungla había desaparecido. Me detuve, pero no quise preguntar. Después de todo lo que me había sucedido

en los últimos meses, una jungla que desaparecía tampoco era para tanto.

Corrí para alcanzar a Kaz.

—¿Estás seguro de que es aquí? Esperaba que pareciera... Bueno, que no se pareciera tanto a una choza.

—¿Habrías preferido una yurta? —preguntó Kaz mientras se asomaba a la puerta. Lo seguí.

Dentro había unas enormes escaleras excavadas en el suelo que conducían a las profundidades de la tierra. La oscura abertura me parecía más negra de la cuenta, como si alguien hubiera recortado un cuadrado en el suelo y con él se hubiera llevado el tejido mismo de la existencia.

—¿La biblioteca es subterránea? —pregunté.

—Por supuesto —respondió Kaz—. ¿Qué esperabas? Estamos en las Tierras Silenciadas, así que las cosas de este estilo tienen que pasar desapercibidas.

Draulín se nos acercó y le hizo un gesto a Bastille para que comprobara el perímetro. Ella se alejó. Draulín se fue en dirección contraria para explorar la zona por si nos acechaba algún peligro.

—Los Conservadores de Alejandría no son como los Bibliotecarios que has visto hasta ahora —dijo Kaz.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, son espectros vivientes, para empezar, aunque no está bien tener prejuicios por motivos de raza.

Arqueeé una ceja.

—Solo lo dejaba caer —explicó, encogiéndose de hombros—. Total, que los Conservadores son más viejos que los Bibliotecarios de Biblioden. En realidad, los Conservadores son más viejos que la mayoría de las cosas de este mundo. La Biblioteca de Alejandría se abrió en los días de la Grecia clásica. Al fin y al cabo, Alejandría la fundó Alejandro Magno.

—Espera, ¿existió de verdad?

—Claro que sí —respondió Australia, uniéndose a nosotros—. ¿Por qué no iba a existir?

—No lo sé, supongo que imaginaba que todo lo que me habían enseñado en clase eran mentiras de los Bibliotecarios.

—Todo no —respondió Kaz—. Las enseñanzas de los Bibliotecarios solo empezaron a desviarse de la verdad hará unos quinientos años, más o menos la época en la que vivió Biblioden. —Hizo una pausa y se rascó la cara—. Aunque supongo que sí que mienten sobre este lugar. Creo que enseñan que lo destruyeron.

—Sí, los romanos o algo así.

—Un cuento —dijo Kaz—. La biblioteca se hizo demasiado grande para su anterior ubicación, así que los Conservadores la trasladaron aquí. Supongo que querían un sitio que pudieran ahuecar todo lo que quisieran. Es bastante complicado encontrar espacio dentro de una gran ciudad para guardar todos los libros que se han escrito.

—¿Todos los libros?

—Por supuesto. Para eso existe este lugar. Es un almacén de todo el conocimiento puesto por escrito.

De repente, aquello empezó a cobrar sentido.

—¡Por eso vino aquí mi padre y por eso lo siguió el abuelo Smedry! ¿No lo veis? Ahora mi padre sabe leer el idioma olvidado; tiene unas lentes de traductor como las mías, forjadas con las Arenas de Rashid.

—Sí —dijo Kaz—, ¿y?

—Así que vino aquí —dije, mirando las escaleras que descendían a la oscuridad—. Vino en busca de conocimiento. Los libros en el idioma olvidado. Podía estudiarlos aquí, aprender lo que sabían los antiguos, los incarna.

Australia y Kaz se miraron.

—Bueno... no es demasiado probable, Alcatraz —dijo Australia.

—¿Por qué no?

—Los Conservadores reúnen el conocimiento —dijo Kaz—, pero no se les da demasiado bien compartirlo. Te permiten leer un libro, pero el precio que piden a cambio es terrible.

—¿Qué precio? —pregunté con un escalofrío.

—Tu alma —respondió Australia—. Puedes leer un libro, pero a cambio de convertirte en uno de ellos y servir en la biblioteca para siempre.

«Genial», pensé, y miré a Kaz. El hombre parecía preocupado.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Conozco a tu padre, Al, crecimos juntos; es mi hermano.

—¿Y?

—Es un verdadero Smedry, como tu abuelo. No solemos pensar las cosas con calma. Cosas como lanzarse al peligro, infiltrarse en bibliotecas o...

—¿O leer un libro que te costará el alma?

Kaz apartó la mirada.

—No creo que sea tan estúpido —dijo—. Obtendría el conocimiento que desea, pero sin poder compartirlo ni usarlo. Ni siquiera Attica está tan ansioso por encontrar respuestas.

Aquel comentario me planteaba otra pregunta: si no había ido hasta allí en busca de un libro, ¿para qué había ido?

Draulín y Bastille llegaron unos minutos después. Ahora bien, puede que hayáis notado algo importante. Buscad el nombre de Draulin en vuestro motor de búsqueda favorito. No saldrán demasiados resultados, y la mayoría serán errores tipográficos y no cárceles (aunque las dos cosas tienen que ver en el sentido de que suelen relacionarme con ambas demasiado a menudo). En cualquier caso, no hay ninguna cárcel que se llame Draulin, aunque sí una que se llama Bastille en francés.

(Esto último de los nombres es una anticipación. No digáis que nunca os cuento nada.)

—El perímetro es seguro, no hay guardias —dijo Draulin.

—Nunca los hay —respondió Kaz mientras volvía a mirar las escaleras—. He estado aquí media docena de veces, casi todas por haberme perdido, pero no he entrado nunca. Los Conservadores no protegen el lugar, no les hace falta: cualquiera que entre a robar un libro, aunque solo sea uno, pierde automáticamente el alma, conozca o no las reglas.

Me estremecí.

—Deberíamos acampar aquí —dijo Draulin mientras contemplaba el amanecer—. La mayoría no dormimos nada anoche, y deberíamos entrar en la biblioteca con todas nuestras facultades intactas.

—Es probable que sea buena idea —respondió Kaz, bostezando—. Además, en realidad no sabemos si tenemos que entrar. Al, dijiste que mi padre visitó este sitio. ¿Entró?

—No lo sé, no pude saberlo seguro.

—Prueba otra vez con las lentes —sugirió Australia, asintiendo para darme ánimos; parecía ser uno de sus gestos favoritos.

Yo todavía llevaba puestas las lentes de mensajero; como antes, intenté ponerme en contacto con mi abuelo. Lo único que recibí fue una leve vibración y una especie de mancha borrosa en los ojos.

—Lo estoy intentando, pero solo veo un manchurrón —expliqué—. ¿Alguien sabe qué significa?

Miré a Australia. Ella se encogió de hombros; para ser oculantista, sabía bien poco. Aunque tampoco es que yo supiera demasiado, así que no podía juzgarla.

—A mí no me preguntes —respondió Kaz—. Me libré de esa habilidad, por suerte.

Miré a Bastille.

—No la mire a ella —dijo Draulin—. Bastille es una escudera de Cristalia, no una oculantista.

Capté la mirada que le dirigió Bastille a su madre.

—Le ordeno que hable —dije.

—Significa que existe algún tipo de interferencia —respondió Bastille a toda prisa—. Las lentes de mensajero son temperamentales y algunos tipos de cristales las bloquean. Seguro que la biblioteca de ahí abajo cuenta con precauciones para evitar que la gente coja un libro y —antes de que se lleven su alma— le lea su contenido a otra persona a través de las lentes.

—Gracias, Bastille —le dije—. A veces resulta muy útil tenerte cerca.

Ella sonrió, pero después vio que Draulin la miraba con disgusto y se puso rígida.

—Entonces, ¿acampamos? —preguntó Kaz.

Me di cuenta de que todos me miraban.

—Estooo... Claro.

Draulin asintió y se acercó a una especie de helecho para cortar las hojas y fabricar un refugio. Empezaba a hacer calor, pero supongo que era lógico con eso de estar en Egipto y tal.

Fui a ayudar a Australia a sacar algo de comer de las mochilas. Mientras rebuscábamos, me gruñía el estómago: no había comido nada desde las patatas fritas rancias del aeropuerto.

—Entonces, ¿eres oculantista?

—Bueno, no demasiado buena, ya sabes —respondió ella, ruborizándose—. Nunca entiendo del todo cómo se supone que funcionan las lentes.

—Ni yo —respondí, riéndome entre dientes, pero solo sirvió para que se avergonzara más—. ¿Qué pasa?

—Nada —repuso ella sonriendo alegremente, como solía hacer—. Es que, bueno, a ti te sale de forma natural, Alcatraz. He intentado usar las lentes de mensajero como diez o doce veces, y ya has visto lo mal que se me dio ponerme en contacto contigo en el aeropuerto.

—Creo que lo hiciste bastante bien. Me salvaste el pellejo.

—Supongo —respondió mientras bajaba la vista.

—¿No tienes lentes de oculantista? —pregunté al fijarme por primera vez en que no las llevaba puestas.

Yo me había vuelto a colocar las mías después de intentar entrar en contacto con el abuelo Smedry.

Se ruborizó, metió las manos en el bolsillo y sacó unas lentes mucho más modernas que las mías. Se las puso.

—La verdad es que... no me gustan mucho.

—Son geniales —respondí—. Mira, el abuelo Smedry me dijo que tenía que llevar las mías puestas para acostumbrarme a ellas. A lo mejor necesitas más práctica.

—Llevo con ellas como diez años.

—¿Y cuánto tiempo las has llevado puestas de verdad en esos diez años?

Se quedó pensando un momento.

—No mucho, supongo. De todos modos, como estás aquí, que yo sea oculantista no tiene tanta importancia.

Sonrió, pero noté que había algo más. Se le daba bien ocultar cosas bajo su apariencia jovial.

—No estaría yo tan seguro —respondí mientras cortaba rebanadas de pan—. Me alegro mucho de tener con nosotros a otro oculantista..., sobre todo si tenemos que bajar a esa biblioteca.

—¿Por qué? Las lentes se te dan mucho mejor que a mí.

—¿Y si nos separamos? —pregunté—. Podrías usar las lentes de mensajero para ponerte en contacto conmigo. He comprobado que nunca está de más tener a dos oculantistas.

—Pero... las lentes de mensajero no funcionan ahí abajo —dijo—. Es lo que acabamos de descubrir.

«Tiene razón», pensé, ruborizado. Entonces se me ocurrió una cosa. Me metí las manos en uno de los bolsillos y saqué otras lentes.

—Prueba estas —dije; tenían cristales amarillos.

Ella las aceptó, vacilante, y se las probó. Parpadeó.

—¡Eh! Veo huellas —anunció.

—Son lentes de rastreador. Me las prestó el abuelo Smedry. Con estas puedes seguir tus pasos de vuelta a la entrada si te pierdes... o incluso encontrarme siguiendo mis huellas.

Australia sonrió de oreja a oreja.

—Nunca las había probado antes. ¡No puedo creerme que funcionen tan bien!

No mencioné que el abuelo Smedry me había dicho que eran de las más sencillas de utilizar.

—Genial —le dije—. Puede que hasta ahora hayas probado las lentes que no debías. Mejor empezar con las que funcionan. Te las presto.

—¡Gracias!

Me dio un inesperado abrazo y después se puso en pie de un salto para coger la otra mochila. Sonreí mientras la observaba alejarse.

—Se te da bien —dijo una voz.

Me volví y vi que Bastille estaba cerca, de pie. Había cortado algunas ramas largas y estaba arrastrándolas hasta su madre.

—¿Qué? —pregunté.

—Que se te da bien —respondió—. La gente, me refiero.

Me encogí de hombros.

—No es nada.

—No —dijo Bastille—. Has conseguido que se sienta mejor. Desde que llegaste le pasaba algo, pero ahora parece volver a ser ella misma. Tienes un don para liderar o algo así, Smedry.

Tiene sentido, si lo pensáis. Me había pasado toda la infancia aprendiendo a apartar a la gente. Sabía qué teclas tocar, qué cosas romper para que me odiaran. Así que me estaban viniendo bien esas mismas habilidades para ayudar a que los demás se sintieran bien, en vez de odiarme.

Debería haberme dado cuenta de que me estaba metiendo en un lío. No hay nada peor que conseguir que los demás te admiren, porque, cuanto más esperan de ti, peor te sientes al decepcionarlos. Hacedme caso, no os conviene estar al mando. Ser líder es, en cierto modo, como caerse por un barranco: al principio parece muy divertido.

Después, ya no. Muy, muy deprisa.

Bastille le llevó las ramas a su madre, que estaba fabricando una especie de cobertizo. Después se sentó a mi lado, cogió una de las botellas de agua y bebió. El nivel de agua no parecía bajar.

«Guay», pensé.

—Hay una cosa que quería preguntarte —le dije.

—¿Qué? —respondió mientras se secaba la frente.

—Ese caza que nos perseguía disparó unas lentes de creascarcha. Eso solo podría hacerlo un oculantista.

Se encogió de hombros.

—Bastille —insistí, mirándola.

—Ya has visto a mi madre —masculló—. Se supone que no puedo hablar de esas cosas.

—¿Por qué?

—Porque no soy oculantista.

—Ni yo soy una paloma, pero puedo hablar de plumas si me da la gana.

—Qué porquería de metáfora, Smedry.

—Son las que mejor se me dan.

Plumas. Mucho menos cómodas que las escamas. Menos mal que soy un pez y no un pájaro (no se os habrá olvidado lo que dije, ¿verdad?).

—Mira —seguí explicándole—, puede que lo que sepas sea importante. Creo... Creo que la criatura que pilotaba el caza sigue viva.

—¡Se cayó del cielo!

—Igual que nosotros.

—No tenía un dragón en el que planear.

—No, pero sí la mitad de la cara hecha de tornillos y muelles de metal.

Se quedó paralizada, con la botella a medio camino de los labios.

—¡Aja! —exclamé—. Sí que sabes algo.

—Cara de metal. ¿Llevaba una máscara?

Negué con la cabeza.

—La cara estaba hecha de trocitos de metal. Ya la había visto antes, en la pista de vuelo. Cuando huí sentí... que tiraba de mí hacia atrás. Me costaba moverme.

—Lentes de tiravacío —respondió en tono ausente—. Lo contrario de esas lentes de soplormentas que tienes.

Les di unos golpecitos en el bolsillo. Casi se me habían olvidado. Como se me había roto el cristal que quedaba de las prendefuegos, las lentes de soplormentas eran las únicas ofensivas que me

quedaban. Aparte de esas, solo tenía mis lentes de oculantista, las de mensajero y, por supuesto, las de traductor.

—Entonces, ¿qué tiene cara de metal, pilota cazas y usa lentes? —pregunté—. Parece una adivinanza.

—De las fáciles —respondió ella mientras se arrodillaba y bajaba la voz—. Mira, no le digas a mi madre que te lo he contado yo, pero creo que estamos metidos en un buen lío.

—¿Y cuándo no?

—Pues ahora, más —dijo—. ¿Recuerdas al oculantista contra el que luchamos en la biblioteca?

—¿Blackburn? Claro.

—Bueno, pues pertenecía a una secta de Bibliotecarios llamada los Oculantistas Oscuros. Pero hay otras —cuatro, creo—, y no se llevan bien entre ellas. Todas quieren ser las que dominen la organización.

—¿Y el tío que me persigue...?

—De Los Huesos del Escriba —respondió—. Es la secta más pequeña. Los demás Bibliotecarios los evitan, salvo cuando los necesitan, porque tienen... unas costumbres muy raras.

—¿Como por ejemplo?

—Como arrancarse partes del cuerpo para sustituirlas por materiales Animados.

Me quedé mirándola un momento. Es una cosa que hacemos los peces de vez en cuando; al fin y al cabo, no podemos parpadear.

—¿Que hacen qué?

—Lo que te acabo de contar —susurró Bastille—. Son en parte Animados. Unos seres retorcidos, mitad humanos, mitad monstruos.

Me estremecí. Habíamos luchado contra un par de Animados en la biblioteca del centro. Aquellos estaban hechos de pelotas de papel arrugado, pero habían resultado ser mucho más peligrosos de lo que cabría esperar. Bastille había perdido su espada luchando contra ellos.

Animar cosas —dar vida a objetos inanimados a través de los poderes oculantistas— forma parte de las artes malignas. El

oculantista tiene que renunciar a parte de su humanidad.

—Los Huesos del Escriba suelen trabajar por encargo —explicó Bastille—, lo que significa que otro Bibliotecario lo contrató.

«Mi madre —fue lo primero que pensé—. Lo ha contratado ella.»

Evitaba pensar en mi madre porque hacerlo me ponía enfermo, y ponerte enfermo solo sirve si puedes librarte de ir a clase.

—Usaba lentes —dije—. ¿Quiere eso decir que este Hueso del Escriba es un oculantista?

—No es probable.

—Entonces, ¿cómo lo hace?

—Existe el modo de fabricar unas lentes que pueda utilizar cualquiera —susurró en voz muy baja.

—¿Ah, sí? Bueno, ¿y por qué narices no tenemos más?

—Porque, so idiota, hay que sacrificar a un oculantista y utilizar su sangre para forjarlas —respondió entre dientes después de echar una mirada a un lado.

—Ah.

—Es probable que usara unas lentes forjadas con sangre y conectadas de algún modo al cristal de la cabina para poder dispararnos. Parece típico de Los Huesos del Escriba. Les gusta mezclar los poderes oculantistas con la tecnología de las Tierras Silenciadas.

Esta conversación sobre lentes forjadas con sangre debería llamaros la atención. Puede que al fin comprendáis por qué acabé en un altar, a punto de morir sacrificado. Lo que Bastille olvidó mencionar fue que la potencia de las lentes forjadas con sangre era directamente proporcional al poder del oculantista sacrificado: cuanto más poderoso el oculantista, más increíbles salían las lentes.

Y yo, como ya habréis notado, era muy, muy poderoso.

Bastille se fue a cortar más ramas y yo me quedé sentado, en silencio. Seguramente eran cosas más, pero me daba la impresión de que percibía algo a lo lejos; la misma sensación oscura que había sentido al escapar de la pista de vuelo y al luchar contra el caza.

«Qué tontería —me dije con un escalofrío—. Hemos viajado cientos de kilómetros con el Talento de Kaz. Aunque ese Hueso del Escriba sobreviviera, tardaría varios días en llegar hasta aquí.»

O eso creía yo.

Poco después estaba tumbado bajo un toldo de hojas, con las deportivas negras quitadas y la chaqueta enrollada a modo de almohada. Los demás dormitaban, y yo intentaba hacer lo mismo, pero no dejaba de pensar en lo que me habían contado.

Daba la impresión de que todo estaba relacionado de algún modo: la forma en que funcionaban las lentes, los Talentos de los Smedry, que la sangre de oculantista fuera capaz de forjar unas lentes que funcionaban con todos, la conexión entre la energía silimática y el oculantismo.

Todo conectado. Sin embargo, era demasiado para mí, sobre todo teniendo en cuenta que no era más que un pez. Así que me fui a dormir.

Y mira que cuesta bastante cuando no tienes párpados.

Capítulo

8



Vale, no soy un pez, lo reconozco. ¿Qué? ¿Que ya lo habíais supuesto vosotros solos? Qué listos que sois. ¿Cómo lo habéis averiguado? ¿Porque escribo libros, porque no tengo aletas o porque soy un despreciable mentiroso?

En fin, el caso es que tenía un motivo para realizar este pequeño ejercicio, aparte de mi motivo estándar de siempre (que es, por supuesto, incordiaros). Quería demostrar una cosa. En el último capítulo os dije que era un pez, pero también que llevaba unas deportivas negras. ¿Os acordáis?

Pues veréis, eso era mentira: no tenía unas zapatillas deportivas negras. Nunca he tenido zapatos negros. Llevaba unas blancas; os lo conté en el capítulo uno.

¿Qué importancia tiene? Vamos a hablar de una cosa que se llama desviar la atención.

En el último capítulo os conté una mentira gorda y conseguí que os concentrarais tanto en ella que no os fijarais en la mentira

pequeña. Dije que era un pez. Después, de pasada, mencioné los zapatos negros, para que no les prestarais atención.

La gente utiliza esta estrategia continuamente. Conducen coches lujosos para desviar la atención de la casa tan pequeña en la que viven. Se ponen ropa llamativa para disimular que, por desgracia, son personas bastante sosas. Hablan muy alto para que no te des cuenta de que no tienen nada que decir.

Eso es lo que me ha pasado a mí. Vaya donde vaya dentro de los Reinos Libres, todo el mundo está deseando felicitarme, alabarme o pedirme mi bendición. Todos miran al pez. Están tan concentrados en lo grande —que supuestamente salvé al mundo de los Bibliotecarios—, que no hacen caso alguno de los hechos. No ven quién soy, ni lo que costó mi presunto heroísmo.

Por eso escribo mi autobiografía, para enseñaros a no hacer caso del pez para prestar atención a los zapatos. Pez y zapatos. Recordadlo.

—¡Alcatraz! —me despertó una voz. Abrí los adormilados ojos y me senté.

Había estado soñando. Sobre un lobo. Un lobo de metal que corría hacia mí, cada vez más cerca.

«Ya viene —pensé—. El cazador. El Hueso del Escriba. No está muerto.»

—¡Alcatraz!

Levanté la mirada y me encontré con algo asombroso: mi abuelo estaba allí al lado.

—¡Abuelo Smedry! —exclamé, poniéndome de pie.

Efectivamente, era el anciano, con su tupido bigote blanco y su mechón de pelo del mismo color rodeándole la parte de atrás de la cabeza.

—¡Abuelo! —dije, corriendo hacia él—. ¿Dónde has estado?

El abuelo parecía desconcertado, después volvió la vista atrás. Ladeó la cabeza para mirarme.

—¿Qué?

Frené. ¿Por qué llevaba las lentes de mensajero en vez de las de oculantista? De hecho, al fijarme más, vi que tenía puesta una ropa muy rara: una túnica rosa y unos pantalones marrones.

—¿Alcatraz? —preguntó el abuelo Smedry—. ¿De qué estás hablando?

Su voz era demasiado femenina. De hecho, sonaba como...

—¿Australia? —pregunté, estupefacto.

—¡Ups! —exclamó él/ella de repente, abriendo mucho los ojos. El doble corrió a la mochila, sacó un espejo, gruñó y se sentó—. ¡Ay, cristales rayados!

De vuelta en la tienda, Kaz se estaba despertando, entre parpadeos. Se sentó y empezó a reírse entre dientes.

—¿Qué? —pregunté, mirándolo.

—Mi Talento —dijo Australia, malhumorada—. Te lo advertí, ¿no? A veces estoy muy fea cuando me levanto.

—¿Qué estás diciendo sobre mi abuelo? —pregunté con sorna.

Australia —que todavía parecía el abuelo— se ruborizó.

—Lo siento, no quería decir que él sea feo. Solo que, bueno, para mí lo es.

—Lo entiendo —respondí, levantando una mano.

—Es peor cuando me duermo pensando en otra persona —dijo ella—. Estaba preocupada por él y supongo que el Talento tomó el control. Debería desaparecer poco a poco.

Sonreí y, al final, acabé riéndome de la cara que ponía Australia. Había visto unos cuantos Talentos raros en mi corta vida con los Smedry, pero hasta entonces nunca me había tropezado con uno que me resultara más embarazoso que el mío.

Me gustaría señalar que no es muy bonito reírse del dolor ajeno. Hacerlo es una costumbre muy mala, casi tanto como leer el segundo libro de una serie sin haber leído el primero.

Sin embargo, es bastante diferente cuando tu prima se va a dormir y se despierta con cara de anciano con bigote tupido. Entonces no pasa nada si te burlas de ella. Resulta que es una de las pocas excepciones cubiertas por la Ley de Cosas Que Son Tan

Divertidas Que No Se Te Puede Culpar Por Reírte de Ellas, Pase Lo Que Pase.

(Otras excepciones incluyen que te muerda un pingüino gigante, caerte de una escultura gigante de queso con forma de nariz y que tus padres te pongan nombre de cárcel. He presentado una demanda judicial para revocar la tercera.)

Kaz se unió a mis risas y, al final, hasta Australia se reía. Así somos los Smedry. Si no te puedes reír de tu Talento, acabas siendo un gruñón.

—Bueno, ¿de qué querías hablar? —le pregunté a Australia.

—¿Cómo? —preguntó mientras se tocaba el bigote con un dedo.

—Me has despertado.

—¡Ah! ¡Sí! Bueno, creo que he descubierto algo interesante.

Arqueeé una ceja, y ella se levantó y corrió al otro lado de la choza de la biblioteca. Señaló el suelo.

—¡Mira!

—¿Tierra? —pregunté.

—¡No, no, las huellas!

En la tierra no había huellas; claro que Australia tenía puestas las lentes de rastreador. Levanté una mano y le di unos golpecitos en las lentes.

—¡Ah, vale! —exclamó mientras se las quitaba para dármelas.

Para ser justos, no deberíais criticar a Australia, porque no es estúpida. Simplemente se distrae. Por cosas como, por ejemplo, respirar.

Me puse las lentes y allí, ardiendo en el suelo, había un rastro de huellas blanco resplandeciente. Las reconocí de inmediato, ya que



cada persona tiene unas huellas características.

Aquellas pertenecían a mi abuelo, Leavenworth Smedry. Australia dejaba unas esponjosas huellas de color rosa, las de Kaz eran azules y se mezclaban con las mías, que eran blancuzcas y brillaban frente a la choza que habíamos examinado el día anterior. También veía las rojas de Bastille cruzando varias veces por la zona, y como no conocía a Draulin desde hacía demasiado tiempo —y no estaba emparentada conmigo—, solo había unas cuantas de las tuyas, grises, que desaparecían bastante deprisa.

—¿Ves? —señaló de nuevo Australia, asintiendo rápidamente. Mientras lo hacía, empezó a caérsele el bigote—. Ninguno de nosotros ha dejado esas huellas, aunque las tuyas se parecen.

Kaz se unió a nosotros.

—Son de tu padre —le dije, y él asintió.

—¿Adónde conducen?

Empecé a caminar, siguiendo las huellas. Kaz y Australia me siguieron mientras rodeaba el exterior de la choza. El abuelo había examinado el lugar, como nosotros. Me asomé al interior y me di cuenta de que las huellas llevaban hasta una esquina de la choza; después se volvían y bajaban las escaleras que se perdían en la oscuridad.

—Entró —dije.

Kaz suspiró.

—Entonces están los dos ahí abajo.

—Aunque mi padre debió de pasar hace demasiado tiempo para que permanezcan las huellas. ¡Deberíamos haber caído antes en usar las lentes de rastreador! Me siento como un idiota.

—Las hemos encontrado —repuso Kaz, encogiéndose de hombros—. Eso es lo importante.

—Entonces, he hecho algo bien, ¿no? —preguntó Australia.

La miré. De la cabeza había empezado a brotarle su pelo oscuro normal, y su cara era una especie de híbrido entre la del abuelo Smedry y la suya. Mientras que antes me había hecho gracia verla, ahora sí que resultaba espeluznante.

—Pues sí —respondí—. Has hecho un gran trabajo. Si sigo esas huellas encontraremos a mi abuelo. Y entonces al menos sabremos dónde está uno de ellos.

Australia asintió. Cada vez que la miraba se parecía más a sí misma, aunque triste.

«¿Qué? —pensé—. Acaba de hacer un gran descubrimiento. Sin ella, no habríamos...»

Australia había hecho el descubrimiento porque tenía las lentes de rastreador, pero yo las había recuperado y estaba dispuesto a salir en pos del abuelo. Me las quité.

—¿Por qué no te las quedas, Australia?

—¿En serio? —preguntó, animándose.

—Claro, puedes guiarnos hasta el abuelo Smedry tan bien como podría hacerlo yo.

Ella sonrió, encantada, y se las puso.

—¡Muchas gracias!

Después corrió al exterior y siguió las huellas de vuelta por donde habíamos venido, al parecer para comprobar si el abuelo Smedry había visitado algún otro lugar.

Kaz me miró.

—Puede que te haya juzgado mal, chico.

Me encogí de hombros.

—No ha tenido mucha suerte como oculantista. He supuesto que no era buena idea quitarle el único par de lentes que ha sido capaz de utilizar con éxito.

Kaz sonrió, asintiendo para demostrarme su aprobación.

—Tienes buen corazón. Un corazón Smedry. Por supuesto, no es tan bueno como el corazón de una persona pequeña, pero eso era de esperar.

Arqueé una ceja.

—La razón número ciento veintisiete: la gente pequeña tiene cuerpos pequeños, pero corazones de tamaño normal. Eso nos da una mayor proporción de corazón frente a carne y nos hace más compasivos que la gente alta.

Me guiñó un ojo y salió tranquilamente de la choza.

Negué con la cabeza y me dispuse a seguirlo, pero me detuve. Miré hacia la esquina a la que nos habían conducido las huellas, me acerqué y rebusqué entre la tierra.

Allí, cubierto de hojas y dentro de un agujerito en el suelo, había un saquito de terciopelo. Lo abrí y, sorprendido, descubrí dentro unas lentes, junto con una nota.

¡Alcatraz!

Llegué demasiado tarde para evitar que tu padre entrara en la biblioteca. ¡Me temo lo peor! Siempre ha sido muy curioso y quizá sea lo bastante tonto como para vender su alma a cambio de información. Solo voy unos días por detrás de él, pero la Biblioteca de Alejandría es un laberinto horrible de pasadizos y pasillos. Espero ser capaz de encontrarlo y detenerlo antes de que cometa alguna estupidez.

Siento no haberme podido reunir contigo en el aeropuerto. Esto parecía más importante. Además, me da la impresión de que puedes manejarte solo.

Si estás leyendo esto es que no fuiste a Nalhalla, como deberías. ¡Ja! Sabía que no lo harías. ¡Eres un Smedry! Te he dejado unas lentes de discernidor que deberían resultarte de utilidad. Te permitirán saber lo viejo que es algo con tan solo mirarlo.

Intenta no romper nada demasiado valioso si bajas. Los Conservadores pueden ser unos tipos bastante desagradables. Supongo que será por estar muertos y eso. No dejes que te engañen para llevarte uno de los libros.

*Te quiere,
El abuelo Smedry*

P. D.: Si el loco de mi hijo Kazan está por ahí, dale una colleja de mi parte.

Dejé la nota, saqué las lentes y me las puse rápidamente para echar un vistazo a mi alrededor. Hacían que todo lo que me rodeaba brillase; era un resplandor blancuzco, como cuando el sol se refleja en algo muy pálido, salvo que cada objeto emitía un brillo distinto. Casi todas las tablas de la choza eran directamente opacas, mientras que el saquito de terciopelo que llevaba en la mano brillaba bastante.

«Su antigüedad —pensé—. Me dicen lo vieja que es una cosa; las tablas las cortaron y colocaron ahí hace mucho tiempo. El saquito es más reciente.»

Fruncí el ceño: ¿por qué no me había dejado otras lentes de predefuegos? Ciertamente, había roto las primeras, pero era algo que solía pasarme con frecuencia.

El tema es que al abuelo Smedry no le interesaban demasiado las lentes ofensivas. Creía que la información era un arma mucho mejor.

Personalmente, me parecía que disparar rayos de luz supercaliente por los ojos era más útil que saber lo viejo que era un objeto, pero supuse que era mejor que nada.

Salí de la choza y me acerqué a los otros, que estaban hablando sobre el descubrimiento de Australia. Me miraron al acercarme, esperándome otra vez, como antes.

Esperando a su líder.

«¿Por qué yo? —me pregunté, enfadado—. No sé lo que estoy haciendo. Ni siquiera quiero estar al mando.»

—Señor Smedry —dijo Draulin—, ¿debemos esperar a su abuelo o ir a buscarlo?

Miré el saquito y me fastidió comprobar que las cuerdas se habían roto mientras caminaba. Mi Talento haciendo de nuevo de las suyas.

—No lo sé —respondí.

Los demás se miraron los unos a los otros: no era la respuesta que esperaban.

Estaba claro que el abuelo Smedry quería que condujera al grupo a la biblioteca, pero ¿y si daba la orden de bajar y algo salía mal? ¿Y si alguien acababa herido o capturado? ¿No sería por mi culpa?

Aunque, ¿y si mi padre y el abuelo Smedry de verdad necesitaban ayuda?

Ese es el problema de ser un líder: todo se basa en tomar decisiones, y decidir nunca es divertido. Si alguien te da una chocolatina, te alegras. Pero si alguien te enseña dos chocolatinas y te dice que solo puedes escoger una, ¿entonces qué? Elijas la que elijas, te dará la impresión de que te has perdido la otra.

Y a mí me gustan las chocolatinas. ¿Y si tienes que escoger entre dos cosas horribles? ¿Esperaba o conducía a mi grupo al peligro? Era como tener que elegir entre comerte una tarántula o un puñado de tachuelas. Ninguna de las dos opciones resulta demasiado atractiva; las dos te revuelven el estómago y las dos cuesta tragarlas sin echarles ketchup.

En mi caso, prefiero que alguien tome las decisiones por mí, sin duda. Así cuentas con una base legítima para gimotear y quejarte. Tanto gimotear como quejarme me resulta bastante interesante y divertido, aunque a veces, por desgracia, cuesta decidir entre ambas cosas.

Ay, la vida puede llegar a ser tan difícil...

—No quiero tomar esa decisión —me quejé—. ¿Por qué me miráis?

—Usted es el oculantista jefe, señor Smedry —respondió Draulin.

—Sí, ¡pero solo sé lo que es eso desde hace tres meses!

—Ah, pero eres un Smedry —añadió Kaz.

—Sí, cu... —dejé la frase en el aire.

Algo iba mal. Los demás me miraban, pero no les hice caso y me concentré en lo que sentía.

—¿Qué está haciendo? —susurró Australia.

Aunque ya había recuperado su aspecto de siempre, todavía tenía el pelo algo revuelto, de recién levantada.

—No lo sé —susurró Kaz.

—¿Creéis que iba a decir una palabrota? —siguió ella—. A los de las Tierras Bajas les gusta hablar sobre traseros...

Ya llegaba.

Lo sentía. Si un oculantista está utilizando unas lentes, cualquier oculantista que esté cerca puede percibirlo. Es algo que llevamos dentro, como nuestra habilidad para activar las lentes.

Esa sensación de que algo iba mal era como la de alguien activando unas lentes, pero con un toque retorcido y oscuro. Aterrador.

Quería decir que alguien había activado cerca unas lentes creadas de un modo horrible. El cazador nos había encontrado. Me volví en busca del origen de la sensación, lo que hizo que los demás dieran un respingo.

Allí estaba: de pie en la cima de una colina, no demasiado lejos, con un brazo demasiado largo para su cuerpo, mirándonos con su rostro retorcido. Se hizo el silencio durante un momento.





Entonces echó a correr.

Draulin dejó escapar un improperio y desenvainó la espada.

—¡No! —grité, corriendo hacia la choza—. ¡Vamos a entrar!

Draulin no lo cuestionó, sino que se limitó a asentir y hacer un gesto a los demás para que fueran delante. Corrimos mientras Kaz sacaba unas lentes de guerrero y se las ponía. Su velocidad aumentó de inmediato y fue capaz de seguirnos el ritmo a pesar de sus cortas piernas.

Llegué a la choza, e hice un gesto en dirección a Kaz y a Australia para que entraran. Bastille había dado un rodeo y estaba recogiendo una de las mochilas.

—¡Bastille! —chillé—. ¡No hay tiempo!

Draulin retrocedía hacia nosotros, de espaldas; miró a Bastille y después al Hueso del Escriba, que había recorrido la mitad de la distancia que nos separaba. Vi que algo le brillaba en la mano: un rayo de escarcha azul blancuzco salió disparado del objeto hacia mí.

Chillé y agaché la cabeza para meterme en la choza. La estructura tembló cuando recibió el chorro de frío, y una de las paredes empezó a helarse.

Bastille entró derrapando un segundo después.

—Alcatraz —dijo, resoplando—, esto no me gusta.

—¿El qué? —pregunté—. ¿Dejar a tu madre ahí fuera?

—No, sabe apañárselas sola. Me refiero a bajar a la biblioteca a toda prisa, sin planificar nada.

Algo golpeó la pared helada, que se hizo pedazos. Bastille dejó escapar una exclamación, y yo grité y caí de espaldas.

A través de la abertura vi que el cazador corría hacia mí. Después de congelar la pared, había lanzado una roca para romperla.

Draulin entró por la puerta medio destrozada.

—¡Abajo! —gritó mientras apuntaba a las escaleras con la espada. Después la subió para bloquear un rayo de las lentes de creascarcha.

Miré a Bastille.

—He oído cosas horribles sobre este sitio, Alcatraz —me dijo.

—No tenemos tiempo para eso —decidí mientras me ponía de pie con el corazón acelerado.

Apreté los dientes y corrí escaleras abajo, hacia la oscuridad. Bastille y Draulin me seguían de cerca.

Todo se fundió en negro. Era como si hubiera cruzado un umbral a través del cual no podía penetrar la luz. Me mareé de repente y caí de rodillas.

—¿Bastille? —grité a la oscuridad.

No hubo respuesta.

—¡Kaz! ¡Australia! ¡Draulin!

Ni siquiera oía el eco de mi voz.

Pasadme una chocolatina y un puñado de tachuelas, por favor.
¿Alguien tiene ketchup?

Capítulo

9



Me gustaría hacer un experimento. Coged papel y escribid un 0. Después quiero que bajéis un renglón y escribáis ahí un 0. Como podéis ver, el 0 es un número mágico, ya que es, bueno... 0. ¡No hay nada mejor! En el siguiente renglón, ya no basta con el 0. Ahora el 7 es el número que debéis poner. ¿Por qué nos falta el 0? Porque el número 0 ya no es mágico. Aunque antes era genial, el 0 ha quedado reducido a una tontería. Ahora coged el papel y tiradlo y poned este libro de lado.

Mirad con atención el párrafo anterior a este. Oh, bueno, supongo que como habéis puesto el libro de lado será el párrafo que hay al lado de este. En cualquier caso, quizá veáis una cara en los números del párrafo: unos ceros forman los ojos, el siete es la nariz y una línea de ceros forma la boca. Os sonrío porque habéis colocado el libro de lado y, como todo el mundo sabe, así no se leen

los libros. De hecho, ¿cómo os las estáis apañando para leer este párrafo? Volved a girar el libro, que parecéis tontos.

Ah, muy listos, ahora lo tenéis puesto al revés.

Ahora. Mucho mejor. En fin, creo que ya hablé en mi anterior libro de que las primeras impresiones suelen ser equivocadas. Puede que os haya dado la impresión de que ya había acabado de hablar de las primeras impresiones, pero os equivocabais. Menuda sorpresa.

Hay muchas más cosas que aprender al respecto. No solo es habitual que la primera impresión sobre una persona sea errónea, sino que bastantes de las ideas en las que hemos creído durante mucho tiempo también lo son. Por ejemplo, yo me pasé años creyendo que los Bibliotecarios eran mis amigos. Algunas personas creen que los espárragos saben bien. Otras no compran este libro porque creen que no será interesante.

Error, error y grave error. La experiencia me dice que es mejor no juzgar lo que creo que estoy viendo hasta haber tenido el tiempo suficiente para estudiar y aprender. Algo que parece no tener sentido puede, en realidad, ser genial. (Como mi obra de arte en el primer párrafo, sin ir más lejos.)

Recordadlo. Puede que sea importante en otra parte de este libro.

Me obligué a ponerme de pie en la más absoluta oscuridad. Miré a mi alrededor, pero, por supuesto, no sirvió de nada. Volví a llamarlos. No hubo respuesta.

Me estremecí. Ahora bien, allí abajo no es que estuviera oscuro, sin más. Es que era oscuridad pura. Tan oscuro como si me hubiera tragado una ballena a la que después se hubiera comido otra ballena más grande, y después esa ballena más grande se hubiera perdido en una cueva profunda que después alguien hubiese tirado a un agujero negro.

Estaba tan oscuro que temía haberme quedado ciego. Por lo tanto, me alegré una barbaridad cuando atisbé una chispa de luz.

Me volví hacia ella, aliviado.

—Gracias a las Primeras Arenas —dije—. Es...

Se me fue la voz. La luz procedía de las llamas que ardían en las cuencas vacías de un cráneo rojo como la sangre.

Grité y me alejé, tambaleándome, hasta que me di de espaldas contra una pared basta y polvorienta. La recorrí palpándola, a oscuras, pero me di de cabeza contra otra pared en la esquina. Atrapado, me volví y observé el cráneo con más atención. Las llamas de los ojos no tardaron en iluminar la capa en forma de túnica de la criatura y sus finos brazos de esqueleto. Todo el cuerpo —el cráneo, la capa e incluso las llamas— parecía un poco translúcido.

Acababa de conocer a mi primer Conservador de Alejandría. Me puse a rebuscar en la chaqueta, recordando al fin que llevaba encima mis lentes. Por desgracia, a oscuras no sabía qué bolsillo era cuál y estaba demasiado nervioso para contarlos.

Saqué unas lentes al azar con la esperanza de que fueran las de soplаторmentas y me las puse.

El Conservador desprendía una luz blancuzca. «Genial —pensé—, ahora sé cuántos años tiene. A lo mejor puedo hacerle una tarta de cumpleaños.»

La criatura me dijo algo, pero en un idioma ronco y extraño que yo no entendía.

—Espera... que no lo he entendido bien —dije mientras buscaba otras lentes—. ¿Te importaría repetir...?

Habló de nuevo, acercándose más. Saqué otras lentes, me las puse y me concentré en la criatura con la esperanza de lanzarla por los aires con una ráfaga de viento. Estaba bastante seguro de haber acertado con el bolsillo correcto.

Me equivocaba.

—... visitante de la gran Biblioteca de Alejandría —siseó la criatura—, debes pagar el precio de la entrada.

Las Lentes de Rashid; las lentes de traductor. Ahora ya no solo sabía lo viejo que era, sino que también entendería su voz

demoniaca mientras me chupaba el alma. Tomé nota mental de hablar seriamente con mi abuelo sobre los tipos de lentes que me daba.

—El precio —dijo la criatura, acercándose.

—Pues... es que me he dejado la cartera fuera... —respondí mientras buscaba otras lentes en la chaqueta.

—El dinero no nos interesa —susurró otra voz.

Miré a un lado, y allí había otro Conservador —con sus ojos llameantes y su cráneo rojo— que se acercaba flotando. Con la ayuda de aquella luz extra, vi que ninguna de las dos criaturas tenía piernas. Las capas se quedaban colgando en la nada al llegar al suelo.



—Entonces, ¿qué queréis? —pregunté, tragando saliva.

—Queremos... tu papel.

—¿Perdón?

—Cualquier cosa escrita que lleves —dijo una tercera criatura, que también se acercaba—. Todo el que entra en la Biblioteca de Alejandría debe entregar sus libros, sus notas y sus escritos para que podamos copiarlos y añadirlos a nuestra colección.

—Vale... —respondí—. Me parece bastante justo.

El corazón seguía latiéndome a toda prisa, como si se negara a creer que un puñado de monstruos muertos vivientes con llamas por ojos no fueran a matarme. Saqué todo lo que tenía, que en realidad solo era la nota del abuelo Smedry, un envoltorio de chicle y unos cuantos dólares estadounidenses.

Se lo llevaron todo y me dejaron allí, con las manos heladas. Cabe señalar que los Conservadores emiten un frío intenso. Por

esta razón nunca necesitan echarle hielo a la bebida. Por desgracia, como son espíritus vivientes, en realidad no pueden beber refrescos. Es una de las grandes ironías de nuestro mundo.

—Es lo único que tengo —dije, encogiéndome de hombros.

—Mentiroso —siseó uno.

No es la clase de cosa que guste oír de un espíritu viviente.

—No —respondí con sinceridad—. ¡No tengo más!

Sentí sus manos heladas en mi cuerpo y grité. A pesar de parecer translúcido, las criaturas tenían fuerza. Me dieron media vuelta y me arrancaron las etiquetas de la camiseta y los vaqueros.

Después, retrocedieron.

—¿Queréis eso? —pregunté.

—Se debe entregar todo texto —dijo uno de los Conservadores—. El objetivo de la biblioteca es reunir todo el conocimiento puesto por escrito.

—Bueno, pues no llegaréis demasiado lejos copiando las etiquetas de la ropa —mascullé.

—No cuestiones nuestros métodos, mortal.

Me estremecí y me di cuenta de que quizá no fuera buena idea faltarle el respeto al monstruo chupa almas que tenía un cráneo ardiente por cabeza. En ese sentido, los monstruos chupa almas con cráneos ardientes por cabeza son muy parecidos a los profesores (comprendo vuestro desconcierto; yo también los confundo algunas veces).

Tras decir aquello, los tres espíritus empezaron a alejarse flotando.

—Esperad —los llamé, temiendo volver a quedarme a oscuras—, ¿y mis amigos? ¿Dónde están?

Uno de los espíritus volvió.

—Los hemos separado de ti. Todo el que entre en la biblioteca debe hacerlo solo. —Se acercó flotando—. ¿Has acudido buscando conocimiento? Podemos ofrecerlo. Todo lo que desees. Cualquier libro, volumen o tomo. Cualquier cosa que se haya escrito, te la podemos conceder. Solo tienes que pedirlo...

El cuerpo con túnica y su cráneo ardiente se pusieron a flotar a mi alrededor, y a hablar con voz sutil y sugerente.

—Puedes averiguar cualquier cosa —susurró—. Puede que incluso dónde está tu padre.

—¿Sabes eso? —pregunté, volviéndome hacia la criatura.

—Podemos ofrecer alguna información. Solo tienes que pedir permiso para examinar el volumen.

—¿Y el precio?

—Barato —respondió el cráneo, que parecía sonreír, si es que eso era posible.

—¿Mi alma?

La sonrisa se ensanchó.



—No, gracias —respondí, estremecido.

—Muy bien —repuso el Conservador mientras se alejaba.

De repente, las lámparas de las paredes cobraron vida e iluminaron la sala. Las lámparas eran pequeños contenedores de aceite, como la de aquel antiguo cuento árabe, que tenía un genio dentro. Me daba igual, solo me alegraba de que hubiera luz. Gracias a ella pude ver que estaba en una habitación polvorienta con viejas paredes de ladrillo. Varios pasillos partían de allí, pero no había puertas en los umbrales.

«Genial —pensé—. Justo ahora que necesito las lentes de rastreador...»

Elegí un umbral al azar y salí a ese pasillo; de inmediato me impresionó lo enorme que era la biblioteca, que parecía continuar hasta el infinito. Las lámparas, titilantes, colgaban de unos pilares que continuaban hasta perderse a lo lejos y parecían como una fantasmal pista de vuelo. A derecha e izquierda había estantes llenos de pergaminos.

Había miles y miles de estantes, todos con el mismo aspecto de catacumbas polvorientas. Me sentía un poco acobardado. Incluso el eco de mis pasos me resultaba ensordecedor.

Seguí caminando un rato, pisando con cuidado, mientras examinaba las filas de pergaminos cubiertos de telarañas. Era como si se tratara de una cripta gigantesca, salvo que, en vez de cadáveres, allí era donde iban los manuscritos a morir.

—Parece interminable —susurré para mí, levantando la vista. Los nichos de pergaminos subían por las paredes y llegaban hasta el techo, que estaba a unos seis metros de altura—. ¿Cuántos habrá?

—Podrías saberlo, si quisieras —susurró una voz.

Me volví y me encontré con un Conservador que flotaba detrás de mí. ¿Cuánto tiempo llevaría observándome?

—Tenemos una lista —susurró, acercándose; como ahora había luz externa, las sombras se proyectaban sobre su rostro de calavera—. Podrías leerla, si quisieras. Sacarla de la biblioteca.

—No, gracias —respondí, retrocediendo.

El Conservador permaneció en su sitio. No hizo ningún movimiento amenazador, así que seguí caminando, volviendo de vez en cuando la cabeza.

Quizás os estéis preguntando cómo pueden afirmar los Conservadores que tienen todos los libros jamás escritos. Sé de buena tinta que tienen sus medios para localizar libros y añadirlos a la colección. Por ejemplo, llegaron a un endeble trato con los Bibliotecarios que controlan las Tierras Silenciadas.

Solo en Estados Unidos se publican miles de libros al año. La mayoría son «literatura», libros sobre personas que no hacen nada o tontas obras de ficción sobre temas tan mortalmente aburridos como las dietas.

(Existe una razón para que se produzcan todos estos libros inútiles. Está claro que sirven para que la gente se acompleje, de modo que los Bibliotecarios puedan controlarlos mejor. He descubierto que la forma más rápida para sentirse mal con uno mismo es leer un libro de autoayuda, y la segunda, leer una deprimente obra literaria escrita para que te enfades con la humanidad en general.)

En fin, el caso es que los Bibliotecarios publican cientos de miles de libros al año. ¿Qué sucede con ellos? Como es lógico, deberíamos estar inundados de ellos, enterrados en un tsunami de textos, intentando respirar mientras nos ahogamos en un mar interminable de historias sobre chicas con trastornos alimenticios.

La respuesta es la Biblioteca de Alejandría. Los Bibliotecarios envían allí los libros que les sobran a cambio de la promesa de que los Conservadores no irán a las Tierras Silenciadas para buscar los ejemplares ellos mismos. Es una pena, la verdad. Al fin y al cabo, los Conservadores, al ser esqueletos, seguramente podrían enseñarnos un par de cosas sobre las dietas.

Seguí vagando por los pasillos mohosos de la biblioteca sintiéndome bastante pequeño e insignificante comparado con los enormes pilares y las filas, filas, filas, filas, filas, filas, filas, filas, filas, filas, filas, filas y más filas de libros.

De vez en cuando pasaba junto a otros pasillos que salían del primero. Parecían idénticos al que yo recorría, y no tardé en darme cuenta de que no tenía ni idea de por dónde iba. Miré atrás y me decepcionó comprobar que el único lugar de la biblioteca que no parecía tener polvo era el suelo. No había huellas que pudieran guiarme de vuelta y no tenía miguitas para dejar un rastro. Medité la posibilidad de utilizar la pelusilla de mi ombligo, pero decidí que no

solo sería una guarrería, sino también un desperdicio (¿acaso no sabéis lo cara que es?).

Además, no tendría mucho sentido dejar un rastro. No sabía adónde iba, cierto, pero tampoco dónde había estado. Suspiré.

—Supongo que no habrá por ahí un mapa de este sitio, ¿no? —pregunté, volviéndome hacia el Conservador que me seguía a poca distancia.

—Por supuesto que lo hay —respondió con su voz fantasmal.

—¿En serio? ¿Dónde está?

—Te lo puedo buscar —respondió la calavera, sonriendo—. Pero tendrás que sacarlo.

—Genial —dije en tono hastiado—. Te puedo dar mi alma para encontrar la salida, pero después no podré salir porque tendrías mi alma.

—Algunos lo han hecho —repuso el fantasma—. Recorrer las estanterías de la biblioteca puede volverte loco. Para muchos, merece la pena pagar con tu alma con tal de encontrar al fin la solución.

Le di la espalda. El Conservador, sin embargo, siguió hablando.

—De hecho, te sorprendería averiguar la de gente que acude en busca de soluciones a rompecabezas sencillos. —La voz de la criatura aumentaba de volumen a medida que se me acercaba—. Algunos son adictos a una diversión moderna conocida como crucigrama. Muchos de ellos han venido en busca de respuestas. Ahora tenemos sus almas.

Fruncí el ceño y lo miré.

—Muchos prefieren renunciar a lo que les queda de vida antes que vivir en la ignorancia —dijo—. Es solo uno de nuestros métodos para obtener almas. Lo cierto es que a algunos no les importa qué libro sacar, ya que, una vez convertidos, pueden leer los demás libros. Para entonces, por supuesto, sus almas ya están vinculadas a la biblioteca y no pueden salir para compartir lo que aprenden. Sin embargo, la perspectiva de un conocimiento sin límites los atrae.

¿Por qué hablaba tan alto? Era como si me empujara hacia delante, como si su frío me urgiera, como si intentara obligarme a caminar más deprisa.

Al instante me di cuenta de lo que pasaba: el Conservador era un pez. Si tal era el caso, ¿dónde estaban los zapatos? (metafóricamente hablando, claro; si se os ha olvidado, volved atrás).

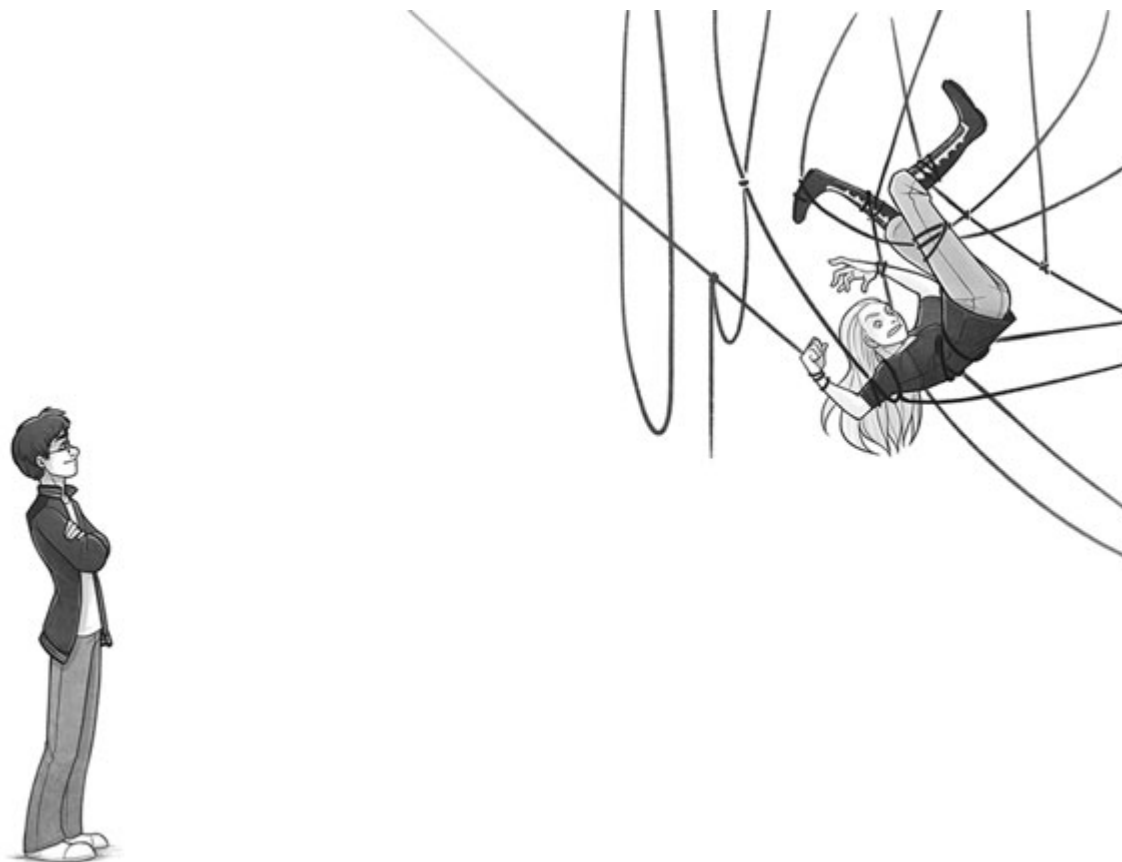
Cerré los ojos y me concentré. Allí, lo oí: una voz que pedía ayuda, apenas audible. Sonaba como Bastille.

Abrí los ojos de golpe y corrí por un pasillo lateral. El fantasma lanzó un impropio en un idioma extraño —mis lentes de traductor me hicieron saber, amablemente, el significado de la palabra, pero os demostraré la misma amabilidad y no la repetiré aquí, ya que tiene que ver con batidoras— y me siguió.

La encontré colgada del techo, entre dos pilares del pasillo, soltando unos cuantos impropios de cosecha propia. Estaba enredada en una extraña red de cuerdas; algunas le rodeaban las piernas, otras, los brazos. Daba la impresión de que sus forcejeos no hacían más que empeorar las cosas.

—¿Bastille?

Ella dejó de forcejear y me miró entre los mechones de pelo.



—¿Smedry?

—¿Cómo has acabado ahí arriba? —pregunté mientras me fijaba en un Conservador que flotaba en el aire, boca abajo, a su lado.

Su túnica no parecía responder a la ley de la gravedad, pero bueno, supongo que es algo normal en los fantasmas.

—¿Acaso importa? —me soltó Bastille, agitando los brazos y las piernas, al parecer incapaz de soltarse sola.

—Deja de moverte, lo estás empeorando.

Ella resopló, pero paró.

—¿Me vas a contar lo que ha pasado? —pregunté.

—Trampa —respondió, retorciéndose un poco—. Activé una y, antes de darme cuenta, estaba aquí colgada. Por si no fuera suficiente, el monstruito este de ojos quemados no deja de susurrarme que puede darme un libro que me enseñará cómo escapar. ¡Que solo me costará mi alma!

—¿Dónde está tu daga? —pregunté.

—En mi mochila.

La vi en el suelo, a poca distancia. Me acerqué con cuidado, por si había más trampas. Dentro encontré su daga cristalina, además de comida y —me sorprendió recordar— las botas con el cristal de amarrador en las suelas. Sonreí.

—Ahora mismo estoy contigo —le dije, y me puse las botas mientras activaba el cristal.

Después procedí a intentar caminar por la pared.

Si no lo habéis intentado nunca, lo recomiendo encarecidamente. Se disfruta de una brisa muy agradable, además de una apetecible sensación de vértigo cuando caes de espaldas al suelo. También quedas como un idiota, pero, para la mayoría de nosotros, eso no es nada nuevo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Bastille.

—Intentar acercarme —dije mientras me sentaba y me restregaba la cabeza.

—Cristal de amarrador, Smedry. Solo se pega al cristal.

«Ah, vale.» Ahora bien, quizás os parezca muy estúpido por olvidarlo, pero no me podéis culpar. Al fin y al cabo, acababa de darme un golpe en la cabeza.

—Bueno, entonces, ¿cómo subo para ayudarte?

—Podrías lanzarme la daga.

La miré con escepticismo. Las cuerdas parecían sujetarla con fuerza, aunque estaban conectadas a los pilares.

—Espera —le dije mientras me acercaba a uno.

—Alcatraz... —respondió, vacilante—. ¿Qué estás haciendo?

Puse la mano en el pilar y cerré los ojos. Había destruido el reactor con tan solo tocar el humo, ¿podría hacer algo así allí? ¿Guiar mi Talento pilar arriba hasta las cuerdas?

—¡Alcatraz! —exclamó Bastille—. No quiero acabar aplastada bajo unos pilares. No...

Dejé escapar una descarga de poder de rotura.

—¡Aj!

Dijo esta última parte cuando sus cuerdas —que estaban atadas a los pilares— se deshilaron y se hicieron pedazos. Abrí los ojos a tiempo de verla agarrarse a la única que quedaba y balancearse hasta llegar al suelo; aterrizó a mi lado, resoplando un poco.

Miró arriba. El pilar no se nos cayó encima. Aparté la mano.

Ella ladeó la cabeza y me miró.

—Vaya.

—No está mal, ¿eh?

—Un hombre de verdad habría trepado hasta arriba y me habría liberado con la daga —respondió, encogiéndose de hombros—. Venga, vamos a buscar a los demás.

Puse los ojos en blanco, pero acepté su agradecimiento; algo es algo. Bastille guardó de nuevo las botas y la daga en la mochila y se la echó al hombro. Caminamos por el pasillo un momento, pero después nos detuvimos al oír un estruendo.

El pilar por fin había decidido caerse, escupiendo esquirlas de piedra al estrellarse contra el suelo. Todo el pasillo temblaba por el impacto.

Los escombros levantaron una nube de polvo que nos rodeó. Bastille me miró como si le hubiera hecho algo, suspiró y siguió andando.

Capítulo 10



Os preguntaréis por qué odio tanto las novelas de fantasía. O puede que no. En realidad da igual porque os lo voy a contar de todos modos.

(Por supuesto, si queréis saber cómo acaba este libro podéis saltar a la última página, pero no lo recomiendo. Os aseguro que será muy perturbador para vuestra psique.)

En cualquier caso, dejad que os hable de las novelas de fantasía. En primer lugar, tenéis que comprender que cuando digo «novelas de fantasía» me refiero a los libros sobre dietas o literatura, o sobre gente que vivió durante la crisis del veintinueve. Las novelas de fantasía, por tanto, no incluyen los libros sobre dragones de cristal, Conservadores fantasmales o lentes mágicas.

Odio las novelas de fantasía. Bueno, no es cierto, en realidad no las odio, solo me molesta lo que les han hecho a las Tierras Silenciadas.

La gente ya no lee. Y, cuando lo hace, no lee libros como este, sino libros deprimentes, porque cree que esos libros son importantes. De algún modo, los Bibliotecarios han conseguido convencer a casi todos los habitantes de las Tierras Silenciadas de que no deberían leer nada que no sea aburrido.

Todo se remonta a los grandes planes de Biblioden, el Escriba: un mundo en el que la gente nunca hiciera nada anormal, nunca soñara y nunca experimentara nada extraño. Sus secuaces enseñan a la gente a dejar de leer libros divertidos para centrarse en las novelas de fantasía. Las llamo así porque esos libros atrapan a las personas, las mantienen encerradas en esa pequeña fantasía que ellos ven como el mundo «real». Una fantasía que les dice que no necesitan probar nada nuevo.

Al fin y al cabo, probar cosas nuevas puede ser difícil.

—Necesitamos un plan —dijo Bastille mientras recorríamos los pasillos de la biblioteca—. No podemos seguir dando vueltas.

—Tenemos que encontrar al abuelo Smedry o a mi padre.

—También tenemos que encontrar a Kaz y Australia, por no hablar de mi madre.

Hizo una mueca al decir la última parte.

«Y... eso tampoco es todo —pensé—. Mi padre vino aquí por algún motivo. Vino en busca de algo. Algo muy importante.»

Había encontrado un mensaje suyo hacía varios meses, incluido en el paquete que contenía las Arenas de Rashid. En la carta, mi padre sonaba nervioso. Emocionado, también, pero preocupado.

Había descubierto algo peligroso. Las Arenas de Rashid —las lentes de traductor— solo habían sido el principio. Eran un paso más hacia un descubrimiento mucho más importante, un descubrimiento que había asustado a mi padre.

Se había pasado trece años en busca de lo que fuera. Ese rastro había acabado allí, en la Biblioteca de Alejandría. ¿De verdad sería porque estaba frustrado? ¿Habría vendido su alma a cambio de las respuestas que buscaba, para así poder dejar al fin de buscar?

Me estremecí y miré a los Conservadores que flotaban detrás de nosotros.

—Bastille, ¿me dijiste que uno de ellos habló contigo?

—Sí, no dejaba de intentar convencerme para que sacara un libro.

—¿Te habló en inglés?

—Bueno, en nalhalliano, pero es más o menos lo mismo. ¿Por?

—El mío hablaba en un idioma que yo no entendía.

—El mío también lo hizo al principio. Varios de ellos me rodearon y empezaron a rebuscar entre mis cosas. Cogieron mi lista de provisiones y algunas de las etiquetas de la comida. Después se fueron todos salvo el que tenemos detrás. Siguió pinchándome en ese idioma exasperante. No empezó a hablar nalhalliano hasta que me atrapó.

Miré a los Conservadores. «Usan trampas —pensé—, pero no trampas mortales, sino trampas que enredan a la gente. Separan a todo el que entra y después lo hacen vagar por los pasillos, perdido. Nos hablan en un idioma que no entendemos cuando podrían hablar el nuestro si quisieran.

»Todo este lugar está pensado para fastidiar a la gente. Los Conservadores intentan que nos sintamos frustrados. Y todo para que nos rindamos y aceptemos uno de los libros que ofrecen.»

—Bueno —dijo Bastille—, ¿cuál es el plan?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Porque tú estás al mando, Alcatraz —dijo, suspirando—. ¿Cuál es tu problema? La mitad de las veces pareces dispuesto a dar órdenes y correr de un lado a otro. La otra mitad, te quejas de que no quieres ser el que tome las decisiones.

No respondí. Si os soy sincero, tampoco yo tenía muy claros mis sentimientos.

—¿Y bien? —insistió.

—Primero encontramos a Kaz, Australia y a tu madre.

—¿Por qué ibais a tener que encontrarme si estoy aquí? —preguntó Kaz.

Los dos dimos un brinco. Y, por supuesto, allí estaba, vestido con su bombín y su chaqueta arrugada, las manos en los bolsillos y una sonrisa traviesa en los labios.

—¡Kaz! ¡Nos has encontrado!

—Estabais perdidos —dijo, encogiéndose de hombros—. Si me pierdo, es más fácil encontrar a otras personas que se han perdido, dado que, en sentido abstracto, estamos en el mismo sitio.

Fruncí el ceño para intentar encontrarle el sentido. Kaz miró a su alrededor, y se fijó en los pilares y sus arcos.

—No es en absoluto como me la imaginaba.

—¿En serio? —preguntó Bastille—. Pues yo sí me esperaba que tuviera esta pinta.

—Suponía que cuidarían mejor sus pergaminos y sus libros.

—Kaz, nos has encontrado, ¿no? —le pregunté.

—Estooo, ¿qué acabo de decir, chaval?

—¿Puedes encontrar también a Australia?

—Puedo intentarlo, pero debemos tener cuidado. Casi caigo en una trampa hace un ratito. Tropecé con un cable y de la pared salió un enorme aro que intentó agarrarme.

—¿Qué pasó? —preguntó Bastille.

Kaz se rio.

—Me pasó por encima del sombrero. Razón número quince, Bastille: ¡las personas pequeñas no son blanco fácil!

Sacudí la cabeza.

—Me adelantaré para buscar trampas —dijo Bastille—. Después, me seguís los dos. Kaz activará su Talento en cada intersección y así elegimos por dónde ir. Con suerte, su Talento nos conducirá a Australia.

—Parece un buen plan —dije.

Bastille se colocó las lentes de guerrero y se puso en marcha, moviéndose con precaución por el pasillo. Kaz y yo nos quedamos donde estábamos, sin nada que hacer.

Entonces se me ocurrió algo.

—Kaz, ¿cuánto tardaste en aprender a usar tu Talento?

—¡Ja! Como si hubiera aprendido a utilizarlo, chaval.

—Pero se te da mejor el tuyo que a mí el mío —respondí mientras echaba un vistazo a los pilares en ruinas, que todavía se veían a lo lejos.

—Los Talentos son difíciles, lo reconozco —dijo, siguiendo mi mirada—. ¿Lo has hecho tú?

Asentí con la cabeza.

—¿Sabes que fue el ruido de ese pilar al caer lo que me avisó de que estabas cerca? A veces, lo que parece un error resulta ser útil.

—Ya lo sé, pero aun así tengo problemas. Cada vez que creo entender mi Talento, rompo algo que no quería romper.

Kaz se apoyó en un pilar de un lateral del pasillo.

—Sé a qué te refieres, Al. Yo me pasé casi toda mi juventud perdiéndome. No podían dejar que fuera al baño solo porque acababa en México. Una vez, tu padre y yo nos quedamos dos semanas varados en una isla porque no conseguía averiguar cómo hacer que funcionara el puñetero Talento. —Meneó la cabeza—. El caso es que cuanto más poderoso es un Talento, más cuesta controlarlo. Tú y yo —como tu padre y tu abuelo— tenemos Talentos Primarios, cerca del centro de la Rueda Encarnada, bastante puros. Es normal que nos den muchos problemas.

Ladeé la cabeza.

—¿Rueda Encarnada?

—¿Nadie te lo ha explicado? —preguntó, sorprendido.

—En realidad, solo he hablado de los Talentos con mi abuelo.

—Sí, pero ¿y en el colegio?

—Ah, no. Fui a un colegio de los Bibliotecarios, Kaz. Pero sí me explicaron muchas cosas sobre la crisis del veintinueve.

—Libros de fantasía —resopló Kaz—. Esos Bibliotecarios...

Suspiró y se agachó en el suelo mientras sacaba un palo. Después recogió un puñado de polvo de la esquina, lo lanzó en el suelo y dibujó un círculo encima.

—Ha habido muchos Smedry a lo largo de los siglos —dijo— y un montón de Talentos. Muchos de ellos tienden a ser similares a largo plazo. Hay de cuatro clases: Talentos que afectan al espacio, al tiempo, al conocimiento y a la materia.

Dividió el círculo de polvo en cuatro porciones.

—Piensa en mi Talento, por ejemplo —siguió explicando—. Cambio las cosas en el espacio. Puedo perderme y volver a encontrarme.

—¿Y el abuelo Smedry?

—Tiempo —respondió Kaz—. Llega tarde a las cosas. Sin embargo, Australia tiene un Talento capaz de cambiar el mundo físico; en este caso, su propia forma. —Escribió su nombre en el polvo de la rueda—. Su Talento es bastante específico y no tan amplio como el de tu abuelo. Por ejemplo, hace un par de siglos hubo un Smedry que podía parecer feo siempre que lo deseara, no solo cuando se despertaba por las mañanas. Otros han sido capaces de cambiar la apariencia de cualquiera, no solo la suya. ¿Entiendes?

Me encogí de hombros.

—Supongo.

—Cuanto más cerca de su forma más pura esté el Talento, más poderoso es —dijo Kaz—. El Talento de tu abuelo es muy puro: puede manipular el tiempo en muchas circunstancias distintas. Tu padre y yo tenemos Talentos muy similares —yo puedo perderme y Attica puede perder cosas—, y los dos son flexibles. Es habitual que los hermanos tengan poderes similares.

—¿Y Sing? —pregunté.

—Tropieza. Es lo que llamamos un Talento de conocimiento: sabe cómo hacer algo normal con una habilidad extraordinaria. Sin embargo, como le ocurre a Australia, su poder no es demasiado flexible. En ese caso, los colocamos en el borde de la rueda, cerca de la llanta. Los Talentos como el de mi padre, que son más poderosos, se colocan más cerca del centro.

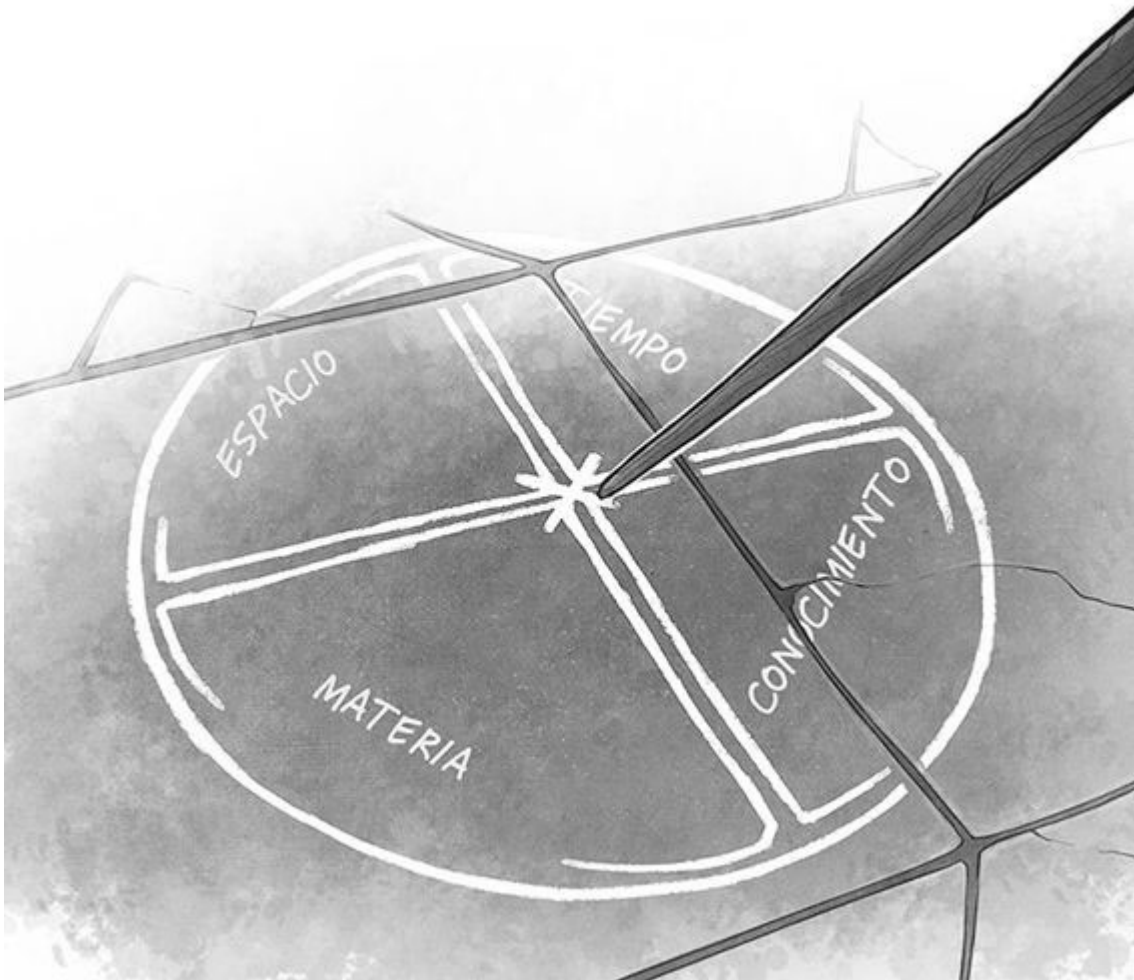
Asentí, despacio.

—Entonces..., ¿qué tiene esto que ver conmigo?

Bastille había regresado y observaba con interés.

—Bueno, cuesta saberlo —dijo Kaz—. Estás metiéndote en temas filosóficos muy profundos, chaval. Hay quienes afirman que el Talento de Romper no es más que un Talento del mundo físico, pero muy versátil y poderoso.

Me miró a los ojos y después tocó con el palo el centro del círculo.



—Otros afirman que el Talento de Romper es mucho más. Parece capaz de hacer cosas que afectan a las cuatro áreas. Las leyendas cuentan que uno de tus antepasados —uno de los únicos

dos que han tenido este Talento— consiguió romper tanto el tiempo como el espacio y formar una burbujita dentro de la cual nada envejecía.

»Otros registros hablan de roturas igual de maravillosas. Roturas que cambian la memoria de la gente o sus habilidades. ¿Qué significa romper algo? ¿Qué puedes cambiar? ¿Hasta dónde puede llegar el Talento? —Levantó el palo y me señaló con él—. En cualquier caso, chaval, por eso te resulta tan difícil controlarlo. Para serte sincero, incluso después de varios siglos de estudio, en realidad no comprendemos los Talentos. No sé si llegaremos a comprenderlos algún día, aunque tu padre estaba empeñado en ello. —Kaz se levantó y se limpió el polvo de las manos—. Y por eso vino aquí, supongo.

—¿Cómo sabes tantas cosas? —le pregunté.

—¿Qué? —repuso él, arqueando una ceja—. ¿Crees que me paso todo el tiempo inventando listas ingeniosas y perdiéndome cada vez que voy al baño? Tengo un trabajo, chaval.

—El señor Kazan es un investigador —dijo Bastille—. Su campo de estudio es la teoría arcana.

—Genial —dije, poniendo los ojos en blanco—, otro profesor.

Después del abuelo Smedry, Sing y Quentin, estaba medio convencido de que todos los que vivían en los Reinos Libres se dedicaban al mundo académico de un modo u otro.

Kaz se encogió de hombros.

—Es un rasgo de los Smedry, chaval. Nos suele interesar mucho la información. En cualquier caso, tu padre era el verdadero genio; yo no soy más que un humilde filósofo. Bastille, ¿qué pinta tiene el camino?

—Despejado —respondió—. No he encontrado trampas.

—Genial —dijo.

—Pareces un poco decepcionado.

—Las trampas son interesantes —respondió Kaz, encogiéndose de hombros—. Siempre son una sorpresa, casi como regalos de cumpleaños.

—Salvo que estos regalos podrían decapitarte —repuso ella sin variar el tono.

—Todo forma parte de la diversión, Bastille.

Ella suspiró y me echó una miradita por encima de las gafas de sol. «Así son los Smedry —parecía decir—. Todos iguales.»

Sonreí en su dirección e hice un gesto con la cabeza para ponernos en marcha. Kaz iba delante. Mientras caminábamos, me fijé en que un par de Conservadores se afanaba en copiar el dibujo de Kaz. Les di la espalda y pegué un brinco al encontrarme a un Conservador flotando a mi lado.

—Los incarna sabían mucho sobre los Talentos de los Smedry —susurró la criatura—. Aquí tenemos un libro, uno de los suyos, escrito hace un milenio. Explica de dónde salieron exactamente los Talentos. Tenemos una de las dos únicas copias que existen.

Se acercó flotando.

—Puedes leerlo —susurró la criatura—. Sácalo, si quieres.

—No soy tan curioso —respondí, resoplando—. Sería una estupidez entregaros mi alma por una información que después no podré usar.

—Ah, pero quizá si pudieras usarla —dijo el Conservador—. ¿Qué podrías lograr si comprendieras tu Talento, joven Smedry? ¿Quizá lo suficiente para liberarte de nosotros? ¿Para recuperar tu alma? ¿Para romper los barrotes de nuestra prisión, por así decirlo...?

Aquello me hizo pensar. Tenía sentido, aunque de un modo aterrador y retorcido. Quizá pudiera comprarles mi alma y después aprender a liberarme usando el libro que había obtenido.

—Entonces, ¿es posible? —pregunté—. ¿Podría liberarse alguien después de haberse convertido en Conservador?

—Cualquier cosa es posible —susurró la criatura, clavando en mí sus cuencas ardientes—. ¿Por qué no lo intentas? Podrías aprender mucho. Cosas que los demás llevan milenios sin saber...

Prueba de que los Conservadores eran unos embaucadores muy hábiles es que, por un momento, de verdad consideré la posibilidad

de vender mi alma por un libro sobre teoría arcana.

Entonces recuperé la sensatez: si ni siquiera era capaz de controlar mi Talento tal como estaba, ¿qué me hacía pensar que precisamente yo podría utilizarlo para vencer a un grupo tan antiguo y poderoso como los Conservadores de Alejandría?

Me reí entre dientes y negué con la cabeza, lo que hizo que el Conservador retrocediera, claramente disgustado. Me apresuré para alcanzar a los demás. Kaz iba delante, conduciéndonos como antes, permitiendo que su Talento nos perdiera y nos llevara hasta Australia. En teoría.

De hecho, mientras caminábamos, juraría que podía ver las pilas de pergaminos cambiando a nuestro alrededor. No era que se transformaran, ni nada parecido; sin embargo, si miraba a una pila, apartaba la mirada y volvía a mirar, no sabía si de verdad era la misma de antes o no. El Talento de Kaz nos llevaba a lo largo de los pasillos sin distinguir el cambio.

Entonces se me ocurrió una cosa.

—¿Kaz?

Mi tío volvió la vista atrás y arqueó una ceja.

—Entonces..., tu Talento nos ha perdido, ¿verdad?

—Pues sí —respondió.

—Mientras caminamos, nos movemos por la biblioteca, saltando de un punto a otro, aunque nos dé la impresión de recorrer un pasillo.

—Lo has captado, chaval. Debo reconocer que eres más listo de lo que pareces.

Fruncí el ceño.

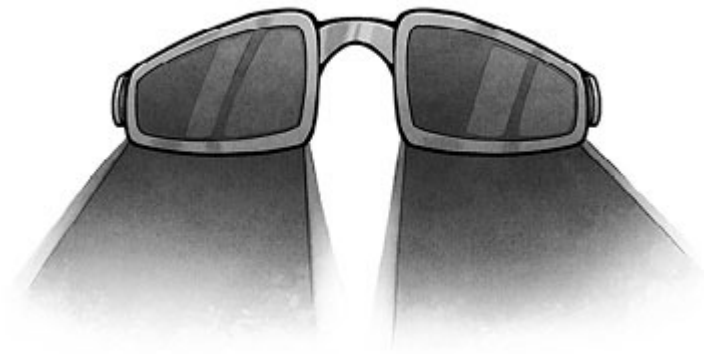
—Entonces, ¿de qué nos sirve que Bastille examine lo que tenemos delante? ¿No abandonamos ese pasillo en cuanto se activó tu Talento?

Kaz se quedó paralizado.

En aquel momento oí que algo hacía clic debajo de mí. Bajé la mirada, conmocionado, y vi que acababa de pisar una trampa.

—Ay, corchos —exclamó Kaz.

Capítulo 11



Debo disculparme por el inicio del último capítulo. Mi objetivo es escribir un libro completamente frívolo, porque si digo algo importante de verdad, corro el riesgo de que la gente me venere o respete aún más. Por lo tanto, os debo pedir un favor: coged unas tijeras y recortad los siguientes párrafos de este capítulo. Pegadlos al principio del capítulo anterior para taparlo y que así nunca tengáis que volver a leer mi pretenciosa explicación otra vez.

¿Listos? Adelante.

Érase una vez un conejo. Este conejo celebró una fiesta de cumpleaños. Fue la mejor fiesta de cumpleaños del mundo. Porque, ese día, el conejo recibió una bazuca.

Al conejo le encantaba su bazuca y la usaba para volar en pedazos todo tipo de cosas en la granja. Voló en pedazos el establo

de Henrietta, la yegua. Voló en pedazos la pocilga de Pugsly, el cerdo. Voló en pedazos el corral de Chuck, el pollo.

—Tengo la mejor bazuca del mundo —dijo el conejo.

Entonces, sus amigos de la granja le dieron una paliza de no te menees y le robaron la bazuca. Fue el día más feliz de su vida.

Fin.

Epílogo: Como el cerdo Pugsly se había quedado sin pocilga, estaba muy enfadado. Cuando los demás no miraban, robó la bazuca, se ató un pañuelo a la cabeza y juró venganza por lo que le habían hecho.

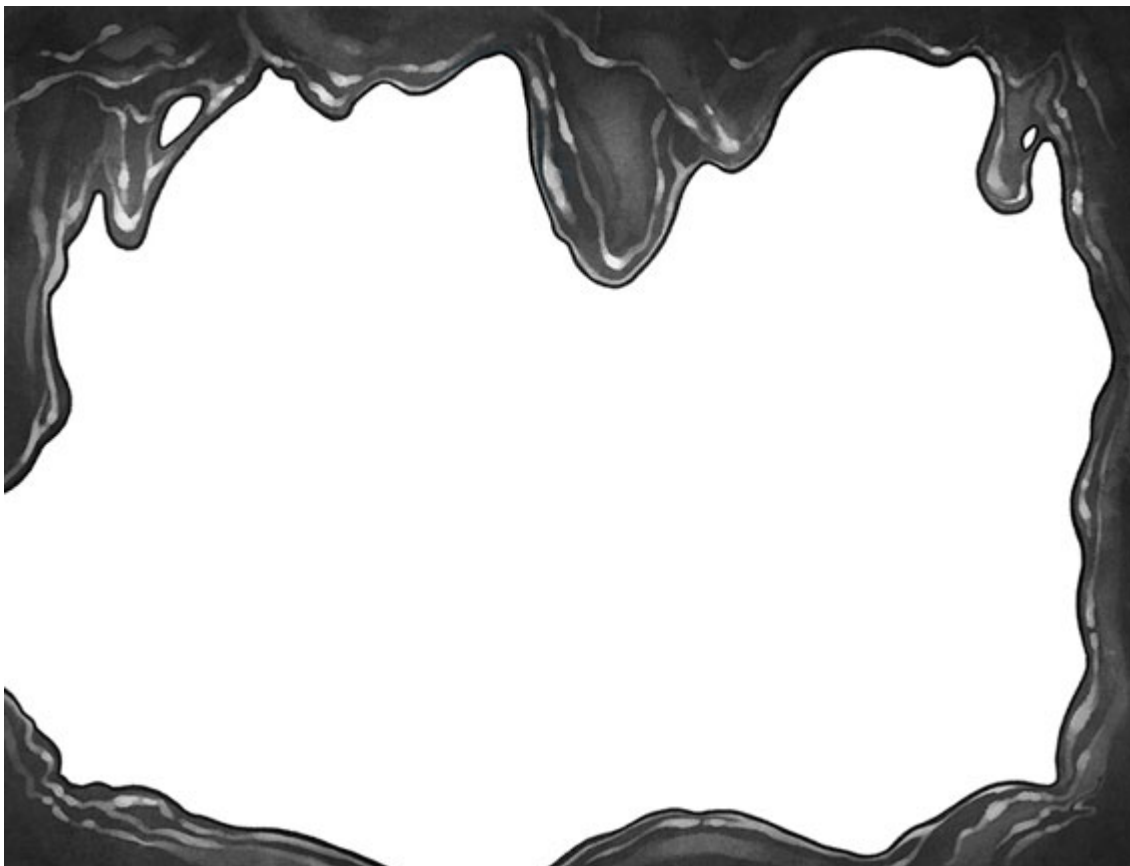
—A partir de este día —susurró, alzando la bazuca—, me conocerán como Jambo.

Ya está. Me siento mucho mejor. Ahora podemos regresar a la historia con las pilas cargadas y seguros de que estáis leyendo el libro correcto.

Me encogí, tenso, mirando el pie que tenía sobre la trampa.

—Bueno —dije, mirando a Bastille—, ¿va a hacer alg...? ¡Aj!

En aquel momento, los paneles del techo cayeron y nos lanzaron encima lo que parecían ser mil cubos llenos de lodo oscuro y pegajoso. Intenté apartarme del camino, pero era demasiado lento. Incluso Bastille, con su velocidad crística aumentada, no los consiguió esquivar lo bastante deprisa.



Quedamos cubiertos de una sustancia alquitranada. Intenté gritar, pero el sonido surgió como un borboteo, ya que el espeso líquido negro se me había metido en la boca. Tenía un sabor desagradable, como una mezcla entre plátanos y alquitrán, con más de lo segundo que de lo primero.

Forcejeé y me frustró sentir que la pringue se endurecía de repente. Me quedé paralizado, con un ojo abierto y el otro cerrado, la boca llena de alquitrán, y, por suerte, la nariz despejada.

—Genial —dijo Bastille.

Apenas podía verla; estaba cubierta de lodo endurecido a poca distancia, inmovilizada en posición de correr. Había tenido la presencia de ánimo suficiente para taparse la cara, así que tenía los ojos y la boca destapados..., pero el brazo pegado a la frente.

—Kaz, ¿tú también estás atrapado?

—Sí —respondió una voz ahogada—. He intentado liberarme, pero no funciona. Ya estábamos perdidos.

—¿Alcatraz? —preguntó Bastille.

Hice un ruido con la nariz.

—Parece que está bien —dijo Kaz—. Aunque no esperes que exude elocuencia en el futuro próximo.

—Como si lo hiciera alguna vez —repuso ella, forcejeando.

«Ya basta», pensé, irritado, mientras descargaba mi Talento sobre la pringue. Pero no pasó nada. Por desgracia, hay muchas cosas resistentes a los Talentos de los Smedry.

Varios Conservadores avanzaron deslizándose por encima del suelo hacia nosotros, con cara de sentirse bastante orgullosos.

—Podemos proporcionaros un libro que explica cómo salir —dijo uno.

—Os resultará muy interesante —añadió otro.

—Que os rayen —les soltó Bastille, que gruñía mientras intentaba liberarse. Lo único que se movía era su barbilla.

—¿Qué clase de oferta es esa? —preguntó Kaz—. ¡Así no podríamos leer el libro!

—Estaríamos encantados de leéroslo —dijo uno de los otros—. Así comprenderías cómo escapar justo antes de que nos llevemos tu alma.

—Además —susurró otro—, tendrías toda la eternidad para estudiar. Seguro que eso debe de resultarle atractivo a un investigador como tú: una eternidad con el conocimiento de la biblioteca. Todo al alcance de la mano.

—No podría salir nunca —repuso Kaz—. Atrapado para siempre en este pozo, obligado a tentar a los que entren para que caigan en la trampa.

—A tu hermano le pareció un trato justo —susurró otro.

«¡Qué! —pensé—. ¡Mi padre!»

—Mientes —dijo Kaz—. ¡Attica nunca habría caído en una de vuestras trampas!

—No tuvimos que engañarlo —susurró otro, acercándose a mí flotando—. Acudió por voluntad propia. Todo por un libro. Un único libro especial.

—¿Qué libro? —preguntó Bastille.

Los Conservadores guardaron silencio; sus calaveras sonreían.

—¿Entregarías tu alma a cambio de saberlo?

Bastille empezó a lanzar improperios y a forcejear con más ganas. Los Conservadores se movían a su alrededor, hablando en un idioma que mis lentes me decían que era griego clásico.

«Si pudiera llegar hasta mis lentes de soplatormentas —pensé—, quizá consiguiera librarme de parte de esta pringue.»

Pero ni siquiera podía mover los dedos, así que imposible meter la mano en la chaqueta.

«¡Ojalá funcionara mi Talento!»

Me concentré, reuní todo el poder que pude y lo descargué sobre la pringue, pero se negó a romperse o ceder.

Se me ocurrió algo: la pringue era resistente, pero ¿y el suelo que tenía debajo? Reuní de nuevo mi Talento y lo descargué en sentido descendente.

Me esforcé, noté la energía que me recorría el cuerpo y me salía por los pies. Se me deshicieron los zapatos, las suelas se desprendieron, la lona se rompió. Sentí que la roca bajo mis pies se desmenuzaba. Sin embargo, al final no sirvió de nada porque mi cuerpo seguía pegado a la pringue. El suelo cayó, pero yo no caí con él.

El Conservador que tenía más cerca se volvió hacia mí.

—¿Seguro que no quieres ese libro sobre los Talentos, joven oculantista? Puede que te ayude a liberarte.

«Concéntrate —me dije mientras los demás Conservadores seguían atormentando a Bastille—. Dicen que hay un libro que explica cómo salir de esta pringue. Eso significa que hay una forma de salir.»

Seguí forcejeando, pero estaba claro que no servía de nada. Si era posible liberarse con la fuerza bruta, Bastille lo conseguiría mucho antes que yo.

En vez de eso, me concentré en la pringue en sí. ¿Qué sabía sobre ella? La porquería que tenía en la boca parecía algo más

blanda que la que me rodeaba el cuerpo. ¿Había alguna razón para ello? ¿Puede que la saliva? Quizá la pringue no se endurecía si estaba húmeda.

Empecé a acumular saliva para intentar que cayera sobre la pringue. La saliva empezó a caerme de la parte de arriba de la boca y a bajar por el pegote de porquería que me cubría la cara.

—Estooo, ¿Alcatraz? —preguntó Bastille—. ¿Estás bien?

Intenté gruñir de un modo tranquilizador, pero descubrí que cuesta gruñir con elocuencia cuando estás escupiendo.

Al cabo de unos minutos, llegué a la desagradable conclusión de que la pringue no se disolvía con la saliva. Por desgracia, ahora no solo estaba atrapado bajo una capa de alquitrán endurecido, sino que además tenía babas por toda la camiseta.

—¿Frustrado? —preguntó un Conservador que flotaba en círculos a mi alrededor—. ¿Cuánto tiempo piensas resistirte? No hace falta que hables, solo tienes que parpadear tres veces si quieres vender tu alma a cambio de una salida.

Mantuve los ojos bien abiertos. Empezaron a secarse, lo que resultaba muy irónico, teniendo en cuenta el estado de mi camiseta.

El Conservador parecía decepcionado, aunque siguió flotando por allí.

«¿Por qué se molestan en engatusarnos? —me pregunté—. Estamos en sus manos, ¿por qué no nos matan? ¿Por qué no nos roban el alma a la fuerza?»

Eso me dio que pensar. Si no lo habían hecho ya, seguramente era porque no podían. Lo que parecía implicar que debían cumplir una ley, un código o algo así.

Empezaba a cansárseme la mandíbula. Era curioso pensar en eso; estaba atado por todas partes ¿y me preocupaba la mandíbula? ¿Era porque no estaba tan apretada como lo demás? Pero eso ya lo había descubierto: la pringue de la boca estaba menos dura.

Así que, sin saber bien qué otra cosa hacer, mordí con fuerza. Para mi sorpresa, los dientes cortaron la sustancia y el trozo me

cayó de la boca. De repente, toda la manta de alquitrán, todo el que nos cubría a Bastille, Kaz y a mí, y al suelo, se agitó.

«¿Cómo?», pensé. La porquería que había mordido se licuó de inmediato y estuve a punto de ahogarme al tener que tragarla. El trozo que tenía en la cara se retiró un poco tras el mordisco y lo vi agitarse... Casi como si toda la masa... estuviera viva.

Me estremecí, pero no tenía más opciones. Moví un poco la cabeza —estaba más suelta gracias a que parte de la pringue se había apartado de la cara— y la eché hacia delante para darle otro mordisco. Tembló y se retiró un poco más. Me incliné y —escupiendo el pedazo de porquería con sabor a plátano alquitranado — le di otro mordisco.

La manta de pringue se retiró de mí por completo, como un perro tímido al que le han pegado una patada. La metáfora parecía adecuada, así que también atacué con el pie.

La masa se estremeció y se apartó de Bastille y Kaz para después huir por el pasillo. Escupí unas cuantas veces, haciendo muecas por culpa del sabor. Después miré a los Conservadores.

—Deberíais entrenar mejor a vuestras trampas.

No parecían contentos. Kaz, por otro lado, sonreía de oreja a oreja.

—Chaval, ¡casi que me dan ganas de nombrarte oficialmente persona pequeña!

—Gracias.

—Por supuesto, tendríamos que cortarte las piernas a la altura de las rodillas —añadió—. ¡Pero sería un pequeño precio a pagar!

Me guiñó un ojo. Estoy bastante seguro de que era una broma.

Sacudí la cabeza y salí del cuadrado de suelo reventado por mi Talento. Los zapatos apenas me aguantaban en los pies, así que me los quité de un par de patadas y tuve que seguir descalzo.

Aun así, nos había liberado. Me volví hacia Bastille, sonriente.

—Bueno, creo que con esta ya te he salvado de dos trampas.

—¿Ah, sí? ¿Y también vamos a contar las trampas en las que me has hecho caer? ¿Me recuerdas quién ha activado esta?

Me puse colorado.

—Cualquiera de nosotros podría haberla activado, Bastille —dijo Kaz mientras se acercaba a nosotros—. Aunque ha sido divertido, empiezo a pensar que sería buena idea no disparar ninguna más. Debemos tener más cuidado.

—¿Tú crees? —repuso Bastille—. El problema es que no puedo adelantarme para comprobarlo si tú nos guías con tu Talento.

—Pues tendremos que ser más cautos —respondió Kaz.

Yo le eché un vistazo a la trampa y pensé en el peligro. No podíamos permitirnos caer en todas las que encontráramos. ¿Quién sabía si seríamos capaces de salir de la siguiente?

—Kaz, Bastille, esperad un segundo.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué las lentes. En vez de las de soplartormentas, me coloqué las de discernidor, las que el abuelo Smedry me había dejado arriba.

De inmediato, todo lo que me rodeaba empezó a emitir un tenue resplandor que indicaba su antigüedad. Miré abajo. Efectivamente, la trampa brillaba bastante más que las piedras o los pergaminos que la rodeaban. Era más reciente que la construcción original del edificio. Levanté la mirada, sonriendo.

—Creo que he encontrado una solución al problema.

—¿Son lentes de discernidor? —preguntó Bastille.

Asentí con la cabeza.

—¿De dónde arenas las has sacado?

—Me las dejó el abuelo Smedry fuera, con una nota. —Fruncí el ceño y miré a los Conservadores—. Hablando de lo cual, ¿no me dijisteis que me devolveríais mis escritos?

Las criaturas se miraron entre sí. Entonces, una de ellas se acercó y me miró con cara de pocos amigos. La aparición se agachó y dejó algunas cosas en el suelo: copias de mis etiquetas, el envoltorio que me habían quitado y la nota del abuelo Smedry. También había copias del dinero que les había dado: eran réplicas perfectas, salvo que sin color.

«Genial —pensé—, pero es probable que ya no lo necesite.»

Me agaché para recogerlo todo y vi que brillaba mucho, ya que acababan de crearse. Bastille cogió la nota, la examinó con el ceño fruncido y se la entregó a Kaz.

—Entonces, tu padre está aquí de verdad —dijo.

—Eso parece.

—Y... los Conservadores afirman que ya ha entregado su alma.

Guardé silencio. «Me devolvieron los papeles cuando se los pedí —pensé— y no dejan de intentar que aceptemos entregar nuestras almas, pero no se las llevan a la fuerza. Deben seguir unas normas.»

Tendría que haberme dado cuenta antes. Veréis, todo sigue unas normas. La sociedad tiene leyes, igual que la naturaleza y la gente. Muchas de las reglas de la sociedad están relacionadas con las expectativas —de las que hablaré más tarde— y, por tanto, pueden adaptarse. Sin embargo, muchas de las leyes de la naturaleza son inamovibles.

Son más de las que os imagináis. De hecho, incluso hay leyes de la naturaleza que tienen que ver con este libro, de las cuales mi favorita es conocida como la Ley de la Genialidad Pura y Dura. Esta ley establece, simplemente, que cualquier libro escrito por mí es genial. Lo siento, pero es un hecho.

¿Quién soy yo para discutirle nada a la ciencia?

—Oye —dije, mirando a un Conservador—, vosotros tenéis leyes, ¿verdad?

El Conservador se calló un momento.

—Sí —respondió al fin—. ¿Quieres leerlas? Puedo darte un libro que las explica detalladamente.

—No, no, no quiero leerlas. Quiero que me las cuentes tú.

El Conservador frunció el ceño.

—Estás obligado a contármelas, ¿verdad? —pregunté, sonriendo.

—Es un honor para mí —respondió la criatura, que empezó a sonreír—. Por supuesto, tengo que contártelas en su idioma original.

—Nos impresiona que hables griego clásico —dijo otra—. Has venido preparado para vernos. Pocos lo hacen estos días.

—Pero —susurró otra—, dudamos de que sepas hablar faxdariano antiguo.

«Que hablo griego clásico...», pensé, desconcertado. Entonces caí: «¡No saben lo de mis lentes de traductor! Creen que, como los entendí al principio, debo de conocer el idioma.»

—Ay, pues no sé —dije como si nada mientras me cambiaba las lentes de discernidor por las de traductor—. Probad.

—Ja —dijo una de ellas en un idioma muy extraño que consistía, sobre todo, en sonidos de escupitajos. Como siempre, las lentes de traductor me permitieron escuchar las palabras en mi idioma—. El muy bobo cree que conoce nuestra lengua.

—Pues dale las reglas —siseó otra.

—Primera regla —dijo la que tenía delante—: si alguien entra en nuestros dominios con algo escrito, lo separamos de su grupo y exigimos que nos lo entregue. Si se resiste, podemos llevarnos los escritos, pero debemos devolverle las copias. Podemos retenerlas una hora pero, si no nos las piden antes de que pase, nos las podemos quedar.

»Segunda regla: podemos llevarnos las almas de los que entren, pero solo si nos las ofrecen libre y legalmente. Podemos coaccionar a las almas, pero no obligarlas.

»Tercera regla: podemos aceptar o rechazar el contrato para entregar un alma. Una vez escrito, debemos ofrecer el libro específico solicitado y la persona debe firmar el contrato que certifica que el libro satisface su solicitud. No podemos llevarnos su alma durante el tiempo que especifique el contrato. Ese tiempo no puede sobrepasar las diez horas. Si una persona saca un libro de su estante sin un contrato, podemos quedarnos con su alma al cabo de diez segundos.

Me estremecí. Diez segundos o diez horas no parecían importar demasiado. De todos modos, perdías tu alma. Por experiencia

propia, solo hay un libro por el que merezca la pena entregar tu alma... y lo tenéis ahora mismo entre las manos.

Acepto tarjetas de crédito.

—Cuarta regla —siguió diciendo el Conservador—: no podemos hacer daño de forma directa a los que entran.

«De ahí las trampas —pensé—. Técnicamente, cuando las activamos, nos hacemos daño nosotros solos.»

Seguí mirando al frente sin variar de expresión, comportándome como si no comprendiera ni una palabra de lo que decían.

—Quinta regla: cuando una persona entrega su alma y se convierte en Conservador, debemos entregar sus posesiones a sus familiares, si es que un miembro de su familia se presentara en la biblioteca para reclamarlas.

»Y la sexta y más importante de las reglas: somos los protectores del conocimiento y la verdad. No podemos mentir si se nos plantea una pregunta directa.

El Conservador guardó silencio.

—¿Ya está? —pregunté.

Si nunca habéis visto a un grupo de Conservadores fantasmales con ojos llameantes dar un brinco de sorpresa... Vale, vamos a suponer que nunca habéis visto a un grupo de Conservadores fantasmales con ojos llameantes dar un brinco de sorpresa. Baste decir que la experiencia fue bastante divertida, aunque de un modo espeluznante.

—¡Habla nuestro idioma! —siseó uno.

—Imposible —repuso otro—. Nadie que no pertenezca a la biblioteca lo conoce.

—¿Podría ser Tharandes?

—¡Habría muerto hace milenios!

Bastille y Kaz me observaban. Les guiñé un ojo.

—Lentes de traductor —siseó de repente uno de ellos—. ¿Veis?

—Imposible —repuso otro—. Nadie puede haber reunido las Arenas de Rashid.

—Pero ha... —dijo un tercero—. ¡Sí, deben de ser las Lentes de Rashid!

Los tres fantasmas parecían aún más sorprendidos que antes.

—¿Qué está pasando? —susurró Bastille.

—Te lo contaré dentro de un momento.

Según las reglas de los Conservadores, solo había un modo de descubrir si mi padre de verdad había ido a la Biblioteca de Alejandría y había entregado su alma.

—Soy el hijo de Attica Smedry —le dije al grupo de criaturas—. He venido a por sus efectos personales. Vuestras leyes establecen que debéis entregármelos.

Se hizo el silencio.

—No podemos —respondió al fin uno de ellos.

Suspiré de alivio. Si mi padre había ido a la biblioteca, no había vendido su alma. Los Conservadores no tenían sus efectos personales.

—No podemos —siguió diciendo la criatura mientras los dientes de la calavera empezaban a curvarse en una malvada sonrisa— porque ya los hemos entregado.

La conmoción fue como una puñalada. «No. ¡No puede ser!»

—¡No os creo! —susurré.

—No podemos mentir —dijo otra—. Tu padre vino a nosotros y nos vendió su alma. Solo quería tres minutos para leer el libro; después se lo llevaron para convertirse en uno de nosotros. Sus efectos personales han sido reclamados hoy mismo.

—¿Por quién? —exigí saber—. ¿Quién los reclamó? ¿Mi abuelo?

—No —respondió el Conservador, esbozando una sonrisa cada vez más amplia—. Los reclamó Shasta Smedry. Tu madre.

Capítulo 12



Me gustaría disculparme por la introducción del capítulo anterior. Creo que este libro, aunque a veces resulte inesperado, no debería perder el tiempo con animales de granja anarquistas, tengan o no bazucas. Es una tontería y, como aborrezco las tonterías, me gustaría pedirlos un favor.

Volved dos capítulos atrás, donde ahora la introducción tendrá los párrafos del conejo (esos que recortasteis del capítulo 11 y pegasteis en el capítulo 10). Volved a recortar estos párrafos, id a buscar un libro de Jane Austen y pegadlos allí. Seguro que en ese libro serán mucho más felices, ya que a Jane le gustaban mucho los conejos y las bazucas, o eso me cuentan. Tiene que ver con lo de ser una joven dama correcta y formal del siglo XIX. Pero eso es otra historia.

Caminaba con la cabeza gacha, examinando el suelo por si había trampas. Llevaba otra vez las lentes de discernidor, después

de haber guardado en su bolsillo las de traductor.

Empezaba a aceptar que mi padre —un hombre al que nunca había conocido, pero que había cruzado el mundo para encontrar— podría estar muerto. O peor que muerto. Si los Conservadores decían la verdad, a Attica le habían arrancado el alma y después la habían utilizado para alimentar la creación de otro retorcido Conservador de Alejandría. Nunca lo conocería, nunca me reuniría con él. Mi padre ya no existía.

Igual de inquietante era el hecho de que mi madre estuviera en algún lugar de aquellas catacumbas. Aunque siempre la hubiera conocido como la señora Fletcher, su nombre real era Shasta (como muchos Bibliotecarios, tenía nombre de montaña).

La señora Fletcher —o Shasta, o como se llamase— había sido mi trabajadora social durante los años que había pasado de acogida en las Tierras Silenciadas. Siempre me había tratado con dureza, nunca me había dado ninguna pista de que, en realidad, se trataba de mi madre biológica. ¿Tendría algo que ver con el retorcido Hueso del Escriba medio humano que me perseguía? ¿Cómo había sabido del viaje de mi padre a Alejandría? ¿Y qué haría si me encontraba allí?

Algo brillaba en el suelo, frente a nosotros, con un poco más de intensidad que las piedras que lo rodeaban.

—Parad —les ordené a Bastille y a Kaz, que se quedaron inmóviles—. Trampa, ahí mismo.

Bastille se arrodilló.

—Aquí está, sí —dijo, impresionada.

La rodeamos con cuidado y seguimos adelante. Durante la última hora de camino habíamos dejado atrás los pasillos repletos de pergaminos. Cada vez encontrábamos con más frecuencia otros pasillos llenos de estanterías. Estos libros también estaban mohosos, con agrietadas encuadernaciones en cuero, pero, obviamente, eran más recientes que los pergaminos.

Todos los libros jamás escritos. ¿En alguna parte de aquel lugar habría una sala llena de novelas románticas en rústica? La idea me

divertía, pero no sabía bien por qué. Los Conservadores afirmaban reunir conocimientos. Les daba igual qué clase de historias o hechos contuvieran los libros: lo recopilaban todo, lo almacenaban y lo mantenían a salvo. Hasta que alguien quisiera vender su alma por él.

Me daba mucha pena cualquier persona a la que engañaran para que vendiera su alma a cambio de una mala novela rosa.

Seguimos adelante. En teoría, el Talento de Kaz nos conducía hacia Australia, pero me daba la impresión de que caminábamos sin rumbo. Teniendo en cuenta la naturaleza de su Talento, seguramente era buena señal.

—Kaz —le dije—, ¿conocías a mi madre?

Él me miró.

—Claro que sí. Era... Bueno, es... mi cuñada.

—¿No se divorciaron?

Kaz negó con la cabeza.

—No sé bien qué pasó; está claro que tuvieron alguna pelea. Tu padre te entregó para que te criaran en hogares de acogida y tu madre eligió un trabajo desde el que vigilarte. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Estuvimos todos en tu bautizo, Al. Aquel día, tu padre anunció que las Arenas de Rashid serían tu herencia. Todavía no estamos seguros de cómo te las hizo llegar en el momento preciso, en el lugar correcto.

—Lentes de oráculo —respondí.

—¿Tenía unas?

Asentí.

—¡Bellotas! Se supone que los profetas de Ventat solo tienen unas. Me pregunto dónde las encontraría Attica.

—Las mencionó en su carta —respondí, encogiéndome de hombros.

—Bueno, tu padre desapareció unos días después de anunciar tu legado, así que supongo que no hubo tiempo para el divorcio —añadió Kaz mientras asentía con aire pensativo—. Tu madre podría pedirlo, pero ¿para qué? Al fin y al cabo, perdería su Talento.

—¿Qué?

—Su Talento, Al —respondió Kaz—. Ahora es una Smedry.

—Solo por matrimonio.

—Da igual. El cónyuge de un Smedry obtiene el mismo Talento de su mujer o marido en cuanto el matrimonio es oficial.

Había dado por sentado que los Talentos eran genéticos, que se pasaban de padres a hijos, más o menos como el color de la piel o del pelo. Pero eso quería decir que eran otra cosa. Parecía importante.

«Algunas cosas no son lo que parecen —pensé—. El abuelo Smedry dijo que le preocupaba que mi madre solo se hubiera casado con mi padre por su Talento.»

Había supuesto que eso significaba que estaba fascinada por su Talento, como cuando alguien se casa con una estrella del rock por su habilidad con la guitarra. Sin embargo, no parecía propio de mi madre.

Ella quería un Talento propio.

—Entonces, el Talento de mi madre es...

—Perder cosas —respondió Kaz—. Como el de tu padre. —Sonrió; le brillaban los ojos—. No creo que haya averiguado cómo usarlo bien. Es una Bibliotecaria, cree en el orden, las listas y los catálogos. Para utilizar un Talento hay que ser capaz de perder el control de vez en cuando.

—¿Qué te pareció a ti? —le pregunté—. Cuando se casó con ella, me refiero.

—Me pareció que mi hermano era idiota —dijo Kaz—. Y así se lo dije, como es el deber solemne de los hermanos menores. Se casó con ella de todos modos, ese avellano cabezota.

«Lo que cabría esperar», pensé.

—Pero Attica parecía quererla —siguió diciendo Kaz con un suspiro—. Y, si te soy del todo sincero, no era tan mala como muchos Bibliotecarios. Durante un tiempo dio la impresión de que conseguirían que funcionara. Entonces... se desmoronó todo. Más o menos cuando naciste tú.

Fruncí el ceño.

—Pero fue agente de los Bibliotecarios todo el tiempo, ¿no? Solo quería el Talento de mi padre.

—Algunos siguen creyéndolo, pero de verdad que parecía sentir algo por él. Bueno..., no lo sé.

—Tenía que estar fingiendo —insistí.

—Si tú lo dices —repuso Kaz—. Es posible que tus prejuicios no te dejen pensar con claridad.

Negué con la cabeza.

—No, yo no hago eso.

—Ah, ¿no? —preguntó él, jocoso—. Vale, vamos a probar una cosa: ¿por qué no me hablas de tu abuelo? Finge que yo no sé nada sobre él y que me lo quieres describir.

—Vale —respondí, despacio—. El abuelo Smedry es un oculantista brillante que está un poco chiflado, pero que también es una de las figuras más importantes de los Reinos Libres. Tiene Talento para llegar tarde a las cosas.

—Muy bien —dijo Kaz—. Ahora hágame de Bastille.

La miré, y ella me lanzó una mirada amenazante.

—Bueno, Bastille es una crístina. Creo que es lo único que puedo decir sin que me lance algo.

—Me basta. ¿Y Australia?

—Parece un poco despistada, pero es buena persona —respondí, encogiéndome de hombros—. Es oculantista y tiene uno de los Talentos de los Smedry.

—Vale —respondió Kaz—. Ahora hágame sobre mí.

—Bueno, eres una persona pequeña que...

—Para.

Lo hice y lo miré, curioso.

—¿Por qué, con los otros, lo primero que has mencionado es su trabajo o su personalidad, mientras que lo primero que comentas sobre mí es mi altura?

—Pues...

Kaz se rio.

—No intento tenderte una trampa, chaval. Pero a lo mejor así entiendes por qué a veces me enfado tanto. El problema es que, cuando eres distinto, la gente empieza a definirte por lo que eres en vez de por quién eres.

Guardé silencio.

—Tu madre es Bibliotecaria —dijo Kaz—. Por eso, tendemos a pensar en ella primero como Bibliotecaria y después como persona. Nuestro conocimiento de ella como Bibliotecaria enturbia todo lo demás.

—No es buena persona, Kaz —respondí—. Estaba dispuesta a venderme a un oculantista oscuro.

—¿Ah, sí? ¿Qué dijo exactamente?

Rememoré el momento en que Bastille, Sing y yo, escondidos en la biblioteca, escuchamos la conversación entre la señora Fletcher y Blackburn.

—En realidad —dije—, no dijo nada. Fue el Oculantista Oscuro el que comentó algo así como: «También serías capaz de vender al chico, ¿verdad? Me impresionas.» Y ella se encogió de hombros, asintió o algo parecido.

—Entonces, no afirmó estar dispuesta a venderte —repuso Kaz.

—No contradijo a Blackburn.

—Shasta tiene sus propios objetivos, chaval —dijo Kaz, negando con la cabeza—. No creo que ninguno de nosotros pueda presumir de saber lo que se le pasa por la cabeza. Tu padre vio algo en ella. Sigo pensando que casarse con ella fue una tontería, pero, para ser Bibliotecaria, no estaba mal.

No me convencía. Mi sesgo contra los Bibliotecarios no era lo único que me hacía desconfiar de Sashta. Ella me había amonestado una y otra vez de pequeño, me decía que no valía para nada (ahora sé que intentaba obligarme a dejar de usar mi Talento, ya que temía que me encontraran los que buscaban las Arenas). En cualquier caso, durante todo aquel tiempo había sido mi madre y ni siquiera me había dado una pista.

Aunque... se había quedado conmigo, siempre me había cuidado.

Me quité la idea de la cabeza. Eso no tenía mérito: solo había estado esperando la oportunidad de hacerse con las Arenas de Rashid. El mismo día que llegaron, apareció para llevárselas.

—... no lo sé, Kaz —estaba diciendo Bastille—. Creo que la principal razón por la que la gente piensa primero en tu altura es por esa ridícula lista que tienes.

—Mi lista no es ridícula —respondió él, resoplando—. Es muy científica.

—¿Ah, sí? ¿No afirmas que «la gente pequeña es mejor porque tarda más en llegar caminando a los sitios y, por tanto, hace más ejercicio»?

—Eso está comprobado clínicamente —repuso Kaz, señalándola con el dedo.

—A mí me parece mucho suponer —respondí, sonriendo.

—Se te olvida la razón número uno —dijo—: no discutas con una persona pequeña. Siempre tiene razón.

—Menos mal que no afirmas que las personas pequeñas son más humildes —repuso Bastille con un bufido.

—Esa es la razón número treinta y seis —masculló Kaz en voz baja, al cabo de un momento—. Es que todavía no la había mencionado.

Bastille me miró a través de las gafas de sol y supe que estaba poniendo los ojos en blanco. Sin embargo, aunque no creyera lo que decía Kaz de mi madre, sí que me parecían válidos sus comentarios sobre cómo tratar a las personas.

Es más importante quiénes somos —es decir, la persona en la que nos convertimos haciendo lo que hacemos— lo que —por cierto— en realidad depende de quiénes somos —por ejemplo, yo me he convertido en oculantista— que es bastante divertido —haciendo cosas relacionadas con oculantistas— y no quiénes podemos ser —en realidad— que el aspecto que tengamos.

Por ejemplo, que yo utilice un montón de rayas cuando escribo es parte de lo que me hace ser como soy. Prefiero que me conozcan por eso —porque mola— que por tener una nariz grande. Que no la tengo, ¿eh? ¿Por qué me miráis así?

—¡Esperad! —exclamé, levantando una mano.

Bastille se quedó inmóvil.

—Trampa —dije, con el corazón acelerado: el pie de Bastille estaba suspendido a escasos centímetros de ella.

Bastille retrocedió y Kaz se agachó.

—Bien hecho, chaval. Menos mal que tienes esas lentes.

—Sí —respondí mientras me las quitaba para limpiarlas—. Supongo.

Todavía deseaba haber tenido un arma en vez de otras lentes que me enseñaban cosas al azar. ¿No habría sido igual de útil una espada?

Por supuesto, puede que lo piense porque me gustan mucho las espadas. Si me dan la oportunidad, seguramente cortaría mi tarta nupcial con una.

Sin embargo, tenía que reconocer que las lentes de discernidor me habían sido muy útiles. Quizás, en un primer momento, las hubiera menospreciado demasiado a la ligera. Las limpié y noté algo raro dentro de mí, como una indigestión, pero sin comida.

Sacudí la cabeza, me volví a poner las lentes y guie a los otros dos para esquivar la trampa. Mientras lo hacía, me di cuenta de algo interesante.

—Hay una segunda trampa un poco más allá.

—Cada vez son más listos —comentó Bastille—. Suponían que encontraríamos esta, pero esperaban que nos sintiéramos a salvo después de pasarla y que así caeríamos directamente en la segunda.

Asentí y miré a los Conservadores que flotaban detrás de nosotros. La sensación extraña de antes cada vez era más fuerte. Costaba explicarla, en realidad no era como estar mareado, sino como un leve picor en mis emociones.

—Tenemos que encontrar a Australia lo antes posible, Kaz —dijo Bastille—. ¿Es normal que tardemos tanto?

—Nunca se sabe, con el Talento. Puede que Australia no esté perdida. Si es eso, tardaré mucho más en encontrarla que a vosotros. Como ya he dicho antes, si no sé adónde ir, mi Talento no puede llevarme hasta allí.

A Bastille no le hizo gracia la respuesta.

—Quizá deberíamos empezar a buscar al anciano Smedry.

—Conozco bien a mi padre y estoy seguro de que no se ha perdido —repuso Kaz, masajeándose la barbilla—. A él nos costará aún más encontrarlo.

Apenas les prestaba atención. El picor seguía allí; no era la misma sensación que cuando me perseguía el cazador, pero sí similar...

—Entonces, ¿seguimos avanzando? —preguntó Bastille.

—Supongo —respondió Kaz.

—No —dije de repente, mirándolos—. Kaz, desactiva tu Talento. Bastille me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Hay alguien usando unas lentes por aquí cerca.

—¿El Hueso del Escriba que nos sigue?

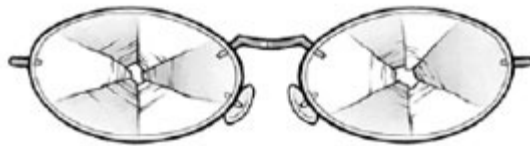
Negué con la cabeza.

—Son unas lentes normales, no de las retorcidas, como las que usa él. Significa que hay un oculantista cerca. —Guardé silencio un momento y señalé en una dirección—. Por allí.

Bastille miró a Kaz y dijo:

—Vamos a echar un vistazo.

Capítulo 13



Debo disculparme por la introducción del último capítulo. Me disculpé demasiado. Muchas disculpas llevo ya en este libro. Lo siento. Quiero demostraros que soy un mentiroso, no un pusilánime.

El tema es que nunca se sabe quién va a leer tus libros. He intentado escribir este tanto para los habitantes de las Tierras Silenciadas como para los de los Reinos Libres, y es difícil. No obstante, incluso dentro de las Tierras Silenciadas, la variedad de personas que podrían dar con este libro es increíble.

Podrías ser un chico con ganas de leer una historia de aventuras. Una chica que quiere investigar la verdad sobre la conspiración de los Bibliotecarios. Una madre que lee este libro porque se ha enterado de que muchos de sus niños lo están leyendo. O un asesino en serie que se especializa en leer libros para después buscar a sus autores y matarlos de mil formas horribles.

(Si por casualidad entras en esta última categoría, deberías saber que, en realidad, no me llamo Alcatraz Smedry ni Brandon Sanderson. De hecho, mi nombre real es Garth Nix y puedes

encontrarme en Australia. Oh, y una vez insulté a tu madre. ¿Qué vas a hacer al respecto, eh?)

En fin, que es muy difícil conseguir que todo el que lea mi libro se sienta reflejado en él, así que he decidido no intentarlo. En vez de eso, intentaré decir algo que no tenga ningún sentido: Flagwat, el feliz brote de soja.

Al fin y al cabo, el verdadero idioma universal es la confusión.

—La sensación procede de ahí —dije, señalando.

Por desgracia, «ahí» resultó ser al otro lado de una pared repleta de libros.

—Entonces..., ¿uno de esos libros es un oculantista? —preguntó Kaz.

Puse los ojos en blanco.

—Entiendo lo que dices —añadió, riéndose entre dientes—. Deja de comportarte como Bastille. Está claro que tenemos que encontrar el modo de rodear la pared. Debe de haber un pasillo al otro lado.

Asentí, pero... percibía las lentes muy cerca. Ya habíamos recorrido unas cuantas filas, llegados a este punto, y me daba la impresión de que estaba justo al otro lado de la pared.

Me quité las lentes de discernidor y me puse las de oculantista. Una de sus principales funciones era poner al descubierto los poderes oculantistas, así que la pared entera se iluminó con una intensa luz blanca. Retrocedí, sorprendido por aquel brillo tan potente.

—Brilla, ¿eh? —preguntó Bastille al acercarse.

Asentí con la cabeza.

—Qué raro, una zona tarda bastante en cargarse de poder oculantista. Las lentes que has percibido deben de llevar ahí bastante tiempo para que hayan empezado a iluminar lo que las rodea.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy segura. Cuando lo mencionaste, supuse que estaríamos cerca del abuelo Smedry o de Australia, ya que son los

únicos oculantistas que sabemos que están aquí abajo. Salvo, bueno, por tu padre, y él...

No quería pensar en eso.

—Es poco probable que sea el abuelo. Bajó muy poco antes que nosotros.

—¿Entonces?

Me quité las lentes de oculantista y me puse de nuevo las de discernidor. Caminé con precaución a lo largo de la pared de libros para examinar los ladrillos.

No tuve que buscar demasiado para descubrir que una parte de la pared era mucho más antigua que el resto.

—Ahí hay algo —dije—. Creo que quizá sea un pasadizo secreto o similar.

—¿Cómo lo activamos? —preguntó Bastille—. ¿Tiramos de uno de los libros?

—Supongo.

Uno de los siempre presentes Conservadores se acercó flotando.

—Sí, saca uno de los libros. Llévatelo.

Me detuve con la mano a medio camino del estante.

—No voy a sacarlo; solo quiero agitarlo un poco.

—Prueba —susurró el Conservador—. Da igual que elijas un libro o que se caiga por accidente: si lo apartas de su estante, aunque sea unos centímetros, tu alma es nuestra.

Bajé la mano. El Conservador parecía demasiado ansioso por evitar que intentara mover uno de los libros. «Es como si no quisiera que encontrara lo que hay ahí detrás.»

Examiné la estantería. Había espacio suficiente a un lado —entre esa estantería y la siguiente— para meter la mano en medio y tocar la pared de atrás. Respiré hondo y me apoyé en la estantería procurando no tocar ninguno de los libros.

—Alcatraz... —dijo Bastille, preocupada.

Asentí y coloqué con precaución la mano en la pared de atrás. «Si rompo esto y se cae la estantería, me costará mi alma.»

Las lentes de discernidor me avisaron de que esta parte de la pared de ladrillos era más antigua incluso que el resto de las paredes y del suelo. Lo que estuviera detrás de la pared estaba ya allí cuando los Conservadores se mudaron a la zona.

Liberé mi poder.

La pared se desmoronó, los ladrillos se soltaron del mortero. Nervioso, intenté mantener en su sitio la estantería mientras la pared se derrumbaba detrás de ella. Kaz corrió a sujetarla por el otro lado, y Bastille frenó con las manos los libros que se balanceaban ligeramente en sus estantes. Al parecer, nada de aquello bastaba para que los Conservadores tuvieran derecho a llevarse nuestras almas, porque se quedaron mirando con cara de pocos amigos al ver que no se salía ni un libro.



Me sequé la frente. Toda la pared de atrás había caído y sí que había una especie de habitación oculta.

—Eso ha sido una temeridad, Alcatraz —me regañó Bastille, cruzando los brazos.

—¡Es un verdadero Smedry! —exclamó Kaz entre risas.

Los miré a los dos, avergonzado de repente.

—Alguien tenía que tirar esa pared, no se podía pasar de otro modo.

—Te quejas de tener que tomar decisiones y después tomas una como esa sin tan siquiera preguntar —repuso Bastille tras

encogerse de hombros—. ¿Quieres estar al mando o no?

—Esto... Bueno... Es que...

—Genial —respondió mientras se asomaba entre las estanterías

—. Muy inspirador. Kaz, ¿crees que podemos pasar?

Kaz estaba descolgando una lámpara de la pared.

—Claro que sí, aunque tendremos que mover esa estantería.

Bastille la miró y después, suspirando, me ayudó a retirar la estantería unos centímetros de la pared. Por suerte, no perdimos ningún libro —ni ningún alma— en el proceso. Una vez que hubimos terminado, Kaz consiguió meterse por la abertura.

—¡Vaya! —exclamó.

Bastille, que estaba en aquel lado de la estantería, fue la siguiente. Por tanto, yo tuve que entrar el último, lo que me parecía bastante injusto teniendo en cuenta que había sido el descubridor del lugar. Sin embargo, se me pasó todo el enfado cuando entré en la cámara.

Era una tumba.

Había visto las suficientes pelis sobre arqueólogos chistosos para saber el aspecto que tenía la tumba de un faraón egipcio. En el centro había un enorme sarcófago rodeado de delicados pilares dorados. En las esquinas se amontonaban las riquezas: monedas, lámparas, estatuas de animales... El mismo suelo parecía hecho de oro puro.



Así que hice lo que habría hecho cualquiera que descubriera una antigua tumba egipcia: chillé de alegría y corrí a la pila de oro más cercana para recoger un puñado.

—¡Espera, Alcatraz! —exclamó Bastille mientras me agarraba por el brazo a velocidad crística.

—¿Qué? —pregunté, enfadado—. No irás a contarme alguna tontería sobre ladrones de tumbas o maldiciones, ¿verdad?

—Por todos los cristales rayados, no. Pero mira: esas monedas tienen palabras grabadas.

Miré a un lado y vi que tenía razón: cada moneda llevaba estampado un carácter extranjero que no era egipcio, por lo que yo sabía.

—¿Y? —pregunté—. ¿Qué más da si...?

Dejé la pregunta en el aire y miré a los tres Conservadores, que entraron flotando a través de la pared de una manera muy apropiada para un fantasma.

—Conservadores —dije—, ¿esas monedas cuentan como libros?

—Están escritas —respondió uno—. Papel, tela o metal, no importa.

—Puedes sacar una, si quieres —susurró otro, que se acercó flotando.

Me estremecí y miré a Bastille.

—Me has salvado la vida —le dije, medio entumecido.

Ella se encogió de hombros.

—Soy una crístina. Es lo que hacemos.

Sin embargo, sí que parecía caminar con algo más de confianza cuando fue a unirse a Kaz, que examinaba el sarcófago.

Deberíais haberos dado cuenta de que no podría llevarme ninguna moneda. Es lo que sucede en este tipo de historias: los personajes de los libros encuentran montañas de oro o tesoros ocultos por todas partes, pero, por supuesto, nunca pueden gastarse ni un céntimo. Lo que ocurre es que:

1) Lo pierden en un terremoto u otro desastre natural.

II) Lo meten en una mochila que se rompe en un momento cumbre, y todo el tesoro cae al suelo mientras los héroes huyen.

C) Lo utilizan para evitar que cierren su orfanato.

Estúpidos orfanatos...

En fin, que es muy común que los autores hagan cosas como estas en sus historias. ¿Por qué? Bueno, afirmaremos que es porque nos gusta enseñar a los lectores que la verdadera riqueza es la amistad, el cariño o alguna estupidez semejante. En realidad, es

que somos simplemente malvados. Nos gusta atormentar a nuestros lectores, y eso se traduce en atormentar a nuestros personajes. Al fin y al cabo, solo existe una cosa más frustrante que encontrar una pila de oro y que te la quiten.

Y eso es que te digan que al menos has aprendido algo con la experiencia.

Suspiré y dejé atrás las monedas.

—Venga, no lloriquees, Alcatraz —dijo Bastille mientras señalaba con indiferencia otra esquina de la habitación—. Mejor llévate algunos lingotes de oro. No parecen tener nada escrito.

Me volví y me di una palmada en la frente al darme cuenta, de repente, de que no estaba en una historia de ficción. Se trataba de una autobiografía y era completamente real, lo que significaba que la única «lección» que podía aprender de ella es que robar tumbas mola un montón.

—¡Buena idea! —exclamé—. Conservadores, ¿cuentan esos lingotes como libros?

Los fantasmas siguieron flotando mientras miraban con expresión hosca a Bastille.

—No —respondió uno al fin.

Sonreí y procedí a meterme unos cuantos en el bolsillo y unos cuantos más en la mochila de Bastille. Por si os lo estáis preguntando, sí, el oro pesa tanto como dicen, pero merece la pena cargar con él.

—¿No queréis de esto, chicos? —pregunté mientras me metía otro lingote en el bolsillo.

Kaz se encogió de hombros.

—Tú y yo somos Smedry, Alcatraz, amigos de reyes, consejeros de emperadores, defensores de los Reinos Libres. Nuestra familia es inmensamente rica y podemos comprar casi todo lo que queramos. Quiero decir, en fin, que ese dragón silimático que hemos estrellado seguramente valga más de lo que la mayoría de la gente puede gastarse en toda su vida.

—Ah —dije.

—Y yo hice una especie de voto de pobreza —añadió Bastille con una mueca.

Aquello era nuevo.

—¿En serio?

Ella asintió.

—Si me llevo ese oro, acabaría en manos de los caballeros de Cristalia... y ahora mismo estoy un poquito enfadada con ellos.

De todos modos, me metí algunos lingotes más en el bolsillo para ella.

—Alcatraz, ven a ver esto —dijo Kaz.

A regañadientes, dejé atrás el resto del oro y me acerqué, tintineante, a los otros dos. Estaban a poca distancia del sarcófago, pero no se acercaban a él.

—¿Qué pasa?

—Mira con atención —respondió Kaz, señalándolo.

Lo hice, entornando los ojos a la luz de la única lámpara con la que contábamos. Con cierto esfuerzo conseguí ver de lo que me hablaba: polvo; flotando en el aire, sin moverse.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—No lo sé —contestó Kaz—. Pero, si miras, hay una burbuja de suelo limpio alrededor del sarcófago. Sin polvo.

Había un gran círculo en el suelo que rodeaba todo el ataúd en el que o bien habían barrido el polvo o bien nunca había caído. Ahora que me daba cuenta, vi que el resto de la sala estaba mucho más polvoriento que la biblioteca. Allí hacía tiempo que no entraba nadie.

—Este sitio tiene algo raro —comentó Bastille mientras se apoyaba las manos en las caderas.

—Sí —respondí, frunciendo el ceño—. Esos jeroglíficos no se parecen a ningunos que haya visto antes.

—¿Y has visto muchos? —preguntó con una ceja arqueada para dejarme claro su escepticismo.

Me ruboricé.

—Bueno, a ver, no se parecen a los egipcios.

Costaba explicarlo. Como cabría esperar, las paredes estaban repletas de dibujitos dispuestos como si fueran palabras. Sin embargo, en vez de personas con cabezas de ganado o águilas, lo que había eran dibujos de dragones y serpientes. En vez de escarabajos, había extrañas formas geométricas que parecían runas. Por encima del umbral por el que habíamos entrado había...

—¡Kaz! —exclamé, señalando.

Se volvió y abrió mucho los ojos: allí, inscrito sobre la puerta, había un círculo dividido en cuatro secciones, con símbolos en cada una de las cuatro piezas; como el diagrama que Kaz me había dibujado en el suelo, el de las distintas clases de Talentos. La Rueda Encarnada.

Esta también tenía un circulito en el centro con su propio símbolo, además de un anillo alrededor del exterior, dividido en dos secciones, cada una con su propio carácter.



—Podría ser una coincidencia —dijo Kaz, despacio—. Quiero decir que no es más que un círculo dividido en cuatro. No tiene por qué ser el mismo diagrama.

—Sí que lo es —respondí—. Lo noto.

—Bueno, puede que los Conservadores lo pusieran ahí —dijo Kaz—. Me vieron dibujarlo en el suelo y lo copiaron. Puede que lo hayan colocado ahí para que lo encontráramos y nos desconcertara.

Negué con la cabeza.

—Todavía tengo puestas las lentes de discernidor, y esa inscripción es tan vieja como el resto de la tumba.

—¿Qué dice? —preguntó Bastille—. ¿No sabremos así lo que es?

«¿Por qué no se me ha ocurrido a mí?», pensé, de nuevo avergonzado. Bastille era rápida, lo captaba todo al vuelo. O puede que yo fuera lento. Mejor no sigamos analizando esa posibilidad. Olvidad que lo he mencionado.

—¿Puedo leer ese texto sin perder mi alma? —pregunté.

Miramos a los Conservadores, y uno habló a regañadientes.

—Puedes. Pierdes tu alma si sacas o mueves un libro. Un símbolo en la pared puede leerse sin necesidad de sacarlo.

Tenía sentido. Si fuera tan sencillo obtener almas, los Conservadores no tenían más que colgar carteles y llevarse las almas de los que los leyeran.

Sin más dilación, me quité las lentes de discernidor y me puse las de traductor, que, de inmediato, interpretaron aquellos extraños símbolos.

—Los cuadrados del interior dicen lo que me enseñaste tú, Kaz —dije—. Tiempo, espacio, materia, conocimiento.

Kaz silbó.

—¡Bellotas! Eso significa que el que construyera este lugar sabía mucho sobre los Talentos de los Smedry y la teoría arcana. ¿Qué me dices del símbolo del centro del círculo? ¿Qué pone?

—Dice: «Romper» —respondí en voz baja.

«Mi Talento.»

—Interesante —repuso Kaz—. Le dan su propio círculo en el diagrama. ¿Qué es ese círculo exterior?

El anillo estaba dividido en dos piezas.

—Uno dice «Identidad» y el otro «Posibilidad».

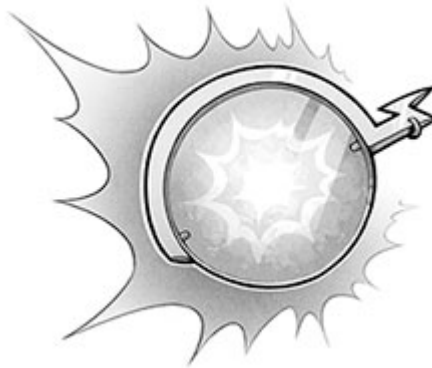
Kaz parecía pensativo.

—Filosofía clásica —dijo—. Metafísica. Al parecer, nuestro amigo muerto de ahí era alguna clase de filósofo. Tiene sentido, teniendo en cuenta que estamos bastante cerca de Alejandría.

No le estaba prestando demasiada atención. Lo que hice fue volverme, vacilante, para leer las palabras de las paredes. Mis

lentes de traductor me permitieron entenderlas al instante.
Y al instante deseé no haberlas entendido.

Capítulo 14



Ha llegado el momento de daros una clase de historia.

Dejad de quejaros, que esto no es un libro de aventuras, sino una autobiografía real. El objetivo no es entreteneros, sino educaros. Si queréis entretenimiento, id al colegio y escuchad los hechos imaginarios que se inventan vuestros profesores.

Los incarna. Hablé de ellos en mi último libro, creo. Son los que desarrollaron el idioma olvidado. En los Reinos Libres, todos están un poco molestos con ellos, ya que, al fin y al cabo, se suponía que los incarna poseían unos conocimientos fantásticos de la tecnología y la magia. Pero, en vez de compartir su sabiduría con el resto del mundo, crearon el idioma olvidado y después, de algún modo, consiguieron cambiar todos sus textos y escritos para que estuvieran redactados en ese idioma.

No, el idioma olvidado no era su método de escritura original. Todo el mundo lo sabe. Transformaron sus libros para dejarlos en

esa lengua. Es como... aplicar un programa de encriptación a un documento electrónico, salvo que afectó a todas las formas de escritura, ya estuvieran en papel, en metal o en piedra.

Nadie sabe cómo lo lograron. Eran una raza de superseres megaevolucionados y muy inteligentes. Seguramente podían convertir el plomo en oro, conceder la inmortalidad y preparar una fusión fría de muerte. No importa mucho. Nadie puede leer lo que dejaron.

Salvo yo. Con mis lentes de traductor.

Puede que ahora entendáis por qué los Bibliotecarios contrataron a un asesino retorcido y medio humano para perseguirme y cazarme, ¿verdad?

—¿Alcatraz? —preguntó Bastille, que al parecer se había dado cuenta de que me había quedado pálido—. ¿Qué pasa?

Me había quedado mirando la pared con aquellas extrañas palabras, intentando asimilar lo que leía. Me sacudió el brazo.

—¿Alcatraz? —preguntó de nuevo antes de mirar a la pared—. ¿Qué pone ahí?

Leí de nuevo las palabras.

Aquellos que visitéis este lugar de descanso, tened cuidado. Sabed que el Talento Oscuro ha sido liberado y ha caído sobre el mundo. No hemos logrado contenerlo.

Nuestros deseos nos han hecho caer bajo. Quisimos alcanzar los poderes de la eternidad y otorgárnoslos, pero con ellos hemos traído algo que no pretendíamos.

Tened cuidado con él. Protegedlo bien y usadlo con precaución. No confiéis en él. Hemos visto los posibles futuros y el final definitivo. Podría causar una gran destrucción, si se le permite.

La maldición de los incarna. Lo que retuerce, lo que corrompe, lo que destruye. El Talento Oscuro.

El Talento de Romper.

—Este lugar es importante —susurré—. Este lugar es muy, muy importante.

—¿Por qué? —preguntó Bastille—. Cristales rayados, Smedry, ¿cuándo me vas a contar lo que pone?

—Saca bolígrafo y papel —dije, arrodillándome—. Necesito escribirlo.

Bastille suspiró, pero hizo lo que le pedía y sacó ambas cosas de su mochila. Kaz se acercó a nosotros y me observó con interés mientras transcribía la escritura de la pared.

—¿Y qué idioma es? —pregunté—. Menciona a los incarna, pero no es el idioma olvidado.

—Es nalhalliano antiguo —respondió Kaz—. No sé leerlo, pero en la capital hay algunos investigadores que lo conocen. Cuando cayeron los incarna, los pocos que sobrevivieron acabaron viviendo en Nalhalla.

Terminé la traducción y entonces, de inmediato, me rodearon los tres Conservadores.

—Cuando se entra en la biblioteca, hay que entregar cualquier texto escrito —siseó uno—. Se te devolverá una copia en cuanto la hayamos terminado. Si no puede terminarse en una hora, te devolveremos el original.

Puse los ojos en blanco.

—¡De verdad, qué pesados! —exclamé.

Sin embargo, dejé que se llevaran la hoja y desaparecieran con ella.

Bastille tenía el ceño fruncido: había leído la traducción mientras la escribía.

—Esa inscripción da a entender que tu Talento es peligroso.

—Lo es. ¿Sabes cuántas veces han estado a punto de darme una paliza por romper algo en el momento menos oportuno?

—Pero...

Al final dejó la frase sin acabar porque estaba claro que percibía que yo no quería seguir hablando del tema.

Si os soy sincero, yo no sabía qué pensar. Ya era bastante raro encontrar un escrito antiguo que hablara de los Talentos de los Smedry, pero que, encima, advirtiera a la gente sobre el mío en concreto... Bueno, era un poco inquietante.

Fue la primera vez que intuí de verdad los problemas que se avecinaban. Los de los Reinos Libres me consideráis un salvador. ¿De verdad se me puede considerar un salvador si soy yo el que causó el problema que ayudé a arreglar?

—Espera un momento —dijo Bastille—. ¿No vinimos hasta aquí atraídos por unas lentes oculantistas? ¿Qué ha pasado con eso?

—Es verdad —dije, levantándome.

Todavía percibía las lentes en funcionamiento, aunque me había distraído con lo demás de la tumba.

Me cambié las lentes de traductor por otras de oculantista, pero tuve que bajar su potencia porque la habitación brillaba tanto que me deslumbraba. Después de hacerlo, vi las lentes que me habían llevado hasta aquel lugar: estaban en la tapa del sarcófago.

—Están ahí —dije, señalándolas—, encima del sarcófago.

—No me fío de esa cosa —repuso Kaz—. Ese círculo que lo rodea es muy raro. Deberíamos irnos, reunir a un equipo de investigación, volver y estudiar este sitio con detenimiento.

Asentí, ausente. Después me acerqué al sarcófago.

—¡Alcatraz! —exclamó Bastille—. ¿Vas a cometer otra estupidez temeraria?

—Sí —respondí tras volverme hacia ella.

—Oh —repuso, parpadeando—. Vale, pues no deberías. Que conste que me opongo. A lo que sea.

—Tomo nota de tu objeción.

—Pero... —empezó Bastille, aunque dejó de hablar cuando entré en el círculo de suelo limpio que rodeaba el sarcófago.

Todo cambió al instante. El polvo empezó a caer a mi alrededor, lanzando destellos como si se tratara de metal pulverizado. Las lámparas ardían con brillantes llamas en lo alto de los pilares que rodeaban el sarcófago. Era como si hubiera entrado en una

pequeña columna de luz dorada. De algún modo, había pasado de una tumba muerta hacía tiempo a un lugar lleno de movimiento.

Aquel lugar inspiraba reverencia. Me volví y me di cuenta de que Bastille y Kaz estaban fuera del anillo de luz, paralizados y con la boca abierta, como si fueran a hablar.

Me volví de nuevo hacia el sarcófago mientras el polvo caía despacio por el aire y lo salpicaba todo. Levanté una mano: efectivamente, el polvo era metálico y desprendía un resplandor amarillo. Polvo de oro.

¿Por qué me había metido a ciegas en el círculo, así, sin más?

Cuesta explicarlo. Imaginad que tenéis hipo. De hecho, no solo tenéis hipo, sino que tenéis Hipo, con mayúscula. La madre de todos los hipos. Lleváis con hipo toda la vida, sin un momento de descanso. Habéis hipado tanto que habéis perdido amigos, habéis hecho enfadar a todo el mundo y estáis bastante hartos de vosotros mismos.

Entonces, de repente, descubrís a un grupo de personas que tiene problemas similares. Algunos eructan todo el tiempo, otros no dejan de sorberse los mocos y otros tienen muchos gases. Todos dejan escapar ruidos irritantes, pero vienen de un lugar en el que eso mola mucho. Todos se quedan impresionados con vuestro hipo.

Pasáis un tiempo con esa gente y empezáis a sentir os orgullosos de vuestro hipo. Pero entonces pasáis junto a un cartel que menciona —por primera vez— que es probable que vuestro hipo acabe destruyendo el mundo.

Quizás os sintáis un poco como yo: confundidos, traicionados, inquietos. Deseando entrar en un extraño anillo de poder para enfrentaros, con suerte, a la persona que escribió el cartel.

Aunque dé la casualidad de estar muerta.

Aparté la tapa del sarcófago. Pesaba más de lo que esperaba y tuve que empujar con fuerza, de modo que cayó al suelo levantando polvo dorado.

Dentro había un hombre que no estaba ni un poquito descompuesto. De hecho, parecía tan vivo que di un bote.

El hombre del sarcófago no se movió. Me acerqué un poco más y lo miré. Debía de tener unos cincuenta años y llevaba una ropa antigua, una especie de falda con la que se envolvía la parte de arriba de las piernas y una holgada camisa tipo capa en la espalda que le dejaba el pecho al aire. Tenía una diadema dorada en la frente.

Le toqué la cara, vacilante (no finjáis que no habríais hecho lo mismo).

El hombre no se movió, así que, con cuidado, haciendo una mueca, le tomé el pulso. Nada.

Di un paso atrás. Ahora bien, es posible que alguna vez hayáis visto un cadáver. De verdad que espero que no, pero seamos realistas: a veces, la gente muere. Tienen que hacerlo; si no, las funerarias y los cementerios se quedarían sin negocio.

Los cuerpos muertos no parecen estar vivos. Los cadáveres suelen tener pinta de estar hechos de cera; más que gente, parecen maniqués.

Aquel cuerpo no tenía esa pinta. Las mejillas seguían sonrosadas; el rostro era surrealista porque parecía listo para tomar aliento en cualquier momento.

Miré a Bastille y a Kaz, y vi que seguían paralizados, como si el tiempo no se moviera para ellos. Miré de nuevo al cuerpo y, de repente, empecé a intuir lo que podría estar pasando.

Me puse las lentes de traductor y me acerqué a la tapa del sarcófago que estaba en el suelo. Allí, en ornamentadas letras, había un nombre:

Allekatrase, el portador de lentes, primer poseedor del Talento Oscuro.

Intrínsecamente, mis lentes de traductor me hicieron saber que la expresión «portador de lentes» sonaba distinta en nalhalliano antiguo. En aquel idioma, la palabra para «lentes» era *smaed* y la palabra para «persona que las usa» era *dary*.

Allekatrase, el portador de lentes. Allekatrase, Smaed-dary.
Alcatraz Smedry I.

El polvo dorado caía a mi alrededor y me iluminaba el pelo.

—Rompiste el tiempo, ¿verdad? —pregunté—. Kaz mencionó que eso decían algunas leyendas. Creaste una tumba para ti en la que el tiempo no pasaría, en la que descansar sin descomponerte.

Era el método de embalsamamiento definitivo. Sospecho que la costumbre egipcia de convertir a sus reyes en momias procede de la historia de Alcatraz Smedry I.

—Tengo tu Talento —le dije mientras me colocaba a su lado y lo miraba—. ¿Qué se supone que debo hacer con él? ¿Puedo controlarlo? ¿O siempre me controlará él a mí?

El cuerpo guardó silencio. Es lo que tienen los cadáveres: ni pizca de habilidades sociales.

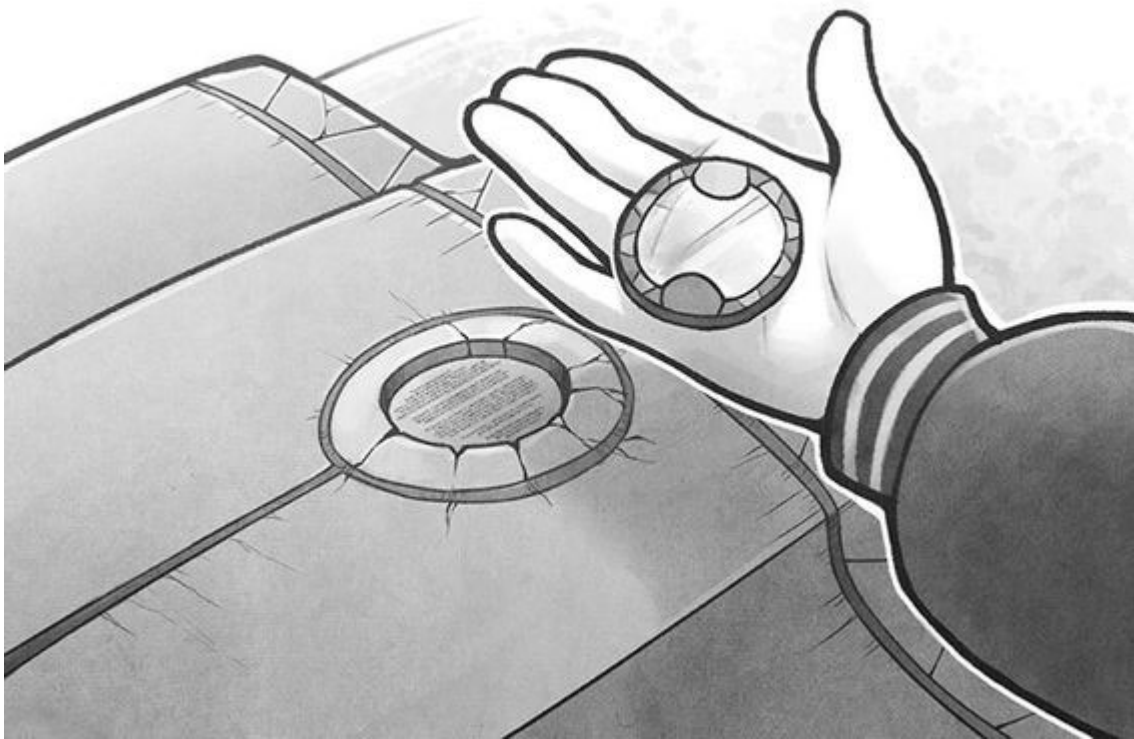
—¿Te destruyó? —pregunté—. ¿Por eso está ahí la advertencia?

El cuerpo parecía muy sereno. El polvo dorado empezaba a acumulársele en la cara. Al final suspiré y me arrodillé para examinar las lentes de la tapa del sarcófago. Eran completamente transparentes, no había color alguno que indicara lo que hacían. Sin embargo, sabía que eran potentes porque me habían atraído hasta allí.

Acerqué una mano e intenté desprenderlas. Estaban pegadas con fuerza, pero no pensaba dejar unas lentes tan poderosas en una tumba olvidada.

Toqué la tapa y liberé mi Talento. Al instante, las lentes se soltaron y salieron volando por los aires. Me pilló tan de sorpresa que conseguí agarrarlas por los pelos antes de que cayeran al suelo y se rompieran.

En cuanto las toqué, dejaron de emitir poder, aunque la extraña burbuja de tiempo siguió activa, de modo que no había sido cosa de las lentes.



Me dispuse a ponerme en pie, pero entonces me fijé en algo: en el punto donde antes estaban pegadas las lentes, había una inscripción. Habría quedado oculta bajo el cristal de las gafas, que tenían un papelito negro detrás para que no se viera el texto a no ser que se quitaran las lentes.

Estaba en nahhalliano antiguo. Con las lentes de traductor pude leerlo sin problemas.

A mi descendiente, decía la diminuta inscripción.

Si has liberado estas lentes es porque tienes el Talento Oscuro. Parte de mí se regocija, ya que significa que nuestra familia todavía lo protege y posee, como maldición nuestra que es.

Sin embargo, también estoy preocupado, ya que significa que no has descubierto el modo de desterrarlo. Mientras exista el Talento corruptor, será un peligro.

Estas lentes son las más preciadas de mi colección. Otras se las he legado a mi hijo. No hay nada que temer de su Talento menor, aunque también esté corrompido. Solo cuando el Talento puede Romper resulta peligroso. En todos los demás, simplemente mancilla lo que tienen.

Utiliza las lentes. Da a conocer esta información, si se ha olvidado.

Y cuida bien de la carga, bendición y maldición que se te ha otorgado.

Me senté para intentar decidir lo que pensaba de aquellas palabras. Deseaba haber tenido algo para escribirlas, pero después pensé que mejor no copiar el texto, ya que los Conservadores se llevarían lo que escribiera y, si todavía no conocían la inscripción, no quería que lo hicieran.

Me levanté. Con algo de esfuerzo conseguí volver a colocar la tapa del sarcófago. Después apoyé la mano en la inscripción y, de algún modo, la rompí. El texto de las letras se embarulló y se convirtió en un galimatías que ni mis lentes de traductor fueron capaces de descifrar.

Retiré la mano, sorprendido. Nunca antes había hecho algo así. Me levanté en silencio e incliné la cabeza para despedirme solemnemente del sarcófago, que había sido grabado con la cara del hombre que yacía dentro.

—Haré todo lo que pueda —dije.

Después salí del círculo.

La luz menguó. La habitación volvió a ser mohosa y vieja, y Bastille y Kaz empezaron a moverse.

—... no creo que sea buena idea —dijo Bastille.

—Vuelvo a tomar nota de tu objeción —respondí mientras me limpiaba el polvo dorado de los hombros, donde se había acumulado como si fuera la caspa del rey Midas.

—¿Alcatraz? —preguntó Kaz—. ¿Qué acaba de pasar?

—El tiempo avanza de otro modo ahí dentro —respondí mientras volvía la vista hacia el sarcófago.

Nada parecía haber cambiado: el polvo seguía flotando en el aire y las lámparas estaban apagadas. Sin embargo, las lentes ya no estaban en la tapa, sino en mi mano.

—Creo que entrar en ese círculo te hace viajar en el tiempo hasta el momento de su muerte —dije—. Algo así. No estoy del todo seguro.

—Eso es... muy raro —repuso Kaz—. ¿Has descubierto quién era?

Asentí y me quedé mirando las lentes.

—Alcatraz I.

Los otros dos guardaron silencio.

—Eso es imposible, Al —dijo Kaz—. He visto la tumba de Alcatraz I. Está en las catacumbas reales de Nalhalla. Se trata de una de las principales atracciones turísticas de la ciudad.

—Es falsa —respondió Bastille.

Los dos nos quedamos mirándola.

—La familia real la construyó hace unos mil años —respondió, apartando la mirada—. Como símbolo de la fundación de Nalhalla. A la realeza le molestaba no saber dónde estaba enterrado Alcatraz I, así que se inventaron un emplazamiento histórico falso para conmemorarlo.

Kaz silbó en voz baja.

—Supongo que tú lo sabrás mejor que nadie, Bastille. Menudo encubrimiento. Pero ¿por qué está aquí, en la Biblioteca de Alejandría, precisamente?

—Esta cámara es más antigua que las zonas que la rodean —respondí—. Diría que los Conservadores trasladaron su biblioteca aquí a propósito. ¿No fuiste tú el que me dijo que cambiaron su ubicación para tener más sitio?

—Cierto —respondió Kaz—. ¿Qué son esas lentes?

—No estoy seguro; las he encontrado en el sarcófago. Bastille, ¿las reconoces?

Ella negó con la cabeza.

—No están tintadas. Podrían hacer cualquier cosa.

—Puede que deba activarlas.

Bastille se encogió de hombros y Kaz no puso objeción, así que, aunque vacilante, lo intenté. No pasó nada. Miré a través de las lentes, pero no vi nada distinto en la sala.

—¿Nada? —preguntó Bastille.

Negué con la cabeza y fruncí el ceño. «Dijo que eran sus lentes más poderosas, así que ¿qué hacen?»

—Supongo que tiene sentido —dijo Kaz—. Estaban activas antes, es lo que te atrajo hasta aquí. Puede que solo sirvan para enviar una señal a otros oculantistas.

—Puede —respondí, poco convencido.

Me las guardé en el bolsillo de la chaqueta en el que antes llevaba mis lentes de prendefuegos.

—Deberíamos enseñárselas a mi padre. Él podría...

Siguió hablando, pero yo ya no le prestaba atención. Bastille actuaba de un modo extraño. De repente se había enderezado, tensa, y miraba a través de la pared rota.

—¿Bastille? —pregunté, cortando a Kaz.

—¡Cristales rayados! —exclamó ella antes de salir corriendo de la sala.

Kaz y yo nos quedamos pasmados.

—¿Qué hacemos? —preguntó él.

—¡Seguirla! —grité mientras salía del cuarto, con cuidado de no tropezar con la estantería de fuera.

Kaz me siguió tras coger la mochila de Bastille y sacar unas lentes de guerrero. Mientras corría a toda prisa por el pasillo, detrás de Bastille, él consiguió alcanzarme gracias a las mejoras que le facilitaban las lentes.

No tardé en darme cuenta de por qué los personajes de los libros tendían a perder su oro antes de que acabara la historia. Jo, cómo pesaba. A regañadientes, tiré gran parte de los lingotes y solo me quedé un par en el bolsillo.

Incluso sin el oro, no corríamos lo suficiente para seguir a una crístina.

—¡Bastille! —chillé mientras ella desaparecía a lo lejos.

No hubo respuesta. Kaz y yo llegamos a una intersección y nos detuvimos, resoplando. Habíamos acabado en otra parte de la biblioteca. Allí, en vez de filas de pergaminos o estanterías, había una especie de mazmorra. Veíamos un montón de pasillos entrecruzados y pequeñas habitaciones, con lámparas que titilaban en las paredes.

Para aumentar la confusión, algunos de los umbrales —incluso algunos de los pasillos— estaban protegidos con barrotes para que no se pudiera entrar. Sospechaba que aquella parte de la biblioteca estaba pensada como un laberinto, otra forma de frustrar a los visitantes.

Bastille, de repente, volvió corriendo hacia nosotros por un pasillo lateral.

—¿Bastille? —pregunté.

Ella lanzó un improperio y pasó junto a nosotros para seguir por otro pasillo lateral. Miré a Kaz, que se encogió de hombros, así que la seguimos otra vez.

Mientras corríamos, noté algo. Una sensación. Me quedé paralizado, lo que hizo que Kaz se parase en seco a mi lado.

—¿Qué? —preguntó.

—Está cerca.

—¿Quién?

—El cazador. El que nos persigue.

—¡Por la Unión Nacional de Profesores! —exclamó Kaz—. ¿Estás seguro?

Asentí con la cabeza. Más adelante oía chillar a Bastille. Nos pusimos en movimiento y dejamos a la derecha unos barrotes. A través de ellos se veía otro pasillo. Era muy sencillo perderse en aquella zona de la biblioteca.

Sin embargo, ya estábamos perdidos, así que, en realidad, no importaba. Bastille volvió corriendo y, esta vez, conseguí agarrarla

por el brazo antes de que se alejara corriendo. Ella se detuvo en seco con la frente sudorosa y ojos de loca.

—¡Bastille! ¿Qué está pasando?

—Mi madre. Está cerca y sufre. ¡No puedo llegar hasta ella porque uno de estos rayados pasillos es un callejón sin salida!

«¿Draulin? —pensé—. ¿Aquí?»

Abrí la boca para preguntarle a Bastille cómo podía saberlo, pero entonces percibí algo: aquella fuerza oscura y opresiva. La sensación retorcida y sobrenatural que emitían las lentes forjadas con sangre de oculantista. Muy cerca.

Miré por un pasillo lateral; las lámparas parpadeaban en sus paredes y, justo al final, vi una enorme reja de hierro que impedía el camino.

Al otro lado de la reja había una figura envuelta en sombras con un brazo más largo de lo normal y la cara deformada.

Y la figura blandía la espada crística de Draulin.



Capítulo 15



Es culpa mía.

Reconoceré la verdad: lo hice. Sin duda ya os habréis dado cuenta si es que habéis estado leyendo con atención. Me disculpo. De todos los trucos sucios que he empleado, este es, sin duda, el peor de todos. Me doy cuenta de que quizás os haya fastidiado el libro, pero no he podido evitarlo.

Veréis, hacer algo así de forma constante, durante más de catorce capítulos, me supuso todo un reto. Y siempre estoy dispuesto a aceptar un reto. Cuando lo averiguasteis seguramente pensasteis en lo listo que soy, aunque os ruborizarais. Sé que se supone que esto es un libro para críos, y creía que estaba tan bien escondido que no lo descubriríais. Imagino que era demasiado obvio.

Lo habría quitado, pero es que es demasiado genial. La mayoría de los lectores no lo encontrará, aunque está ahí, en cada capítulo, en cada página. El chiste literario más fantástico que he inventado.

Mis disculpas.

Me levanté para enfrentarme a la criatura en sombras, todavía sujetando el brazo de Bastille. Poco a poco entendí algo.

Me había equivocado al huir de la criatura: por eso se había dividido mi grupo. Ahora, el cazador podía acabar con nosotros de uno en uno, atraparnos en las catacumbas mientras corríamos de un lado a otro, desconcertados.

No podíamos seguir corriendo. Había llegado el momento de enfrentarse a ella. Tragué saliva y empecé a sudar. Es una de las razones por las que no soy un héroe: porque, aunque recorrí el pasillo en dirección a la criatura, arrastré a Bastille conmigo. Supuse que mejor ofrecer dos blancos que uno solo.

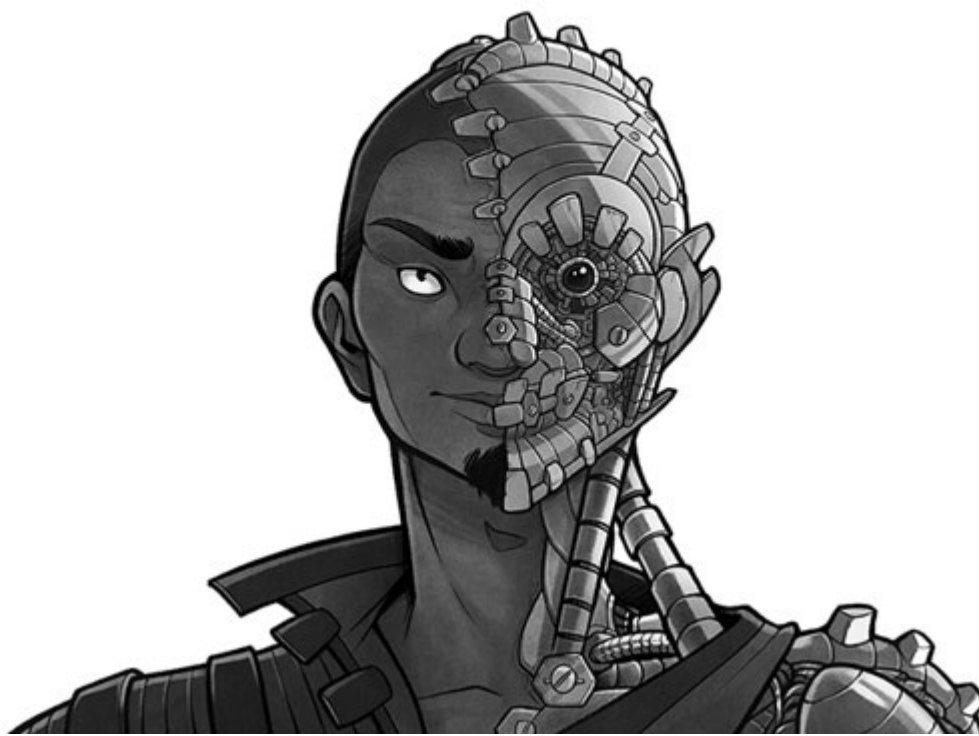
Mientras avanzábamos, con Kaz detrás, Bastille se recuperó un poco. Desenvainó su daga, y la hoja cristalina reflejó la luz titilante de las lámparas.

Al final del pasillo había un cuartito dividido por la mitad por una gran reja de hierro. El Hueso del Escriba estaba al otro lado de los barrotes. Sonrió al ver que me acercaba: los labios de la mitad de su cara se curvaron en una sonrisa maliciosa. La otra mitad de su cara imitó el movimiento, aunque estaba hecha de trocitos de metal que se retorcían y tintineaban, como el mecanismo de un reloj que se ha comprimido diez veces hasta aplastar todos los engranajes y clavijas.

—Smedry —dijo la cosa con la voz ronca, como si también hubiera despellejado los sonidos.

—¿Quién eres? —le pregunté.

La criatura me miró a los ojos. Había sustituido toda la mitad izquierda de su cuerpo por trozos de metal que se mantenían unidos gracias a una fuerza que yo no comprendía. Uno de sus ojos era humano. El otro era un pozo de cristal oscuro. Cristal de animador.



—Soy Kilimanjaro —respondió—. Me han enviado a recuperar un objeto.

Todavía llevaba puestas las Lentes de Rashid. Las toqué con el dedo y Kiliman asintió.

—¿De dónde has sacado esa espada? —pregunté para intentar ocultar mi nerviosismo.

—Tengo a la mujer —respondió—. Se la quité.

—Está aquí, Alcatraz —añadió Bastille—. Percibo su gema orgánica.

«¿Gema orgánica? —pensé—. Por las Primeras Arenas, ¿qué es eso?»

—¿Te refieres a esto? —preguntó Kiliman con voz profunda y chisporroteante.

Sostenía algo frente a él; parecía un fragmento de cristal del tamaño de dos dedos juntos. Estaba ensangrentado.

—¡No! —gritó Bastille antes de salir corriendo hacia los barrotes; la sujeté por el barrote y conseguí frenarla por los pelos.

—¡Bastille! ¡Te está provocando!

—¿Cómo has podido? —le gritó a la criatura—. ¡La vas a matar!

Kiliman bajó el cristal y lo metió en un saquito que llevaba atado al cinturón. Todavía sostenía la espada frente a él.

—La muerte es inmaterial, crístina. Debo recuperar lo que busco. Vosotros lo tenéis y yo tengo a la mujer. Haremos un intercambio.

Bastille cayó de rodillas y lo primero que pensé es que lloraba. Entonces vi que solo temblaba, pálida. Por aquel entonces no lo sabía, pero arrancar la gema orgánica del cuerpo de un cristin es un acto vulgar y espantoso hasta decir basta. Para Bastille, era como si Kiliman le hubiera enseñado el corazón de Draulin, todavía palpitante.

—¿Crees que voy a hacer un trato contigo? —pregunté.

—Sí —respondió él sin más.

No tenía el estilo malvado de Blackburn; nada de prepotencia ostentosa, ni de ropa elegante, ni de voz burlona. Sin embargo, el peligro silencioso que exudaba aquella criatura era, por algún motivo, más inquietante. Me estremecí.

—Cuidado, Al —dijo Kaz en voz baja—. Estas criaturas son peligrosas. Muy peligrosas.

Kiliman sonrió; después soltó la espada y alargó la mano. Grité al ver que llevaba unas lentes que se iluminaron y dispararon un rayo de luz helada.

Bastille se levantó sujetando la daga en la mano como si fuera una zarpa. Detuvo el rayo con la hoja cristalina y retrocedió, tambaleante. Logró contenerlo, pero por poco.

Gruñí, me quité las lentes de traductor y me puse las de soplatormentas. ¿Quería pelea? Pues la tendría.

Me puse las lentes y me concentré en el Hueso del Escriba antes de enviarle una potente ráfaga de viento. Se me taponaron los oídos y Kaz gritó por el repentino aumento de la presión. El viento golpeó a Kiliman y lo lanzó de espaldas, escupiendo trocitos de metal.

Kiliman gruñó, y sus lentes de creascarcha se apagaron. A mi lado, Bastille se hincó de rodillas de nuevo; vi que se le había puesto la mano azul y que la tenía cubierta de hielo. La hoja de su pequeña daga estaba agrietada por varios sitios. Como las espadas crístinas, podía repeler los poderes oculantistas, pero estaba claro que no la habían diseñado para soportar demasiados ataques.

Kiliman se enderezó y vi que los trozos de metal que se le habían caído se levantaban de un salto sobre unas piernecitas de araña. Las tuercas, los tornillos y los engranajes correteaban por el suelo, le subían por el cuerpo y volvían a unirse a la montaña ondulante y palpitante de chatarra.

Me miró a los ojos y gruñó mientras levantaba la otra mano. Me concentré de nuevo y le lancé otra ráfaga de viento, pero la criatura permaneció inmóvil. Después sentí que tiraban de mí. En la otra mano sostenía lo que Bastille había llamado lentes de tiravacío, las que chupaban el aire.

Las lentes tiraban de mí hacia los barrotes, aunque yo empujaba a Kiliman con las mías. Me resbalé, dando tumbos, cada vez más asustado.

De repente, unas manos me sujetaron por detrás y me enderezaron.

—¿Qué te dije, chaval? —me dijo Kaz por encima del ruido del viento—. ¡Esa cosa es mitad Animado! No puedes matarlo por medios convencionales. Y está utilizando lentes forjadas con sangre. ¡Serán más poderosas que las tuyas!

Tenía razón. Incluso con Kaz sujetándome, notaba que seguía arrastrándome hacia Kiliman. Aparté las lentes de soplatormentas de él y las concentré en la pared para que me impulsaran en dirección contraria.

Kiliman apagó las suyas.

Me sacudió la fuerza del viento contra la cara. Me tambaleé, derribé a Kaz y estuve a punto de caerme antes de apagar las lentes.

En aquel instante, Kiliman concentró las suyas en las lentes de traductor que yo tenía en la mano. Al parecer, las lentes de tiravacío —como las de soplаторmentas— podían concentrarse en un solo objeto. Las de traductor me salieron disparadas de entre los dedos.

Chillé, sorprendido, pero Bastille las agarró al vuelo cuando pasaron junto a ella. Se levantó, la daga en una mano, las lentes en la otra. Me coloqué a su lado y preparé mis lentes de soplаторmentas mientras intentaba no mirar las heridas heladas de la mano de Bastille.



Kiliman se levantó, pero no levantó sus lentes.

—Todavía tengo a la caballero —susurró mientras recogía la espada crística caída—. Morirá, ya que no sabéis dónde encontrarla. Solo yo puedo devolverle su gema orgánica.

Todos guardamos silencio. De repente, el rostro de Kiliman empezó a desintegrarse; a todos los trocitos de metal les brotaron piernas y le bajaron corriendo del cuerpo. La mitad de su cabeza, después el hombro y, finalmente, un brazo se transformaron en diminutas arañas metálicas que se colaron entre los barrotes que nos separaban, todas juntas como abejas en una colmena.

—Morirá —dijo el Hueso del Escriba, que conseguía hablar a pesar de que le faltaba media cara—. No miento, Smedry. Sabes que no miento.

Me quedé mirándolo sin vacilar, pero cada vez estaba más asustado. ¿Recordáis lo que decía de las elecciones? Me parece que da igual lo que elijas, siempre acabas perdiendo algo. En este caso, eran las lentes o la vida de Draulin.

—Te la entregaré a cambio de las lentes —dijo Kiliman—. Me enviaron a por ellas, no a por vosotros. Cuando las tenga, podréis marcharos.

Las arañas metálicas estaban entrando en el cuarto, pero se mantenían alejadas de Bastille y de mí. Kaz gruñó y por fin se puso de pie después de que lo hubiera empujado sin querer.

Cerré los ojos. ¿La madre de Bastille o las lentes? Deseé poder luchar de algún modo, pero las lentes de soplamentos no le hacían daño a aquella criatura; aunque pudiera empujarla, se limitaría a huir y a esperar a que muriera Draulin. Australia todavía estaba perdida en algún lugar de la biblioteca. ¿Sería la siguiente?

—Haremos el intercambio —dije en voz baja.

Kiliman sonrió; o, al menos, el trozo de cara que le quedaba sonrió. Después, a un lado, vi que varias arañas se subían a algo.

Una trampa en la sala en la que estábamos.

El suelo se hundió debajo de Bastille y de mí cuando las arañas activaron la trampa. Bastille gritó e intentó agarrarse al borde, pero no lo consiguió.

—¡Criadillas fritas! —exclamó Kaz por la sorpresa, aunque el pozo se había abierto a unos metros de él.

Vi de refilón su cara de pánico mientras me caía por el agujero.

Nos desplomamos casi diez metros y aterrizamos en un suelo demasiado blando. Yo lo hice boca abajo, pero Bastille —que se había girado para proteger las lentes de traductor que todavía aferraba en la mano— se raspó con la pared y cayó en una postura mucho más desmañada. Gruñó de dolor.

Sacudí la cabeza para intentar despejarla. Después me arrastré hasta Bastille. Ella gimió; tenía pinta de estar bastante más aturdida, incluso, que yo, pero estaba bien. Al final levanté la mirada hacia la luz de la boca del pozo. Kaz, preocupado, se asomaba por la abertura.

—¡Alcatraz! —chilló—. ¿Estáis bien los dos?

—Sí —respondí—. Creo que sí.

Toqué el suelo para intentar averiguar por qué había frenado nuestra caída. Al parecer, estaba hecho de una especie de tela acolchada.

—El suelo está acolchado —grité a Kaz—. Seguramente es lo que ha evitado que nos rompamos el cuello.

Era otra trampa de Conservadores, pensada para frustrarnos, pero no para matarnos.

—¿A qué ha venido eso? —oí a Kaz gritar a Kiliman—. ¡Acababan de aceptar tu trato!

—Sí —lo oí responder, a lo lejos—, pero los Bibliotecarios de mi orden tienen un dicho: «Nunca confíes en un Smedry.»

—Bueno, ¡pues no va a poder hacer ningún intercambio contigo si está atrapado en un pozo!

—Cierto, pero tú sí. Que te entregue las lentes de traductor y nos reunimos en el centro de la biblioteca. Tú eres el que tiene el poder de Viajar, ¿no?

Kaz guardó silencio.

«Esta criatura sabe mucho sobre nosotros», pensé, frustrado.

—Eres un Smedry —le dijo Kiliman a Kaz—, pero no un oculantista. Trataré contigo en vez de con el chico. Tráeme las lentes y te devolveré a la mujer, gema orgánica incluida. Sé rápido. Morirá dentro de una hora.

Hubo un momento de silencio solo roto por el gemido de Bastille al sentarse. Todavía tenía las lentes de traductor en la mano. Al final, Kaz asomó la cabeza por el pozo.

—¿Alcatraz? —me llamó—. ¿Estás ahí?

—Sí.

—¿Dónde iba a estar? —masculló Bastille.

—Está demasiado oscuro para veros —repuso Kaz—. En fin, que el Hueso del Escriba se ha marchado y no puedo atravesar los barrotes para seguirlo. ¿Qué hacemos? ¿Quieres que intente buscar una cuerda?

Me senté e intenté —con todas mis fuerzas— pensar en una forma de salir de aquel atolladero. La madre de Bastille se moría porque le habían arrancado del cuerpo un trozo de cristal. Kiliman la tenía y solo la entregaría a cambio de las lentes de traductor. Yo estaba atrapado en un pozo con Bastille, que se había llevado un golpe mucho peor que yo al caer, y no teníamos cuerda.

Estaba bloqueado, buscando una solución cuando no la había. A veces no hay salida, y darle vueltas no ayuda, por muy listo que seas. En cierto modo, es parecido a lo que escribí al inicio de este capítulo. ¿Recordáis la «cosa» secreta que afirmaba haber hecho en este libro? ¿Ese truco vergonzoso y astuto? ¿Lo habéis buscado? Bueno, pues hayáis encontrado lo que hayáis encontrado, no era lo que yo pretendía... porque no había ningún truco. No había mensaje oculto. No había ningún ardid ingenioso en los primeros catorce capítulos.

No sé si habéis invertido mucho tiempo en buscarlo, pero no puede haber sido más difícil que cuando yo intentaba encontrar el modo de salvar a Draulin y conservar mis lentes. Me estaba quedando sin tiempo y lo sabía. Debía tomar una decisión en aquel preciso instante.

Decidí quitarle las lentes a Bastille y lanzárselas a Kaz. Él las atrapó, aunque por los pelos.

—¿Tu Talento puede llevarte al centro de la biblioteca? —pregunté.

—Creo que sí, ahora que tengo una ubicación que buscar.

—Pues ve. Entrega las lentes a cambio de la vida de Draulin. Ya nos preocuparemos después por recuperarlas.

Kaz asintió.

—Vale. Esperad aquí. Buscaré una cuerda o algo y volveré a por vosotros cuando la madre de Bastille esté a salvo.

Desapareció un momento, pero regresó y volvió a asomarse.

—Antes de irme, ¿queréis esto? —preguntó, enseñando la mochila de Bastille.

Las botas de cristal de amarrador estaban dentro. Sentí una chispa de esperanza, aunque la descarté rápidamente: los laterales del pozo eran de piedra.

Además, aunque me liberara, todavía tendría que cambiar las lentes por Draulin; lo único que cambiaba era que lo habría hecho en persona. Sin embargo, en la mochila había comida. A saber el tiempo que pasaríamos dentro del pozo.

—Claro, suéltala —le dije.

Lo hizo, y yo me aparté a un lado y dejé que la mochila cayera sobre aquel suelo blando. Bastille ya estaba en pie, aunque apoyada, medio grogui, en la pared.

Por eso no deberían haberme nombrado líder. Por eso nadie debería hacerme caso. Incluso entonces, tomaba decisiones equivocadas. Un líder debe ser duro y capaz de tomar las decisiones correctas.

¿Creéis que la mía lo fue? Bueno, pues entonces seríais tan malos líderes como yo. Veréis, salvar a Draulin fue un error. Al entregar mis lentes de traductor, quizá salvara una vida, pero a un coste terrible.

Los Bibliotecarios obtendrían acceso a los conocimientos de los incarna. Sí, Draulin viviría, pero ¿cuántos morirían cuando la guerra

se volviera en contra de los Reinos Libres? Con la tecnología antigua a su disposición, los Bibliotecarios se convertirían en una fuerza que ya no podrían contener.

Había salvado una vida, pero condenado a muchas otras. Un líder no puede permitirse ser así de débil. Sospecho que Kaz lo sabía, y que por eso vaciló y preguntó:

—¿Seguro que quieres hacerlo, chaval?

—Sí —respondí.

En aquel momento, no pensaba en cosas como proteger el futuro de los Reinos Libres y demás. Solo sabía que no podía ser el responsable de la muerte de Draulin.

—De acuerdo —dijo Kaz—. Volveré a por vosotros, no os preocupéis.

—Buena suerte, Kaz.

Y desapareció.

Capítulo 16



Los escritores —sobre todo los narradores, como yo— escribimos sobre personas. Es irónico, ya que, en realidad, no sabemos nada sobre ellas.

Pensadlo bien: ¿por qué alguien se convierte en escritor? ¿Es porque le gusta la gente? Claro que no. Si no, ¿por qué elegir un trabajo en el que te pasas todo el día, todos los días, encerrado en tu sótano sin más compañía que la del papel, el lápiz y tus amigos imaginarios?

Los escritores odian a la gente. Si alguna vez habéis conocido a un escritor, sabréis que suelen ser individuos torpes y desaliñados que viven debajo del hueco de las escaleras, bufan a los que pasan por allí y se les olvida bañarse durante varias semanas seguidas. Y esos son los que tienen habilidades sociales.

Examiné las paredes del pozo.

Bastille estaba sentada en el fondo, a todas luces fingiendo ser una persona paciente. Funcionó casi tan bien como si una sandía

fingiera ser una pelota de golf (aunque no fue tan guarro y ni mucho menos tan divertido).

—Venga, Bastille —le dije, mirándola—. Sé que te sientes tan frustrada como yo. ¿En qué estás pensando? ¿Podría romper las paredes de algún modo? ¿Podríamos hacer una pendiente para subir?

—¿Y arriesgarnos a que la tierra y las piedras de detrás de la pared nos sepulten? —preguntó sin más.

Tenía razón.

—¿Y si intentamos trepar sin usar el Talento?

—Estas paredes son lisas y están pulidas, Smedry —me soltó—. Ni siquiera una crístina puede escalarlas.

—Pero si nos arrastramos con los pies en la pared, espalda contra espalda...

—Este agujero es demasiado ancho para eso.

Guardé silencio.

—¿Qué? —preguntó—. ¿No tienes más ideas geniales? ¿Y si saltamos? Venga, prueba unas cuantas veces.

Me dio la espalda para ponerse de cara a la pared y suspiró.

Fruncí el ceño.

—Bastille, esto no es propio de ti.

—¿Ah, no? ¿Cómo sabes tú lo que es propio de mí y lo que no? ¿Cuánto hace que me conoces? ¿Un par de meses? Y, de esos dos meses, ¿cuánto tiempo hemos pasado juntos? ¿Tres o cuatro días?

—Sí, pero... Bueno, quiero decir...

—Se acabó, Smedry. Nos han vencido. Kaz ya habrá llegado al centro de la biblioteca y habrá entregado las lentes. Lo más seguro es que Kiliman lo capture y deje morir a mi madre.

—A lo mejor encontramos el modo de salir de aquí y ayudar.

Bastille no parecía escucharme. Se sentó, se abrazó las rodillas y se quedó mirando la pared.

—Es cierto lo que decían sobre mí —susurró—. No me merecía ser caballero.

—¿Qué? —pregunté, poniéndome en cuclillas a su lado—. Bastille, eso es una tontería.

—Solo he participado en dos operaciones reales, esta y la de la infiltración en tu ciudad natal. En ambas ocasiones he acabado atrapada, incapaz de hacer nada. Soy una inútil.

—Todos hemos acabado atrapados. A tu madre no le ha ido mucho mejor.

Sin hacerme caso, siguió negando con la cabeza.

—Inútil. Tuviste que salvarme de esas cuerdas y después tuviste que volver a salvarme cuando nos cubrieron de brea. Y ni siquiera estoy contando la vez que me salvaste de caerme del *Dragonauta*.

—Tú también me has salvado a mí —repuse—. ¿Recuerdas las monedas? De no ser por ti, estaría flotando por ahí con los ojos en llamas ofreciendo libros ilícitos a la gente, como si fuera un camello en busca de una nueva víctima.

(Por cierto, chicos, ¿no os apetece un poquito de Dickens? Es alucinante, tío. Venga, que os doy los primeros capítulos de *Tiempos difíciles* gratis. Sé que volveréis a por *Historia de dos ciudades*.)

—Eso ha sido distinto —dijo Bastille.

—No, qué va. Mira, me has salvado la vida; no solo eso, sino que, sin ti, no sabría para qué se supone que sirven la mitad de estas lentes.

Ella me miró con el ceño fruncido.

—Lo estás haciendo otra vez.

—¿El qué?

—Animar a la gente. Como hiciste con Australia y como has hecho con todos nosotros en este viaje. ¿Qué pasa contigo, Smedry? ¿No quieres tomar decisiones, pero te empeñas en animarnos de todos modos?

Guardé silencio. ¿Cómo había sucedido aquello? La conversación iba sobre ella y, de repente, me la había lanzado de vuelta a la cara. (Después descubrí que lanzar cosas a la cara de la

gente —ya fueran palabras, conversaciones o cuchillos— es una de las especialidades de Bastille.)

Miré hacia la luz que titilaba débilmente en la habitación de arriba. Parecía evocadora y seductora, y, mientras observaba, me percaté de algo sobre mí. Aunque odiaba estar atrapado porque me preocupaba lo que les sucediera a Kaz y a Draulin, mi frustración tenía otro origen más importante.

Quería ayudar. No quería quedarme fuera. Quería estar al mando. Dejar las cosas en manos de los demás me costaba.

—Sí que quiero ser líder, Bastille —susurré.

Ella se agitó y se volvió para mirarme.

—Creo que todos, en el fondo, quieren ser héroes —seguí diciendo—. Pero los que más lo desean son los marginados, las chicas y los chicos que se sientan al fondo de la clase, esos de los que se ríen porque son distintos, porque destacan, porque... rompen cosas.

Me pregunté si Kaz entendería que había más de un modo de no ser normal. Todo el mundo era extraño de una forma o de otra. Todo el mundo tenía puntos débiles de los que burlarse. Yo sabía cómo se sentía, porque también lo había sentido.

No quería volver a ese punto.

—Sí, quiero ser un héroe. Sí, quiero ser el líder. Antes no hacía nada y soñaba con ser un referente para los demás. Con ser el que podía arreglar las cosas en vez de romperlas.

—Bueno, pues ya lo tienes —respondió—. Eres el heredero de la línea Smedry. Estás al mando.

—Lo sé. Y me aterra.

Ella me observó. Se había quitado las lentes de guerrero y vi que la luz de arriba se le reflejaba en los ojos, que me miraban con seriedad.

Me senté y sacudí la cabeza.

—No sé qué hacer, Bastille. Ser el crío que siempre se mete en líos no me preparó para esto. ¿Cómo decido si tengo que entregar mi arma más poderosa a cambio de la vida de una persona? Me

siento como... como si me ahogara. Como si estuviera sumergido en agua y no lograra subir nadando hasta la superficie.

»Supongo que por eso no paro de decir que no quiero ser el líder. Porque sé que si la gente me presta demasiada atención se dará cuenta de que lo estoy haciendo fatal. —Puse una mueca—. Como ahora mismo. Tú y yo, capturados; tu madre, moribunda; Kaz, camino del peligro; y Australia... ¿Quién sabe dónde estará Australia?

Guardé silencio sintiéndome todavía más tonto después de explicarlo, pero, curiosamente, Bastille no se rio de mí.

—No creo que lo estés haciendo fatal, Alcatraz. Estar al mando es difícil. Si va todo bien, nadie presta atención. Pero si algo va mal, siempre te echan la culpa. Creo que lo has hecho bien. Solo necesitas ganar confianza en ti mismo.

—Quizá —repuse, encogiéndome de hombros—. De todos modos, ¿qué sabes tú del tema?

—Pues...

La miré porque su tono de voz me despertó curiosidad. Algunas cosas sobre Bastille no acababan de encajar, en mi opinión. Parecía saber demasiado. Cierto, me había contado que quiso ser oculantista, pero eso no era suficiente explicación. Había más.

—Sí que sabes del tema —dije.

—Un poco —respondió, encogiéndose ella de hombros esta vez. Ladeé la cabeza.

—¿No te has dado cuenta? —preguntó, mirándome—. Mi madre no tiene nombre de cárcel.

—¿Y?

—Y yo sí.

Me rasqué la cabeza.

—Es verdad que no sabes nada de nada, ¿eh? —preguntó. Resoplé.

—Bueno, perdona por haberme criado en un continente completamente distinto del vuestro. ¿De qué estás hablando?

—Te llamas Alcatraz por Alcatraz I —respondió Bastille—. Los Smedry utilizan nombres como ese a menudo, nombres de su herencia. Los Bibliotecarios, después, han intentado desacreditarlos utilizándolos para sus cárceles.

—No eres una Smedry, pero tienes nombre de cárcel.

—Sí, pero mi familia también es... tradicional. Suelen usar nombres famosos una y otra vez, como la tuya. No es algo que haga la gente normal.

Parpadeé.

—Mi padre es un noble, Smedry —respondió tras poner los ojos en blanco al ver que no me enteraba—. Es lo que intento decirte: tengo un nombre tradicional porque soy su hija. Mi nombre completo es Bastille Vianitelle IX.

—Ah, vale.

Es algo así como lo que la gente rica, los reyes y los papas hacen en las Tierras Silenciadas: reutilizan nombres antiguos y añaden un número.

—Durante mi infancia, todos esperaban que me convirtiera en líder —dijo—. Solo que no se me da muy bien. No soy como tú.

—¡A mí tampoco se me da bien!

—Se te da bien la gente, Smedry —repuso ella, resoplando—. En cuanto a mí, no quiero liderar a nadie. La gente me fastidia.

—Deberías haberte convertido en novelista.

—No me gusta el horario. En fin, que puedo decirte que criarte aprendiendo a liderar tampoco supone gran diferencia. Una vida entera de entrenamiento solo te sirve para comprender lo inepta que eres.

Guardamos silencio.

—Entonces..., ¿qué pasó? —pregunté—. ¿Cómo acabaste siendo una crístina?

—Mi madre. No es noble, pero sí crístina. Siempre me presionó para que me convirtiera en caballero de Cristalia, decía que mi padre no necesitaba otra hija inútil revoloteando por allí. Intenté

demostrarle lo contrario, pero era de alta cuna y no podía hacer algo sencillo, como convertirme en panadera o carpintera.

—Así que intentaste convertirte en oculantista.

—Sí, y no se lo conté a nadie. Por supuesto, había escuchado que los poderes oculantistas eran genéticos, pero estaba decidida a demostrarles a todos que se equivocaban. Sería la primera oculantista de mi linaje, y mi madre y mi padre se quedarían impresionados.

»Bueno, ya has visto cómo acabó la idea. Así que me uní a los crístines, como mi madre siempre había dicho que debía hacer. Tuve que renunciar a mi título y a mi dinero. Ahora me doy cuenta de que fue una decisión estúpida. Soy peor crístina, incluso, que oculantista.

Suspiró y volvió a cruzar los brazos.

—Pero el tema es que, por un tiempo, creí que se me daría bien. Llegué a caballero antes que nadie, y enseguida me enviaron a proteger al viejo Smedry, que era una de las tareas más difíciles y peligrosas de los caballeros. Todavía no sé por qué decidieron que ese fuera mi primer trabajo. No tiene sentido.

—Es casi como si quisieran que fracasaras.

Se enderezó un momento.

—Nunca lo había pensado de ese modo. ¿Por qué iban a querer algo así?

—No lo sé, pero tienes que reconocer que suena sospechoso. Quizás el que estuviera a cargo de asignar las misiones sintiera celos de lo deprisa que habías llegado a caballero y quisiera verte fallar.

—¿Puede que al precio de la vida del anciano Smedry?

—A veces la gente hace cosas raras, Bastille —repuse, encogiéndome de hombros.

—Aun así, me cuesta creerlo. Además, mi madre formaba parte del grupo que asigna esas misiones.

—Parece difícil de complacer.

—Por decirlo suavemente. Llegué a caballero y lo único que comentó fue: «Asegúrate de estar a la altura de ese honor.» Creo que esperaba que metiera la pata en mi primer trabajo; quizá por eso fue en persona a recogerme.

No respondí, pero sabía que los dos estábamos pensando lo mismo: la madre de Bastille no podía ser la que deseaba que fracasase, ¿no? Parecía mucho suponer, aunque mi madre hubiera robado mi herencia y después me hubiera vendido a los Bibliotecarios. Así que quizá Bastille y yo hiciéramos buena pareja.

Me senté con la espalda pegada a la pared, mirando hacia arriba, y dejé a un lado los problemas de Bastille para volver a lo que había dicho antes. Sentaba bien dejar salir aquellos pensamientos. Al final, me había ayudado a aclararme con lo que sentía. Unos meses antes me habría conformado con ser normal. Ahora sabía que ser un Smedry significaba algo. Cuanto más tiempo representaba ese papel, más quería hacerlo bien; justificar el nombre que llevaba y estar a la altura de lo que mi abuelo y los demás esperaban de mí.

A lo mejor os parece irónico. Allí estaba, decidiendo con valentía que aceptaría el cetro que me había sido otorgado al azar. Y aquí estoy ahora, escribiendo mis memorias e intentando con todas mis fuerzas tirar ese cetro lo más lejos posible.

Quería ser famoso. Eso ya debería bastar para preocuparos. No confiéis nunca en un hombre que quiera ser un héroe. Hablaremos más sobre el tema en el siguiente libro.

—Menuda pareja hacemos, ¿eh? —comentó Bastille, sonriendo por primera vez desde que habíamos caído al pozo.

—Sí —respondí, también sonriente—. ¿Por qué será que mis momentos más reveladores surgen cuando estoy atrapado?

—Pues deberían encerrarte más a menudo.

Asentí. Entonces di un bote, porque algo salió flotando de la pared que tenía al lado.

—¡Aj! —exclamé antes de darme cuenta de que no era más que un Conservador.

—Toma —dijo, soltando una hoja de papel en el suelo.

—¿Qué es eso? —pregunté mientras lo recogía.

—Tu libro.

Era el papel que había escrito en la tumba, la inscripción sobre el Talento Oscuro. Eso significaba que llevábamos atrapados casi una hora. Bastille tenía razón: Kaz seguramente habría llegado ya al centro de la biblioteca.

El Conservador se alejó flotando.

—Tu madre... —empecé a decir mientras doblaba el papel—. Si recupera esa cosa de cristal, ¿se pondrá bien?

Bastille asintió.

—Entonces, como estamos aquí encerrados sin esperanza de rescate, ¿te importa contarme qué era ese cristal? Ya sabes, por matar el tiempo.

Bastille resopló, se levantó y se apartó la melena plateada. Me dio la espalda y vi un reluciente cristal azul incrustado en la piel de su nuca. Se veía con claridad por encima del cuello de la camiseta negra que llevaba remetida en los pantalones de su uniforme de estilo militar.



—Vaya —dije.

—En Cristalia crecen tres tipos de cristales —me contó mientras se soltaba otra vez el pelo—. Los del primer tipo los convertimos en espadas y dagas. Los del segundo se convierten en gemas orgánicas, que, en realidad, son lo que nos hace crístines.

—¿Para qué sirven?

—Para cosas —contestó al fin, tras una pausa.

—Muy específico, sí.

—Es un poco personal, Alcatraz —repuso, ruborizada—. Gracias a la gema orgánica puedo correr tan deprisa. Cosas así.

—Vale. ¿Y el tercer tipo de cristales?

—También es personal.

«Genial», pensé.

—No es importante, en realidad.

Mientras se sentaba, me fijé en algo: su mano —la que antes blandía la daga con la que había bloqueado las lentes de creascarcha— tenía la piel roja y agrietada.

—¿Estás bien? —le pregunté, señalándola.

—Lo estaré. Nuestras dagas se fabrican con gemas de espada inmaduras, así que no son capaces de resistir demasiado tiempo contra las lentes poderosas. Algo de hielo consiguió escaparse y darme en los dedos, pero se curará.

No me quedé demasiado convencido.

—A lo mejor deberías...

—¡Chsss! —dijo de repente, poniéndose de pie.

Yo también lo hice, con el ceño fruncido. Seguí la mirada de Bastille hacia la boca de nuestro agujero.

—¿Qué? —pregunté.

—Me ha parecido oír algo —contestó.

Esperamos en tensión. Entonces vimos sombras moviéndose por arriba. Bastille sacó la daga de su vaina, despacio, e incluso a oscuras vi que estaba cubierta de grietas. Ni idea de lo que esperaba hacer con ella a tanta distancia.

Al final, una cabeza se asomó al agujero.

—¿¡Hola!? —preguntó Australia—. ¿Hay alguien ahí abajo?

Capítulo 17



Espero que la última línea del capítulo anterior no os haya resultado demasiado emocionante. No era más que un sitio cómodo para acabar.

Veréis, los finales de capítulo son, en cierto modo, como los Talentos de los Smedry: desafían el tiempo y el espacio. (Solo con eso debería bastar para demostraros que las leyes tradicionales de la física de las Tierras Silenciadas no son más que una pila de calzoncillos sucios.)

Pensadlo bien. Al introducir un salto de capítulo, alargó el libro. Hacen falta más páginas y más espacios. Sin embargo, gracias a esos saltos de capítulo, el libro también es más corto. Lo leéis más deprisa. Incluso un gancho poco emocionante, como la aparición de Australia, os anima a pasar rápido la página y seguir leyendo.

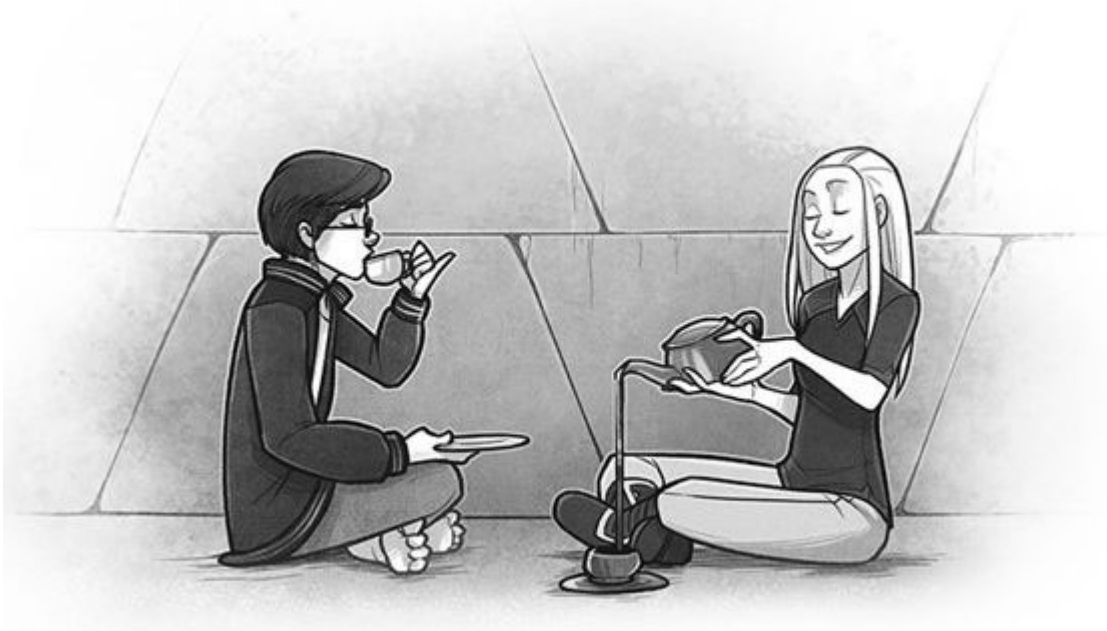
El espacio se distorsiona cuando lees un libro. El tiempo pierde relevancia. De hecho, si os fijáis bien, quizá veáis polvo dorado flotando a vuestro alrededor en estos momentos (y, si no, es que no os estáis esforzando lo suficiente; a lo mejor deberíais golpearos la cabeza con otra novela de fantasía bien gorda).

—¡Estamos aquí abajo! —le chillé a Australia.

A mi lado, Bastille puso cara de alivio y envainó la daga.

—¿Alcatraz? —preguntó Australia—. Estooo, ¿qué hacéis ahí abajo?

—Hemos parado a tomar el té —respondí—. ¿Tú qué crees?
¡Estamos atrapados!



—Qué tontos, ¿por qué os habéis dejado atrapar?

Miré a Bastille y ella puso los ojos en blanco: así es Australia.

—No es que tuviéramos elección —respondí.

—Una vez trepé a un árbol y no podía bajar —dijo ella—.
Supongo que es más o menos lo mismo, ¿no?

—Claro. Mira, necesitamos que busques una cuerda.

—Ah. ¿Y dónde voy a encontrar eso?

—¡No lo sé!

—Pues vale —respondió; suspiró con ganas y desapareció.

—No tiene remedio —comentó Bastille.

—Me empiezo a dar cuenta. Al menos sigue teniendo su alma. Temía que acabara metida en un buen lío.

—¿Como capturada por un miembro de Los Huesos del Escriba o encerrada en un pozo?

—Algo así —respondí mientras me arrodillaba.

No confiaba en que Australia nos sacara de allí. Ya había pasado con ella el tiempo suficiente para saber que probablemente no resultara de mucha ayuda.

(Y, por cierto, por eso no deberíais haberos emocionado tanto cuando apareció. Porque pasasteis la página rápidamente, ¿a que sí?)

Abrí la mochila de Bastille y saqué las botas con el cristal de amarrador en el fondo. Activé el cristal y acerqué una bota a la pared. Como esperaba, no se pegó porque solo funcionaban con el cristal.

—Bueno..., puede que sí que debemos intentar romper las paredes —comentó Bastille—. Probablemente acabemos sepultados en piedra, pero eso es mejor que estar aquí sentados, hablando sobre nuestros sentimientos y demás chorradas.

La miré, sonriendo.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada, que me alegro de tenerte de vuelta.

—¿Y bien? —preguntó, resoplando—. ¿Rompeamos? ¿Puedes hacerlo?

—Puedo intentarlo —respondí, pensativo—. Pero, bueno, parece una probabilidad remota.

—Y nunca hemos tenido que depender de algo así —comentó ella, irónica.

—Bien visto —apoyé las manos en la pared.

«El Talento Oscuro... Tened cuidado...»

Las palabras de la tumba me vinieron a la cabeza. El papel con la inscripción estaba en mi bolsillo, pero intentaba no pensar en él. Ahora que empezaba a comprender lo que era mi Talento, no parecía buen momento para dudar sobre su naturaleza.

Ya tendría tiempo de sobra para eso después.

Probé a enviar una ola de poder de rotura a la pared. Las grietas aparecieron bajo mis manos y se extendieron por la piedra. Trocitos de polvo y esquirlas nos cayeron encima, pero seguí adelante. La pared gruñó.

—¡Alcatraz! —exclamó Bastille, que me cogió del brazo y tiró de mí.

Me tambaleé, aturdido, y me aparté de la pared justo cuando un enorme trozo de piedra caía hacia dentro y golpeaba en el punto en el que había estado yo de pie hacía un momento. El suelo, blando y mullido, cedió bajo la piedra; más o menos como habría hecho mi cabeza si hubiese estado en medio. Solo que con mucha más sangre y gritos.

Me quedé mirando el trozo de piedra. Después miré arriba, a la pared: estaba agrietada y rota, y había otros fragmentos que también parecían a punto de caer.

—Vale, eso era de esperar —comentó Bastille—, pero qué tontos hemos sido, ¿eh?

Asentí y me agaché para recoger una de las botas de cristal de amarrador, deseando poder hacerla funcionar. La volví a acercar a la pared, pero se negó a pegarse.

—Eso no va a servir para nada, Smedry.

—En la roca hay silicio. Es lo mismo que el cristal.

—Cierto, pero no hay suficiente para que se pegue el cristal de amarrador.

Lo intenté de todos modos. Me concentré en el cristal, cerré los ojos y lo traté como si fueran unas lentes.

Durante los meses en los que el abuelo Smedry me había estado entrenando, había aprendido a activar las lentes tozudas. Tenía truco. Había que insuflarles energía. Darles parte de ti para hacerlas funcionar.

«¡Venga! —pensé, dirigiéndome a la bota, mientras la apretaba contra la pared—. En la pared hay cristal. Trocitos de cristal. Puedes pegarte. Tienes que pegarte.»

Había entrado en contacto con el abuelo Smedry a mucha más distancia de la que se suponía posible. Lo había logrado concentrándome mucho en mis lentes de mensajero, dándoles un empujón de poder adicional. ¿Sería capaz de hacer lo mismo con las botas?

Me pareció notar algo: la bota, que tiraba ligeramente hacia la pared. Me concentré más, haciendo un esfuerzo, cada vez más cansado, pero no me rendí. Seguí empujando mientras abría los ojos y me quedaba mirándola fijamente.

El cristal del fondo de la bota empezó a emitir un suave brillo. Bastille la miraba, asombrada.

«Venga», pensé otra vez. Noté que la bota me sacaba algo, me absorbía, se alimentaba.

Cuando aparté la mano con precaución, la bota se quedó donde estaba.

—Imposible —susurró Bastille al acercarse.

Me sequé la frente y esboqué una sonrisa triunfal.

Bastille fue a tocar la bota con cuidado y después la desprendió sin problemas de la pared.

—¡Eh! —exclamé—. ¿Es que no has visto lo que me ha costado que se pegue?

—Se ha soltado sin dificultad, Smedry —respondió, resoplando—. ¿De verdad esperas que suba por la pared con ella?

Me desinflé. Ella tenía razón: si me había costado tanto que una sola bota se mantuviera pegada, no había forma de reunir el esfuerzo suficiente para llegar hasta arriba.

—De todos modos, ha sido asombroso —comentó Bastille—. ¿Cómo lo has hecho?

—Solo introduje un poco de poder adicional en el cristal —respondí tras encogerme de hombros.

Bastille no respondió. Miró la bota y después me miró a mí.

—Esto es silimática —dijo—. Tecnología, no magia. No deberías haber sido capaz de hacerlo. La tecnología tiene sus límites.

—Creo que vuestra tecnología y vuestra magia están más relacionadas de lo que la gente cree, Bastille.

Ella asintió, despacio. Después se movió a toda prisa, colocó la bota otra vez en la mochila y cerró la cremallera.

—¿Todavía tienes las lentes de soplamentos? —preguntó.

—Sí, ¿por?

—Tengo una idea —respondió, mirándome a los ojos.

—¿Debería asustarme?

—Probablemente. La idea es un poco rara. Como una de las tuyas, de hecho.

Arqueé una ceja.

—Saca esas lentes —dijo ella mientras se echaba la mochila al hombro.

Lo hice.

—Ahora, rompe la montura.

Me quedé quieto y la miré.

—Tú hazlo —insistió.

Me encogí de hombros y activé mi Talento: la montura se rompió fácilmente.

—Pon los cristales uno encima del otro —me dijo.

—Vale.

—¿Puedes hacer con esas lentes lo que has hecho con las botas? ¿Meterles potencia adicional?

—Debería, pero...

Dejé la frase en el aire, porque, de repente, lo entendí: si conseguía que las lentes soplaran una ráfaga de viento enorme, saldría disparado hacia arriba... como un reactor, utilizando las lentes de motor. Miré a Bastille.

—¡Bastille! Es una locura.

—Lo sé —dijo, sonriente—. Me he pasado demasiado tiempo con los Smedry. Pero es bastante probable que a mi madre le queden pocos minutos de vida. ¿Estás dispuesto a intentarlo?

—¡Por supuesto! —exclamé, sonriendo—. ¡Suena genial!

Con tendencia al liderazgo o no, reflexivo o no, inseguro o no, no dejaba de ser un adolescente. Y tenéis que reconocer que aquello sonaba genial de verdad.

Bastille se acercó más a mí y me rodeó la cintura con un brazo y el hombro con el otro.

—Entonces, voy contigo —dijo—. Agárrate a mi cintura.

Asentí, algo distraído por tenerla tan cerca. Por primera vez en mi vida, me di cuenta de algo.

Las chicas huelen raro.

Empecé a ponerme nervioso. Si conseguía que las lentes soplaran demasiado flojo, volveríamos a caer al pozo abajo. Si soplaban demasiado, acabaríamos estrellados contra el techo. Tenía que mantener un delicado equilibrio.

Bajé el brazo y apunté con las lentes al suelo, justo a mi lado, mientras, con el otro brazo, rodeaba con cautela la cintura de Bastille. Respiré hondo y me preparé.

—Smedry —dijo ella, su rostro a pocos centímetros del mío.

Parpadeé. Tenerla allí mismo, de repente, me distraía mucho, pero que mucho. Además, estaba agarrada a mí con bastante fuerza, y estamos hablando de una persona con una gema orgánica crística que ampliaba sus capacidades físicas.

Intenté responder, pero tenía la cabeza embotada. (Puede que hayáis notado que las chicas son capaces de hacerles eso a los chicos. Es resultado de sus potentes feromonas. Evolucionaron de tal modo que adquirieron la habilidad de dejarnos a los hombres con la cabeza embotada, de modo que resulte más sencillo golpearnos en la cabeza con novelas de fantasía de tapa dura y robarnos los palitos de mozzarella.)

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Estooo..., sí —conseguí responder—. ¿Qué quieres?

—Solo quería darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por provocarme. Por hacerme pensar en que alguien deseaba que fracasara. Es probable que no sea cierto, pero es lo que

necesitaba. Si existe la posibilidad de que alguien me pusiera en esa situación adrede, quiero averiguar quién fue y por qué. Es un reto.

Asentí. Así es Bastille. Si le dices que es maravillosa, se quedará sentada en una esquina con cara de malas pulgas. Pero si insinúas que quizá tenga un enemigo oculto en alguna parte, se pondrá en pie de un salto, llena de energía.

—¿Lista? —pregunté.

—Todo lo que puedo estarlo.

Me concentré en las lentes —e intenté no hacer caso de lo cerca que estaba Bastille— y reuní toda mi energía oculantista.

Después contuve el aliento y liberé mi poder.

Salimos disparados del suelo en una tambaleante ráfaga de viento. El polvo y las esquirlas de piedra volaban bajo nosotros y subían por los laterales del pozo. Nos elevábamos, el viento alborotándonos el pelo, pero la abertura del pozo se acercaba demasiado deprisa. Grité y desactivé las lentes, pero ya habían adquirido demasiado impulso.



Pasamos de largo la boca del agujero y seguimos subiendo. Alcé las manos para taparme la cara cuando vi que nos acercábamos al techo. Como las lentes ya no nos impulsaban, la gravedad nos frenó. Llegamos al punto límite a pocos centímetros del techo y empezamos a descender otra vez.

—¡Ahora, patada! —exclamó Bastille mientras se giraba y me apoyaba los dos pies en el pecho.

—¿Qu...? —empecé, pero ella me dio una patada y me lanzó hacia atrás, impulsándose ella en dirección contraria.

Caímos al suelo, cada uno a un lado del pozo. Rodé y me quedé tumbado, boca arriba. La habitación me daba vueltas.

Estábamos libres. Me senté y me sostuve la cabeza. Al otro lado del pozo, Bastille se puso en pie de un salto, sonriente.

—¡No puedo creerme que haya funcionado!

—¡Me has dado una patada! —me quejé con un gruñido.

—Bueno, te la debía. Recuerda que tú me la diste a mí en el *Dragonauta*. No quería que te quedaras sin disfrutar de esa sensación.

Hice una mueca. Por cierto, que esto es una buena metáfora de mi relación con Bastille. Estoy pensando en escribir un libro sobre el concepto: *Cómo obtener dinero y diversión pateando a tus amigos*.

De repente se me ocurrió una cosa.

—¡Mis lentes!

Estaban hechas añicos en el suelo, junto al pozo. Las había soltado al caer. Me levanté y corrí hacia ellas, pero no sirvió de nada: lo que quedaba no se podía utilizar.

—Recoge los fragmentos —me dijo Bastille—. Las pueden volver a forjar.

Suspiré.

—Sí, supongo. Eso significa que tendré que enfrentarme a Kiliman sin ellas.

Bastille guardó silencio.

«No tengo ningunas lentes ofensivas y a Bastille solo le queda una daga a punto de romperse. ¿Cómo vamos a luchar contra esa criatura?»

Barí los trozos de cristal y los metí en un saquito que después guardé en uno de mis bolsillos para lentes.

—Somos libres —dijo Bastille—, pero seguimos sin saber bien qué hacer. De hecho, ni siquiera sabemos cómo llegar hasta Kiliman.

—Encontraremos el modo.

Ella me miró y, para mi sorpresa, asintió con la cabeza.

—De acuerdo, ¿qué hacemos?

—Pues...

De repente, Australia entró corriendo en el cuarto, jadeando de cansancio.

—Vale, ¡he encontrado vuestra cuerda!

Levantó una mano vacía.

—Estooo, gracias. ¿Es una cuerda imaginaria?

—No, tonto —respondió, riéndose, y sujetó algo entre dos dedos

—. ¡Mira!

—Un cable de una trampa —dijo Bastille.

—¿Eso era? Lo he encontrado en el suelo, por allí.

—¿Y cómo pensabas usarlo para sacarnos del pozo? —pregunté—. Dudo de que sea lo bastante largo y, aunque lo sea, no habría aguantado nuestro peso.

—Pero ya estáis fuera del pozo.

—Ahora sí —repuse, exasperado—. Pero antes no. Quería que buscaras una cuerda por la que pudiéramos trepar.

—¡Ah! ¡Pues haberlo dicho antes!

Me quedé donde estaba, estupefacto.

—En fin, da igual —dije mientras cogía el trozo de cable.

Estaba a punto de guardarlo en el bolsillo, pero me detuve y lo miré.

—¿Qué? —preguntó Bastille.

Sonreí.

—¿Tienes una idea?

Asentí.

—¿Cuál?

—Te la cuento dentro de un minuto. Primero tengo que averiguar cómo llegar al centro de la biblioteca.

Todos nos miramos los unos a los otros.

—Yo llevo todo el día vagando por los pasillos —dijo Australia—. Con esas criaturas fantasmales ofreciéndome libros en cada esquina. No dejo de explicarles que odio leer, pero no me escuchan. Si no hubiera dado con tus huellas, Alcatraz, ¡seguiría perdida!

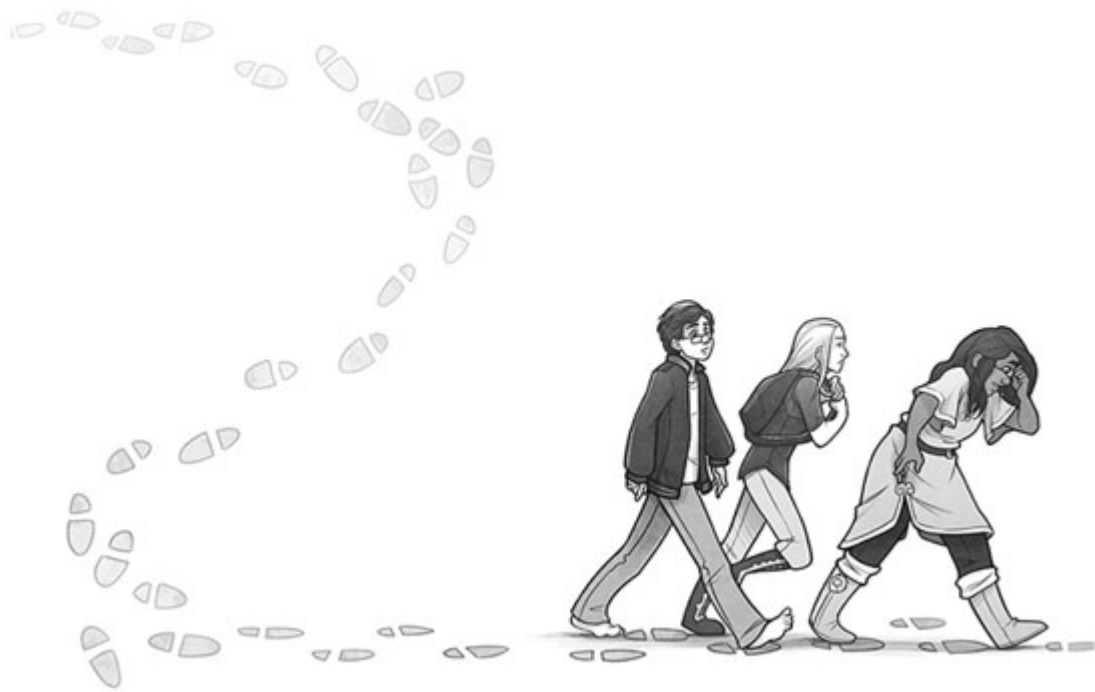
—¡Huellas! Australia, ¿puedes ver las huellas de Kaz?

—Por supuesto.

Se dio unos golpecitos en las lentes, en mis lentes de rastreador, que todavía llevaba puestas.

—¡Síguelas!

Ella asintió y nos condujo al exterior de la habitación. A pocos metros del pasillo, sin embargo, se detuvo.



—¿Qué pasa?

—Acaban aquí.

«Su Talento —comprendí—. Está haciéndolo saltar por la biblioteca para llevarlo al centro. No podremos rastrearlo.»

—Pues ya está —dijo Bastille, que empezaba a sonar deprimida otra vez—. No llegaremos a tiempo.

—No, mientras esté al mando, no vamos a rendirnos.

Ella pareció sorprenderse, pero después asintió.

—Vale, ¿qué hacemos?

Me quedé callado un momento, pensando. Tenía que haber una solución. «Información, chaval —recordé que me dijo el abuelo Smedry—. Es más poderosa que cualquier espada o pistola...»

Levanté la mirada de golpe.

—Australia, ¿puedes seguir mis huellas de vuelta por donde vine, antes de entrar en la habitación del pozo?

—Claro.

—Pues hazlo.

Nos condujo a través de cámaras que parecían jaulas y pasillos. En pocos minutos habíamos salido de la zona de mazmorras de la biblioteca y entrábamos en la de las estanterías. Los lingotes de oro que había tirado en el suelo demostraban que estábamos de vuelta donde habíamos empezado. Metí los lingotes en la mochila de Bastille.

No, no porque tuviera un gran plan para utilizarlos, sino porque pensé que, si sobrevivía a aquello, quería hacerlo con oro en las manos (no sé si os habréis dado cuenta, pero se pueden comprar muchas cosas con él).

—Genial —dijo Bastille—, ya estamos aquí. No quiero cuestionar tus métodos, oh, gran líder, pero también estábamos perdidos cuando estuvimos aquí. Y seguimos sin saber por dónde ir.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué las lentes de discernidor. Me las puse y miré los estantes. Sonreí.

—¿Qué? —preguntó Bastille.

—Conservan todo libro que se haya escrito, ¿no?

—Es lo que afirman los Conservadores.

—Entonces, los ordenarán cronológicamente. Cuando llega uno nuevo, le hacen una copia y lo dejan en los estantes.

—¿Y?

—Eso significa que los libros más recientes estarán en el exterior de la biblioteca. Cuanto más antiguos, más cerca del centro. Ahí es donde pondrían sus primeros libros.

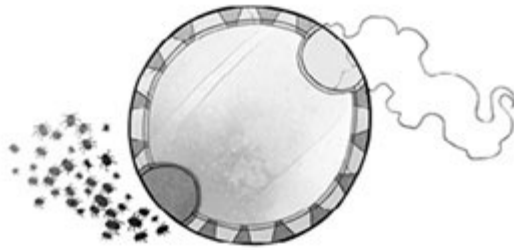
Bastille abrió un poco la boca y puso los ojos como platos cuando lo entendió.

—¡Alcatraz, es una idea magnífica!

—Debe de ser por ese golpe en la cabeza —respondí mientras señalaba en una dirección—. Por ahí. Los libros se hacen cada vez más antiguos a lo largo de ese pasillo.

Bastille y Australia asintieron, y nos metimos en el pasillo.

Capítulo 18



Ya casi hemos llegado al final del segundo libro. Espero que hayáis disfrutado del viaje. Seguro que ahora sabéis más sobre el mundo que cuando empezasteis a leer.

De hecho, probablemente habréis aprendido todo lo que necesitáis. Conocéis la conspiración de los Bibliotecarios y habéis descubierto que soy un mentiroso. He logrado todos mis objetivos. Supongo que puedo acabar el libro aquí mismo.

Gracias por leer.

Fin.

Ah, que no os basta, ¿no? Hoy estamos exigentes, ¿eh?

Vale, de acuerdo. Os terminaré la historia, pero no porque sea una buena persona, sino porque estoy deseando ver la cara que ponéis cuando muera Bastille. (No se os habrá olvidado esa parte, ¿verdad? Seguro que pensabais que mentía. Sin embargo, os prometo que no. Se muere de verdad. Ya veréis.)

Bastille, Australia y yo recorrimos a toda velocidad los pasillos de la biblioteca. Habíamos pasado por las salas con libros y habíamos llegado a las de pergaminos. Esas también estaban organizadas por antigüedad. Estábamos cerca. Lo sentía.

Eso me preocupaba. La madre de Bastille se moría y Kaz corría un grave peligro. Teníamos pocas esperanzas de vencer a Kiliman. Nos superaba en astucia y en habilidades, e íbamos directos hacia nuestro enemigo.

Sin embargo, supuse que no era buena idea explicarles a los otros lo mal que pintaban las cosas. Estaba decidido a mantener el tipo, aunque no entendiera bien esa expresión (que sonaba sospechosamente a operación biquini).

—De acuerdo —dije—. Tenemos que vencer a ese tío. ¿Con qué recursos contamos?

Me parecía que era la clase de pregunta que plantearía un líder.

—Una daga agrietada —respondió Bastille—, que probablemente no sobreviva a otro disparo de esas lentes de creascarcha.

—Tenemos esa cuerda —añadió Australia mientras revisaba la mochila de Bastille sin dejar de correr a nuestro lado—. Y... parece que un par de *muffins*. Ah, y otras botas.

«Genial», pensé.

—Bueno, a mí me quedan tres lentes. Tenemos mis lentes de oculantista, que no servirán de mucho porque el abuelo Smedry todavía no me ha enseñado a utilizarlas para defenderme. Tenemos las lentes de discernidor, que nos llevarán al centro de la biblioteca. Y tenemos las lentes de rastreador de Australia.

—Además de las lentes que encontraste en la tumba —me recordó Bastille.

—Que, por desgracia, parece que no podemos usar.

Bastille asintió.

—Pero también tenemos dos Smedry y dos Talentos.

—Es cierto. Australia, ¿tienes que quedarte dormida para que funcione el tuyo?

—Por supuesto, tonto —respondió—. ¡No puedo despertarme con un aspecto horrible si no me duermo!

Suspiré.

—Pero se me da muy bien dormirme —añadió.

—Bueno, algo es algo —mascullé. Después me regañé mentalmente—. Quiero decir, ¡adelante, mis valientes!

Bastille hizo una mueca.

—¿Me he pasado? —pregunté.

—Un pelín —respondió con brusquedad—. Pero...

Cortó la frase en seco cuando levanté una mano. Nos detuvimos, derrapando, en el mohoso pasillo. A los lados titilaban unas lámparas antiguas, y tres Conservadores flotaban a nuestro alrededor, siempre presentes, esperando la oportunidad de ofrecernos libros.

—¿Qué? —preguntó Bastille.

—Percibo a la criatura. O, al menos, sus lentes.

—Entonces, ¿ella nos percibe a nosotros?

Negué con la cabeza.

—Los Huesos del Escriba no son oculantistas. Por muy fuerte que sea con esas lentes forjadas con sangre, nosotros contamos con la ventaja de la información. Y...

Dejé la frase sin terminar porque me di cuenta de algo.

—¿Alcatraz? —preguntó Bastille, pero no le prestaba atención.

Allí, en la pared que estaba justo por encima del arco por el que íbamos a pasar, había unos garabatos. Garabatos como los que dibujaría un niño demasiado pequeño para hacer dibujos. Yo los veía brillar con un color blanco puro.

El aura me la enseñaban las lentes de discernidor. Los garabatos eran bastante nuevos, no tendrían más de dos días. Comparados con las piedras y los pergaminos antiguos del pasillo, su brillo era mucho mayor.



—Alcatraz, ¿qué pasa? —preguntó Bastille entre dientes.

—Eso está en el idioma olvidado —respondí, señalando los garabatos.

—¿Qué?

Para ella, los garabatos serían casi invisibles; yo solo los había visto con claridad porque llevaba puestas las lentes.

—Fíjate bien —le dije.

Al final asintió.

—Vale, creo que veo algunas líneas ahí arriba. ¿Y qué?

—Son nuevos —respondí—. Escritos en los últimos días. Así que, si de verdad están en el idioma olvidado, solo podría haberlos grabado alguien que llevara puestas unas lentes de traductor.

Por fin lo entendió.

—Y eso significa...

—Que mi padre estuvo aquí. —Volví a mirar aquellas marcas—. Y que no puedo leer el mensaje que me dejó porque entregué mis lentes.

Guardamos silencio.

«Mi padre tiene unas lentes que le permiten ver el futuro. ¿Me dejaría un mensaje para ayudarme a luchar contra Kiliman?»

Qué frustración. No había forma de leer aquello. Si mi padre había visto el futuro, ¿no se habría dado cuenta de que yo no tendría mis lentes?

No, el abuelo Smedry me había contado que las lentes de oráculo no eran muy fiables y ofrecían información poco coherente. Quizá mi padre viera que yo lucharía contra Kiliman, pero no supiera que no llevaría mis lentes de traductor.

Solo por asegurarme, me probé las lentes que había encontrado en la tumba de Alcatraz I, pero no eran de traductor, así que no pude leer la inscripción. Las guardé, suspirando.

Información. Yo no la tenía. Al final empecé a entender lo que el abuelo Smedry no dejaba de decirme: la persona que gana la batalla no tiene por qué ser la que posee el ejército más grande o las mejores armas, sino la que sabe más sobre la situación.

—Alcatraz —me dijo Bastille—, por favor. Mi madre...

La miré. Bastille es dura: su fortaleza no es fingida, como ocurre con alguna gente. No obstante, la he visto realmente preocupada en

algunas ocasiones; siempre cuando alguien a quien quiere corre peligro.

No estaba seguro de si Draulin se merecía tanta lealtad, pero no pensaba cuestionar el amor de una chica por su madre.

—Sí, perdona, después volveremos para leerlo.

—¿Quieres que me adelante para explorar el terreno? —preguntó, asintiendo.

—Sí. Ten cuidado. Percibo a Kiliman cerca.

No necesitó más advertencia que esa. Me volví hacia Australia.

—¿Cuánto tardas en quedarte dormida?

—Pues unos cinco minutos.

—Ponte a ello, entonces.

—¿En quién quieres que piense? —preguntó—. Ese será el aspecto que tenga cuando despierte.

Hizo una mueca al pensarlo.

—Depende. ¿Hasta qué punto es flexible tu Talento? ¿En qué clase de cosas puedes convertirte, si lo intentas?

—Una vez soñé con un día de calor y me desperté con pinta de polo.

«Bueno, en eso me supera», pensé. En cualquier caso, quería decir que su Talento era pero que muy flexible, más de lo que Kaz creía.

Bastille volvió unos segundos después.

—Está ahí —susurró—. Habla por las lentes de mensajero, pero no obtiene muchos resultados por culpa de las interferencias de la biblioteca. Creo que pide instrucciones sobre qué hacer contigo.

—¿Y tu madre?

—Atada a un lado de la habitación —respondió Bastille—. Están en una gran cámara circular con estuches con pergaminos a los lados. Alcatraz..., también tiene a Kaz, está atado con mi madre. No puede usar su Talento si no puede moverse.

—¿Y qué aspecto tiene tu madre? —pregunté.

A Bastille se le ensombreció el rostro.

—Cuesta decirlo desde tan lejos, pero todavía no la ha curado. Kiliman todavía debe de tener su gema orgánica.

Desenvainó la daga.

Yo hice una mueca y miré a Australia.

—Entonces, ¿quién se supone que tengo que ser? —preguntó, bostezando. En su defensa hay que decir que ya tenía cara de sueño.

—Guarda esa daga, Bastille —dije—. No vamos a necesitarla.

—¡Es la única arma que tenemos! —protestó.

—En realidad, no. Tenemos algo mucho, mucho mejor...

¿Seguro que no puedo terminar el libro aquí? Es decir, lo que viene ahora no es tan importante. De verdad.

De acuerdo, como queráis.

Bastille y yo entramos corriendo en la sala. Era tal y como nos había descrito: amplia y circular, con techo abovedado y filas de pergaminos en las paredes. No necesitaba las lentes de discernidor para saber que aquellos pergaminos eran antiguos. No se habían desintegrado ya de milagro.

Unos cuantos Conservadores espectrales se movían por la cámara, algunos de ellos susurrando palabras tentadoras a Kaz y Draulin. Los prisioneros estaban en el suelo —Kaz parecía furioso, mientras que Draulin tenía aspecto de estar enferma y aturdida—, justo frente a la puerta por la que habíamos entrado Bastille y yo.

Kiliman estaba al lado de los prisioneros, con la espada crística sobre una vieja mesa de lectura que había cerca de él. Levantó la mirada cuando entramos, con cara de pasmo absoluto. Aunque esperaba problemas, estaba claro que no contaba con que atacáramos sin disimulos.

Si os soy sincero, incluso yo estaba sorprendido.

Kaz empezó a forcejar con más ganas, y un Conservador se le acercó, acechándolo con aire amenazador. Kiliman sonrió, de modo que sus labios de carne se elevaron en un lado de su cara, mientras

que los de metal lo hicieron en el otro. Engranajes, pernos y tornillos se movieron alrededor de su único ojillo de cristal. El Hueso del Escriba agarró de inmediato la espada de cristal de Draulin con una mano mientras sacaba unas lentes con la otra.

—Gracias, Smedry, por ahorrarme la molestia de ir a buscarte — dijo.

Atacamos. A día de hoy sigo pensando que seguramente fue una de las cosas de aspecto más ridículo en las que he participado. Dos críos que apenas habían entrado en la adolescencia, sin armas a la vista, cargando de frente contra un Bibliotecario medio humano de dos metros de alto que blandía una enorme espada cristalina.

Llegamos hasta él a la vez —Bastille había controlado su velocidad para no adelantarme— y el corazón empezó a acelerárseme de nervios.

¿Qué estaba haciendo?

Kiliman atacó. Me atacó a mí, claro. Me aparté rodando y la espada cortó el aire sobre mi cabeza. En aquel momento —con Kiliman distraído—, Bastille sacó una bota de su mochila y se la tiró a la cabeza.

Le golpeó, suela por delante. El cristal de amarrador se le quedó pegado de inmediato al ojo de cristal. La punta de la bota le recorría el puente de la nariz y le asomaba por un lado de la cara, tapándole también casi por completo la visión en el ojo humano.

El Bibliotecario se quedó inmóvil un momento, pasmado. Probablemente era la reacción apropiada si te golpean en la cara con una gran bota mágica. Después lanzó un improperio y levantó la mano con torpeza para intentar quitarse la bota de la cara.



Me puse en pie como pude. Bastille sacó la segunda bota y la lanzó —con perfecta puntería— al saquito que colgaba del cinturón de Kiliman. La bota se pegó al cristal de dentro, y Bastille tiró con fuerza del cable que tenía en las manos.

El saquito se liberó, y Bastille se hizo con el conjunto completo —cable, bota y saquito—, como una extraña pescadora sin dinero para comprarse una caña. Me sonrió y después abrió el saco para enseñarme con aire triunfal la gema orgánica que guardaba, pegada a la bota.

Me lo lanzó todo. Cogí la bota y desactivé el cristal. El saquito me cayó en la mano. Dentro, saqué la gema —que lancé a Bastille— y algo más. Unas lentes.

Las saqué con ansia, pero no eran mis lentes de traductor, sino las de rastreador que había utilizado Kiliman para seguirnos.

«Tendremos que preocuparnos por las lentes de traductor más tarde —pensé—. Ahora no hay tiempo.»

Kiliman rugió y por fin consiguió meter una mano dentro de la bota y despegarla haciendo como si diera un paso con la mano. El cristal de amarrador se soltó y Kiliman tiró la bota a un lado.

Tragué saliva: se suponía que no lo solucionaría tan pronto.

—Buen truco —dijo mientras volvía a atacarme con la espada.

Me aparté como pude, corriendo hacia la salida. Volví la vista atrás y vi que Kiliman se ponía las lentes de creascarcha para dispararme por la espalda.

—¡Eh, Kiliman! —chilló de repente una voz—. ¡Me he liberado y te estoy haciendo burlas!

Kiliman se volvió, sorprendido, y se encontró con Kaz libre de sus ataduras y esbozando una amplia sonrisa. Un Conservador flotaba a su lado, pero este tenía piernas y empezaba a parecerse cada vez más a Australia, ya que su Talento se disipaba. La habíamos enviado por delante, con aspecto de fantasma, para que desatara a los prisioneros.

Kiliman pasó por otro momento de estupefacción, que Bastille aprovechó para lanzarle la gema orgánica de su madre a Kaz. El hombre pequeño la recogió, después agarró una de las cuerdas de Draulin —que todavía estaba atada—, mientras Australia agarraba la otra. Salieron corriendo juntos, arrastrando a la caballero con ellos.

Kiliman gritó de rabia. Era un sonido terrible, medio metálico. Les dio la vuelta a las lentes de creascarcha; el cristal, que ya brillaba, lanzó un rayo de luz azulada.

Pero Kaz y las otras dos ya se habían ido, perdidos en las profundidades de la biblioteca gracias al Talento de Kaz.

—¡Smedry! —exclamó Kiliman, volviéndose hacia mí justo cuando yo llegaba a la puerta—. Te perseguiré. Aunque escapes hoy, te seguiré. ¡Nunca te librarás de mí!

Me detuve. Bastille ya debería haber huido, pero seguía allí, en el centro de la habitación, desde donde había lanzado la gema orgánica a Kaz.

Estaba mirando a Kiliman. Poco a poco, él se percató de su presencia y se volvió.

«¡Corre, Bastille!», pensé.

Lo hizo. Derecha hacia Kiliman.

—¡No! —chillé.

Más tarde, cuando tuve tiempo para pensarlo, me di cuenta de por qué lo había hecho Bastille. Sabía que Kiliman no mentía. Pretendía perseguirnos, y era un cazador experto. Probablemente nos hubiera encontrado otra vez antes incluso de salir de la biblioteca.

Solo había un modo de librarse de él, y era hacerle frente. Sin más dilación.

En aquel instante no era consciente del razonamiento, solo pensaba en lo estúpida que era. Sin embargo, hice algo aún más estúpido: entré de nuevo en la sala.

Capítulo 19



La vida no es justa.

Si sois de la clase de lectores con criterio que creo que sois (al fin y al cabo, habéis elegido este libro), ya deberíais haberlo deducido: en la vida, hay unos cuantos aspectos que no son nada justos.

No es justo que algunas personas sean ricas y otras, pobres. No es justo que esté divagando en vez de seguir con el clímax de la historia. No es justo que yo sea una barbaridad de guapo, mientras los demás son simplemente normales. No es justo que «diptongo», una palabra que suena que lo flipas, tenga un significado tan poco flipante, relativamente hablando.

No, la vida no es justa. Aunque sí que es divertida.

Lo único que puedes hacer es reírte de ella. Algunos días tienes que sentarte en tu aburrido sillón mientras bebes chocolate caliente. Otros días tienes la oportunidad de salir como un cohete de un pozo abierto en el suelo y después enfrentarte a un monstruo medio metálico que mantiene prisionera a la madre de tu amiga. Otros días

tienes que disfrazarte de hámster verde y bailar en círculos mientras la gente te lanza granadas maduras.

No preguntéis.

Creo que de este libro debéis sacar dos lecciones. Con la segunda os daré la tabarra en el siguiente capítulo, pero la primera —y puede que la más interesante— es esta: recordad reíros, por favor. Es bueno para la salud. (Además, me es más fácil lanzaros una granada madura si os estáis riendo.)

Reíd cuando ocurran cosas buenas. Reíd cuando ocurran cosas malas. Reíd cuando la vida sea tan aburrida que no le encontréis nada divertido, salvo el hecho de que no lo es en absoluto.

Reíd cuando acabéis un libro, aunque el final no sea feliz.

«Esto no forma parte del plan —pensé, desesperado, mientras corría de vuelta a la sala—. ¿Qué sentido tiene planear nada si la gente no se atiene a lo planeado?»

Kiliman activó las lentes de creascarcha y disparó a Bastille. Ella dejó caer la mochila, sacó su daga y cortó con ella el rayo helado. La daga se hizo añicos y la mano de Bastille se puso azul, pero bloqueó el rayo lo suficiente para tener a Kiliman a su alcance y propinarle un buen puñetazo en el estómago con la otra mano.

Kiliman dejó escapar el aire, dolorido, y retrocedió tambaleándose. Enfadado, atacó a Bastille con la espada. De algún modo, ella lo esquivó y la espada golpeó el suelo con estrépito.

«¡Qué rápida es!», pensé. Ya había rodeado a Kiliman y le había dado una fuerte patada en las costillas. Aunque a él no pareció hacerle gracia el golpe, no reaccionó tanto como lo hubiera hecho una persona normal. Tenía una parte Animada, de modo que las armas corrientes no podían matarlo; era un trabajo para oculantistas.

Al acercarme, Kiliman se volvió y estrelló el hombro contra el pecho de Bastille. El golpe la lanzó hacia atrás y Kiliman se rio antes de volver a levantar las lentes de creascarcha hacia ella.

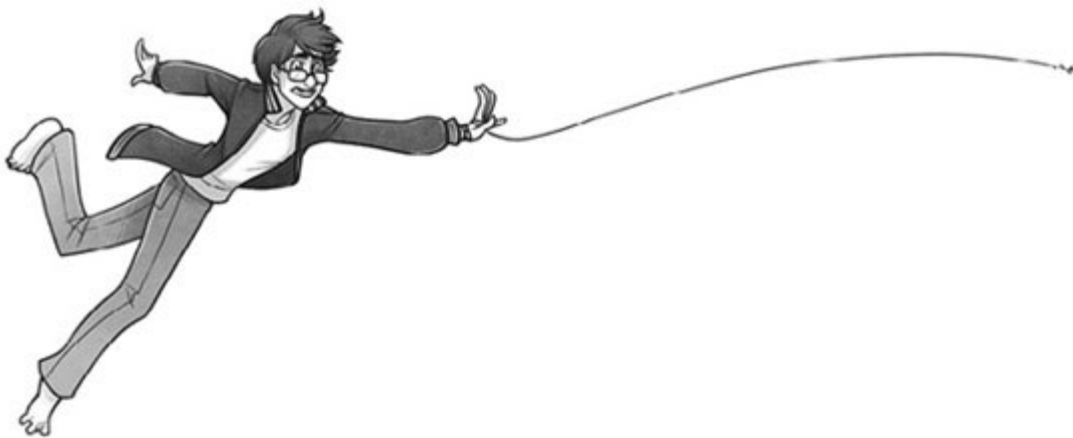
—¡No! —chillé.

Sin embargo, lo único que tenía era la bota de cristal de amarrador, así que la lancé.

Las lentes empezaron a brillar. No obstante, por una vez en mi vida, mi puntería fue certera... y la bota dio de lleno en las lentes y se quedó pegada. Cuando se dispararon, el hielo formó un gran bloque alrededor del zapato, tirando de él, pero también llenó la bota en sí, de modo que era imposible meter la mano dentro para apagarla.

Kiliman lanzó un improperio y sacudió la mano. Al hacerlo, me di cuenta de que yo todavía sujetaba el cable atado a la bota. Pensando que podría hacerme con las lentes, tiré del cable.

No me había parado a pensar que Kiliman también podía tirar. Y que era mucho más fuerte que yo. Al tirar, el cable se me clavó en las manos y me levantó por los aires. Grité, caí al suelo y mi Talento, para protegerme, rompió el cable antes de que Kiliman lograra acercarme más a él. Levanté la vista, aturdido, con tres metros de cable todavía enrollados en las manos.



Kiliman se liberó del conjunto de lentes y botas congeladas, y las tiró al suelo. Bastille se estaba levantando. Sin la chaqueta —que se había roto al estrellarse el *Dragonauta*— no resistía mucho más que una persona normal, y Kiliman le había dado de lleno con un hombro de metal. Era increíble que pudiera andar.

La criatura alzó la hoja crístina con las dos manos y nos sonrió. No parecía sentirse demasiado amenazado; sin embargo, esa actitud fortaleció la determinación de Bastille. A pesar de la advertencia que yo le gritaba, cargó de nuevo contra el monstruo.

«¡Y dice que los Smedry estamos locos!», pensé, frustrado, mientras me ponía de pie. Cuando Kiliman alzó el arma para atacar a Bastille, yo golpeé el suelo y liberé el Talento de Romper.

El suelo se resquebrajó. Se oyó un ruido ensordecedor cuando las rocas se fragmentaron y algunas partes del suelo se convirtieron en escombros. Kiliman se apartó a un lado, como si nada, y arqueó una ceja metálica al ver la grieta que había aparecido detrás de él.

—¿Y para qué se supone que sirve eso? —preguntó, mirándome.

—Se supone que para que perdieras el equilibrio —respondí—, pero también valdrá como distracción.

En aquel momento, Bastille lo placó.

Kiliman chilló, cayó al suelo y soltó la espada crístina. Al aterrizar, se le escapó algo de uno de los bolsillos y lo vi deslizarse por el suelo.

Mis lentes de traductor.

Grité y me lancé a por ellas. Oí que Bastille gruñía detrás de mí al coger la espada crístina. Sin embargo, Kiliman era demasiado fuerte. Le sujetó un pie con su mano metálica y la lanzó a un lado, obligándola a soltar la espada.

Oí un ruido horrible cuando se dio contra la pared. Me volví, alarmado.

Bastille se deslizó hasta caer al suelo. Parecía aturdida. Tenía un corte ensangrentado en la frente y una de las manos todavía azul por culpa del rayo de escarcha. Apoyó el peso en el lado derecho e hizo una mueca al intentar —y no conseguir— levantarse. Estaba en muy mala forma.

Kiliman se levantó, recuperó la espada y sacudió la cabeza, como para despejarla, antes de sacar otras lentes con su mano humana. Las de tiravacío; las que tiraban de las cosas hacia él.

Apuntó a Bastille con las lentes. Ella gruñó cuando empezó a deslizarse por el suelo hacia él, pero no era capaz ni de levantarse. Kiliman alzó la espada.

Me abalancé a por las lentes de traductor, que habían patinado por el suelo hasta quedar al lado de una de las paredes cubiertas de pergaminos. Me arrodillé a su lado y las agarré a toda prisa.

—¡Ja! —exclamó Kiliman—. Prefieres recuperar las lentes antes que evitar que mate a tu amiga. Creía que los Smedry erais valientes y honorables. ¡Ya veo lo que pasa con vuestros nobles ideales cuando corréis un peligro real!

Me arrodillé allí un momento, de espaldas a Kiliman, con las lentes de traductor en las manos. Sabía que no podía permitir que las obtuviera. Ni siquiera para salvar mi vida o la de Bastille...

Volví la vista atrás. Bastille paró al lado de Kiliman. Tenía los ojos cerrados y parecía que apenas respiraba. Él levantó la espada de su madre para matarla.



Esta es la parte sobre la que os he estado advirtiendo. La parte que sé que no os va a gustar. Lo siento.

Salí corriendo de la habitación.

Kiliman se rio con más ganas todavía.

—¡Lo sabía!

En aquel momento, con las prisas, tropecé por culpa del suelo irregular y caí de boca; las lentes de traductor se me resbalaron entre los dedos y se estrellaron contra el suelo de piedra, alejándose de mí.

—¡No! —chillé.

—¡Ajá! —exclamó Kiliman, que volvió sus lentes de tiravacío hacia las lentes de traductor caídas.

Las lentes salieron volando del suelo hacia él. Las observé acercarse a Kiliman y lo miré a los ojos —al humano y al de cristal— mientras él se regocijaba de su victoria.

Entonces sonreí. Creo que fue entonces cuando se dio cuenta de que el cable estaba atado a la montura de las lentes de traductor que volaban por el aire hacia él.

Un fino cable, casi invisible. Estaba atado a los anteojos y a un punto al otro lado del cuarto. El lugar donde me había arrodillado hacía un momento.

El lugar donde había atado el otro extremo del cable a uno de los pergaminos.

Kiliman cogió las lentes. El cable estaba tenso. El pergamino salió volando del estante y cayó al suelo.

Los ojos monstruosos del Bibliotecario se abrieron de par en par, y la boca también, de la sorpresa. Las lentes de traductor cayeron al suelo, frente a él.

De inmediato, los Conservadores rodearon a Kiliman.

—¡Has cogido un libro! —gritó uno.

—¡No! —respondió él, dando un paso atrás—. ¡Ha sido un accidente!

—No has firmado ningún contrato —respondió otra calavera, sonriente—. Pero has cogido un libro.

—Tu alma es nuestra.

—¡¡No!!

Me estremecí al percibir el pánico evidente en aquella voz. Kiliman intentó atacarme, furioso, pero era demasiado tarde. Unas llamas surgieron de la nada, a sus pies. Lo rodearon por completo, mientras él gritaba de nuevo.

—¡Caerás, Smedry! ¡Los Bibliotecarios conseguirán tu sangre! La derramarán en un altar para fabricar las lentes que usaremos para destruir vuestros reinos, para acabar con los que amas y

esclavizar a tus seguidores. ¡Puede que me hayas derrotado, pero fracasarás!

Me estremecí. El fuego consumió a Kiliman, y yo tuve que protegerme los ojos de la luz.

Y entonces desapareció. Parpadeé para aclarar el fosfeno que me había quedado en los ojos y vi a otro Conservador —uno con medio cráneo— flotando donde antes estuviera Kiliman. Tuercas, pernos, engranajes y muelles yacían a su alrededor.

El Conservador con media calavera se acercó flotando a un lado de la sala y colocó con cuidado el pergamino que se había salido. No le hice caso; había cosas más importantes de las que ocuparse.

—¡Bastille! —dije, corriendo a por ella.

Tenía sangre en los labios, y parecía magullada y maltrecha. Me arrodillé a su lado.

Ella dejó escapar un débil gruñido. Tragué saliva.

—Buen truco —susurró—. Lo del cable.

—Gracias.

Ella tosió y escupió un poco de sangre.

«Por las Primeras Arenas —pensé con una punzada de temor—. No. ¡Esto no puede estar pasando!»

—Bastille... —empecé a decir, con lágrimas en los ojos—. No fui lo bastante rápido ni lo bastante listo. Lo siento.

—¿Qué estás parlotando?

Parpadeé.

—Bueno, tienes mala pinta y...

—Cierra la boca y ayúdame a levantarme —respondió mientras se ponía de rodillas con gran esfuerzo.

Me quedé mirándola.

—¿Qué? —dijo—. Ni que me fuera a morir. Acabo de romperme unas cuantas costillas y me he mordido la lengua. Cristales rayados, Smedry, ¿es que siempre tienes que ponerte en plan melodramático?

Tras soltarme aquello, hizo una mueca y se alejó tambaleándose para recoger la espada crística caída.



Me levanté sintiéndome aliviado y un poco tonto. Después desaté con cuidado las lentes de traductor del cable y me las metí en el bolsillo, que era donde debían estar. A un lado veía a Kaz asomándose a la habitación; al parecer ya había regresado de dejar a Draulin y Australia en un lugar seguro. Esbozó una amplia sonrisa cuando nos vio a Bastille y a mí, y después entró corriendo.

—¡Alcatraz, chaval, no puedo creerte que sigas vivo!

—Lo sé, estaba convencido de que uno de nosotros moriría. ¿Sabes qué te digo? Si algún día escribo mis memorias, esta parte va a ser muy aburrida porque no ha

habido nadie lo bastante dinámico a nivel narrativo como para tener el detalle de morirse.

Bastille resopló mientras se reunía con nosotros, con uno de los brazos pegados al costado.

—Muy inspirador, Smedry.

—Tú eres la que no siguió el plan —repuse.

—¿Qué? Kiliman era más rápido que tú. ¿Cómo pensabas evitar que saliera detrás de ti cuando huyeras?

—Pues... no lo sé —reconocí.

Kaz se limitó a reírse.

—¿Y qué le ha pasado a Kiliman?

Señalé al Conservador con medio cráneo.

—Se le ha caído el alma a los pies —dije—. Podría decirse que se está *alma-ndo* de valor para encargarse de *alma-cenar* esos libros.

—¿Puedo pegarle? —preguntó Bastille, seria.

Sonreí, y entonces me fijé en algo que había en el suelo. Lo recogí: unas lentes con un único cristal amarillo.

—¿Qué es?

—Lentes de rastreador —respondí—. De Kiliman. Estaban en el saquito con la gema orgánica de Draulin.

—Mi madre —dijo Bastille—. ¿Cómo está?

—Estoy bien —respondió Draulin.

Nos volvimos y nos la encontramos en la puerta, de pie junto a una Australia con cara de vergüenza.

«Bien» era mucho decir; Draulin todavía estaba pálida, como alguien que lleva mucho tiempo enfermo. Sin embargo, avanzó con paso firme hasta nosotros.

—Señor Smedry —dijo, hincando una rodilla en el suelo—. Le he fallado.

—Tonterías.

—El Bibliotecario de Los Huesos del Escriba me capturó —respondió ella—. Caí en su trampa y me ató, de modo que pudo llevarme con él sin ningún problema. Soy una vergüenza para mi orden.

Puse los ojos en blanco.

—Los demás también caímos en las trampas de los Conservadores. Lo que pasa es que nosotros tuvimos la suerte de salir antes de que nos encontrara Kiliman.

Aun así, Draulin inclinó la cabeza. En la nuca le vi un cristal reluciente: su gema orgánica, de nuevo en su sitio.

—Levántate y deja de disculparte —ordené—. Lo digo en serio. Lo has hecho bien. Nos obligaste a enfrentarnos a Kiliman y ganamos esa pelea, así que considérate parte de la victoria.

Draulin se levantó, aunque no parecía apaciguada. Se colocó en su tradicional postura de descanso militar, con la vista fija al frente.

—Como desee, señor Smedry.

—Madre —dijo Bastille.

Draulín bajó la mirada.

—Toma —añadió Bastille al ofrecerle la espada crística.

Parpadeó, sorprendido. Por alguna razón, esperaba que Bastille se la quedara.

Draulín vaciló un momento antes de aceptar la espada.

—Gracias —respondió; después la envainó en la funda que llevaba a la espalda—. ¿Cuál es el plan, señor Smedry?

—Pues... todavía no estoy seguro.

—Entonces estableceré un perímetro alrededor de esta habitación.

Draulín me saludó con una inclinación de cabeza y caminó hasta la entrada, donde se apostó. Bastille iba a dirigirse a la otra entrada, pero la sujeté por el brazo.

—Esa mujer debería suplicarte perdón.

—¿Por qué?

—Te metiste en un buen lío por perder tu espada. Bueno, pues a Draulín no le ha ido mucho mejor, ¿no?

—Pero ha recuperado la suya.

—¿Y?

—Que no la ha roto.

—Solo gracias a nosotros.

—No, gracias a ti, Alcatraz. Kiliman me derrotó..., igual que el Animado en la biblioteca del centro. Me has salvado en ambas ocasiones.

—Pero...

Bastille me apartó con cuidado la mano del brazo.

—Te lo agradezco, Smedry, de verdad. De no ser por ti, me habría muerto ya unas cuantas veces.

Tras decir aquello, se alejó. Nunca antes me habían dado las gracias con tanto abatimiento.

«Las cosas no se van a arreglar tan fácilmente —pensé—. Bastille todavía cree que es una fracasada. Tendremos que hacer

algo al respecto.»

—¿Vas a destruir eso, chaval? —me preguntó Kaz.

Bajé la vista y me di cuenta de que todavía tenía en la mano las lentes de rastreador de Kiliman.

—Es un arte oculantista muy oscuro —añadió, restregándose la barbilla—. Las lentes forjadas con sangre son un mal asunto.

—Entonces mejor las destruimos —dije—. O se las damos a alguien que sepa qué hacer con ellas...

Dejé la frase sin acabar (por supuesto).

—¿Qué?

No respondí. Había visto algo a través de las lentes de rastreador. Me las llevé a un ojo y me sorprendió encontrar huellas en el suelo. Había un montón, claro: las mías, las de Bastille e incluso las de Kiliman (aunque desaparecían a toda prisa, porque no lo conocía demasiado bien). Sin embargo, lo importante era que veía tres pares de huellas que destacaban sobre las otras. Todas conducían a una discreta puertecita al otro lado del cuarto.

Unas huellas eran del abuelo Smedry. Otras, unas negras amarillentas, pertenecían a mi madre. Las terceras, de un blanco rojizo centelleante, eran, sin duda, las de mi padre. Todas llegaban hasta la puerta, pero ninguna volvía.

—Eh —dije, volviéndome hacia el Conservador más cercano—, ¿qué hay detrás de esa puerta?

—Es donde guardamos las posesiones de los que se han convertido en Conservadores —respondió la criatura con voz ronca.

Efectivamente, vi a varios de ellos recogiendo los restos de la transformación de Kiliman: los trocitos de metal y la ropa que llevaba puesta.

Bajé las lentes.

—Vamos —les dije a los otros—. Casi se nos olvida por qué vinimos.

—¿Y por qué vinimos, en realidad? —preguntó Kaz.

—Para descubrir lo que hay al otro lado de esa puerta.

Capítulo 20



Hangukmal malhagi mashipshio.

Las expectativas. Son una de las cosas más importantes de la existencia (lo que tiene su gracia, porque, al ser conceptos abstractos, podría argumentarse que ni siquiera «existen»).

Todo lo que hacemos, todo lo que experimentamos y todo lo que decimos se ve enturbiado por nuestras expectativas. Vamos al colegio o a trabajar por las mañanas porque esperamos que nos será provechoso (o, al menos, esperamos que, si no vamos, nos meteremos en un lío).

Nuestras amistades se basan en las expectativas. Esperamos que nuestros amigos actúen de cierta manera y después actuamos como ellos esperan de nosotros. De hecho, que nos levantemos por

las mañanas demuestra que esperamos que salga el sol, que el mundo siga girando y que nos sirvan los zapatos, como el día anterior.

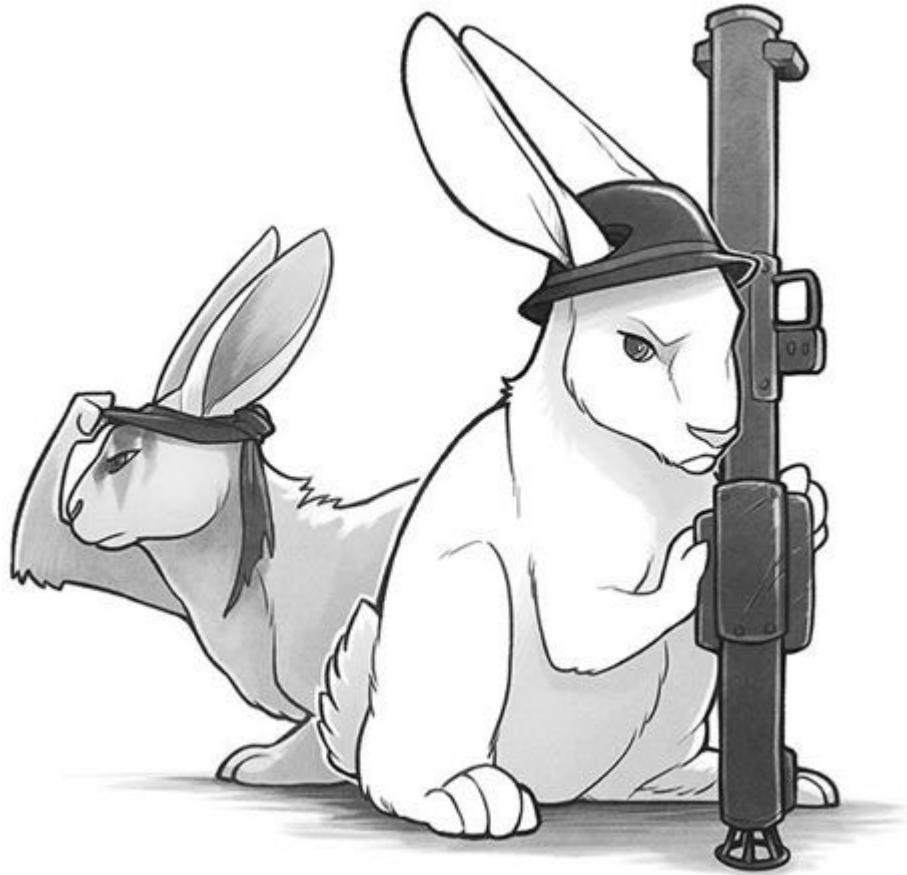
La gente lo pasa mal cuando no satisfaces sus expectativas. Por ejemplo, seguramente no esperabais que empezara este capítulo escribiendo en coreano. Aunque, después de la historia del conejo con bazuca, uno empieza a preguntarse cómo es posible que sigáis manteniendo vuestras expectativas con este libro.

Y ese, amigos míos, es el objetivo.

La mitad de los que leéis este libro vivís en las Tierras Silenciadas. Yo mismo era un habitante de esas tierras, y no soy tan inocente como para pensar que todos aceptáis la veracidad de mi historia. Probablemente leísteis el primer libro y os pareció divertido, y estáis leyendo este no porque os creáis lo que cuenta, sino porque esperabais otra historia divertida.

Expectativas. Confiamos en ellas. Por eso a muchos de los habitantes de las Tierras Silenciadas les cuesta creer en los Reinos Libres y en la conspiración de los Bibliotecarios: no esperabais despertaros y descubrir que todo lo que sabíais sobre historia, geografía y política es falso.

Así que puede que empecéis a entender por qué he incluido algunas de las cosas que he incluido. Conejos con bazucas, barcos que se reparan (ahora os cuento más sobre el tema), rostros hechos con números, explicaciones de gente pequeña sobre su visión del mundo, y una lección sobre zapatos y peces. Todos estos ejemplos intentan demostrar que necesitáis tener una mente abierta. Porque no todo lo que creéis es cierto y no todo lo que esperáis que suceda sucederá.



Puede que este libro no signifique nada para vosotros. Puede que consideréis mi historia de Conservadores demoniacos y lentes mágicas una pura tontería para leer y después olvidar. Puede que, como esta historia trata de personas que están muy lejos —y que puede que ni siquiera sean reales—, supongáis que no tiene nada que ver con vosotros.

Espero que no. Porque, veréis, yo también tengo expectativas, y esas expectativas me susurran que lo comprenderéis.

Encontramos un largo pasillo al otro lado de la puerta. Al final del pasillo había otra puerta, y al otro lado de esa puerta había una habitacioncita.

En ella, solo había un ocupante. Estaba sentado en una caja polvorienta y miraba el suelo que tenía frente a él. No estaba encerrado. Al parecer, simplemente había estado allí sentado, pensando.

Y llorando.

—¿Abuelo Smedry? —pregunté.

Leavenworth Smedry, Oculantista Dramatus, amigo de reyes y potentados, levantó la mirada. Solo habían pasado unos días desde la última vez que lo había visto, pero parecía mucho más tiempo. Me sonrió con ojos apenados.

—Alcatraz, chaval —dijo—. ¡Por la hacinada Hales, al final me has seguido!

Corrí a abrazarlo. Kaz y Australia me siguieron, mientras que Bastille y Draulin se apostaron en la puerta.

—Hola, papá —lo saludó Kaz, levantando una mano.

—¡Kazan! —exclamó el abuelo Smedry—. Bueno, bueno, habrás estado corrompiendo a tu sobrino, supongo.

—Alguien tiene que hacerlo —repuso, encogiéndose de hombros.

El abuelo Smedry sonrió, pero había algo... triste en su expresión. No estaba tan animado como siempre. Hasta los mechones de pelo de detrás de las orejas parecían menos vivarachos.

—Abuelo, ¿qué pasa? —le pregunté.

—Oh, nada, chaval —dijo él mientras me ponía una mano en el hombro—. Es que... ya debería haber pasado mi periodo de duelo. ¡Al fin y al cabo, tu padre se fue hace trece años! Durante todo ese tiempo seguí conservando la esperanza. Estaba convencido de que lo encontraríamos aquí, pero parece que llegué demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Ah, no te lo he enseñado, ¿verdad? —Me entregó algo, una nota—. La encontré en este cuarto. Al parecer, tu madre ya había estado aquí y se había llevado las pertenencias de Attica. Muy lista, esa Shasta. Siempre un paso por delante de mí, incluso sin la

intervención de mi Talento. Entró y salió de la biblioteca antes de que llegáramos, pero dejó esto. Me pregunto por qué.

Bajé la vista para leer la nota.

Anciano, decía.

Supongo que recibiste mi nota diciendo que Attica se dirigía a la Biblioteca de Alejandría. Seguramente ya te has dado cuenta de que los dos llegamos demasiado tarde para impedir que cometiese una estupidez. Siempre fue un idiota.

He confirmado que entregó su alma, aunque no logro imaginarme con qué fin. Esos puñeteros Conservadores no me han contado nada útil. Me he llevado sus pertenencias. Digas lo que digas, soy su mujer y estoy en mi derecho.

Sé que no te gusto. El sentimiento es mutuo. Pero me apena ver desaparecer a Attica para siempre. No tenía por qué haber muerto de un modo tan absurdo.

Ahora los Bibliotecarios contamos con las herramientas necesarias para vencerlos. Es una pena que no llegáramos a un acuerdo. Me da igual que te creas lo que te cuento de Attica o no. Me pareció oportuno dejarte esta nota. Es lo mínimo que le debo.

SHASTA SMEDRY

Levanté la mirada, frustrado.

Todavía había lágrimas en los ojos del abuelo Smedry, que tenía la vista perdida, fija en la pared.

—Sí, tendría que haber llorado por él hace mucho tiempo. Al parecer, también llego tarde a eso. Muy tarde...

Kaz leyó la nota por encima de mi hombro.

—¡Nuez moscada! —exclamó, señalándola—. No nos lo creemos, ¿no? ¡Shasta es una rata bibliotecaria mentirosa!

—No miente, Kazan —repuso el abuelo Smedry—. Al menos, no sobre tu hermano. Los Conservadores lo han confirmado, y no pueden mentir: Attica se ha convertido en uno de ellos.

Nadie puso objeciones a su afirmación. Era la verdad. Lo sentía. Con las lentes de rastreador incluso veía el lugar en el que acababan las huellas de mi padre. Sin embargo, las de mi madre se iban por otra puerta diferente.

El suelo que tenía bajo los pies empezó a crujir, ya que mi Talento percibía mi frustración, y a mí me dieron ganas de golpear algo. Habíamos pasado por muchas cosas solo para encontrarnos con aquel final. ¿Por qué? ¿Por qué había hecho mi padre algo tan tonto?

—Siempre fue demasiado curioso para su propio bien —dijo Kaz mientras apoyaba una mano con mucho cariño en el hombro del abuelo Smedry—. Le dije que acabaría mal como siguiera así.

El abuelo asintió con la cabeza.

—Bueno, ahora tiene todo el conocimiento que siempre ha querido. Puede leer un libro tras otro y aprender todo lo que quiera.

Tras decir aquello, se levantó. Nos unimos a él y nos dirigimos al pasillo. Recorrimos la habitación principal y salimos a las estanterías del otro lado, seguidos por un par de Conservadores que —sin duda— esperaban a que cometiéramos un error de última hora y perdiéramos nuestras almas.

Suspiré, me volví y le eché un último vistazo al lugar en el que mi padre había acabado con su vida. Allí, sobre la puerta, vi los garabatos. Los que estaban grabados en la piedra. Fruncí el ceño, saqué las lentes de traductor y me las puse. El mensaje era simple, solo constaba de una frase.

No soy idiota.

Parpadeé, sorprendido. El abuelo Smedry y Kaz hablaban en voz baja sobre mi padre y su estupidez.

«No soy idiota.»

¿Qué impulsaría a una persona a entregar su alma? ¿De verdad merecía la pena a cambio de unos conocimientos ilimitados? ¿Unos

conocimientos que después no podrías usar? ¿Que no podrías compartir?

A no ser que...

Me detuve, lo que hizo que los demás se detuvieran a su vez. Miré a la cara a uno de los Conservadores.

—¿Qué ocurre cuando escribes algo mientras estás dentro de la biblioteca?

La criatura parecía desconcertada.

—Nos llevamos lo escrito y lo copiamos. Después devolvemos la copia una hora después.

—¿Y si escribieras algo justo antes de entregar tu alma? ¿Y si cuando llegara la copia fueras un Conservador?

El Conservador apartó la mirada.

—¡No podéis mentir! —le dije, señalándolo.

—Puedo decidir no hablar.

—No si tenéis que devolver las pertenencias —añadí sin dejar de señalarlo—. Si mi padre escribió algo antes de que se lo llevaran, no tendrías que entregárselo a mi madre, a no ser que ella lo pidiera. Pero tenéis que dármelo si os lo exijo. Y lo hago: dádme.

El Conservador siseó. Después, todos los que nos rodeaban sisearon. Les devolví el bufido.

En fin, bueno, no sé bien por qué lo hice.

Al final, un Conservador se acercó flotando con un trozo de papel en su mano translúcida.

—Esto no cuenta como sacar uno de vuestros libros, ¿no? —pregunté, vacilante.

—No es nuestro —respondió el Conservador mientras me lanzaba el papel a los pies.

Mientras los otros permanecían a mi alrededor, desconcertados, cogí el papel y lo leí. No era lo que esperaba.

Es muy simple, decía.

Los Conservadores, como casi todas las cosas de este mundo, siguen unas normas. Son normas extrañas, pero inflexibles.

El truco es no ser dueño de tu alma cuando firmas el contrato. Así que lego mi alma a mi hijo, Alcatraz Smedry, y firmo esto para entregársela. Él es su verdadero dueño.

Levanté la vista.

—¿Qué es, chaval? —preguntó el abuelo Smedry.

—Abuelo, ¿qué harías tú? Si fueras a dar tu alma no por un libro concreto sino por tener acceso a todo el contenido de la biblioteca, ¿qué libro pedirías?

El abuelo se encogió de hombros.

—¡Por la variable Volsky, chaval, no lo sé! Si vas a entregar tu alma para leer los otros libros de la biblioteca, da igual qué libro elijas primero, ¿no?

—En realidad, no —susurré—. La biblioteca contiene todos los conocimientos de la humanidad.

—¿Y? —preguntó Bastille.

—Así que contiene soluciones a todos los problemas. Sé lo que pediría yo —añadí, mirando a los Conservadores—: ¡pediría el libro que explicara cómo recuperar mi alma después de entregársela a los Conservadores!

Todos guardaron silencio un momento, pasmados. Los Conservadores empezaron a alejarse flotando.

—¡Conservadores! —chillé—. ¡Esta nota me lega el alma de Attica Smedry! ¡La habéis obtenido ilegalmente y exijo su devolución!

Las criaturas se quedaron paralizadas y después se pusieron a lanzar aullidos desesperados.

Una de ellas, de repente, giró y se echó hacia atrás la capucha; las llamas de sus cuencas se apagaron, reemplazadas por ojos humanos. El cráneo se hinchó, cubriéndose de la carne de un hombre de rostro aguileño y aspecto noble.

Se quitó la túnica y vi que llevaba un esmoquin debajo.

—¡Ajá! —dijo—. ¡Sabía que lo averiguarías, hijo! —El hombre se volvió, señalando a los Conservadores que flotaban a nuestro lado

—. ¡Habéis sido muy amables dejándome rebuscar en vuestros libros, viejos espectros! Os he vencido. ¡Os lo dije!

—Ay, cielos —comentó el abuelo Smedry, sonriendo—, ahora no habrá quien lo calle: ha vuelto de entre los muertos.



—Entonces, ¿es él? —pregunté—. ¿Mi... padre?

—Y tanto —respondió el abuelo—. Attica Smedry, en carne y hueso. ¡Ja! Debería haberlo sabido: si hay un hombre capaz de perder su alma y después recuperarla, jese es Attica!

—¡Padre, Kaz! —exclamó Attica, que se acercó para rodearles los hombros con los brazos—. ¡Tenemos trabajo por delante! ¡Los Reinos Libres corren un grave peligro! ¿Habéis recuperado mis posesiones?

—En realidad, se las llevó tu mujer —dije yo.

Attica se quedó helado, mirándome. Aunque antes se había dirigido a mí, al parecer me veía por primera vez.

—Ah —dijo—, entonces ¿tiene mis lentes de traductor?

—Eso suponemos, hijo —respondió el abuelo Smedry.

—¡Pues eso significa que tenemos todavía más trabajo por delante!

Tras decir aquello, se alejó por el pasillo, caminando como si esperase que todos lo siguieran al instante.

Me quedé donde estaba, mirándolo. Bastille y Kaz se detuvieron y me miraron.

—¿No es lo que esperabas? —preguntó ella.

Me encogí de hombros. Era la primera vez que veía a mi padre, y él apenas me había mirado.

—Seguro que es porque está un poco distraído —añadió Bastille—. Desconcertado por haber sido un fantasma tanto tiempo.

—Sí, seguro que es eso.

Kaz me dio una palmada en el hombro.

—No te deprimas, Al. ¡Creo que esto se merece una celebración! Sonreí porque su entusiasmo era contagioso.

—Supongo que tienes razón.

Iniciamos la marcha, yo cada vez más animado. Kaz tenía razón: cierto, no todo era perfecto, pero habíamos conseguido salvar a mi padre. Ir a la biblioteca había demostrado ser la mejor elección.

Puede que fuera inexperto, pero había tomado la decisión correcta. Empecé a sentirme bastante bien.

—Gracias, Kaz.

—¿Por?

—Por los ánimos.

—La gente pequeña es así. Recuerda que te dije que éramos más compasivos.

—Puede —repuse entre risas—. Sin embargo, debo decir que se me ocurre al menos una razón por la que es mejor ser una persona alta.

Kaz arqueó una ceja.

—Bombillas —respondí—. Si todo el mundo fuera tan bajo como tú, Kaz, ¿quién las iba a cambiar?

—¡Se te olvida la razón número sesenta y tres, chaval! —exclamó él, riéndose.

—¿Que es...?

—Si todo el mundo fuera pequeño, ¡podríamos construir techos más bajos! ¡Piensa en lo mucho que se ahorraría!

Me reí y sacudí la cabeza mientras alcanzábamos a los demás de camino a la salida de la biblioteca.

Epílogo del autor



Ahí lo tenéis. El libro número dos de mis memorias. No es el final, por supuesto. No pensaríais que lo era, ¿no? ¡Ni siquiera hemos llegado todavía a la parte en la que me atan al altar para morir sacrificado! Además, estas cosas siempre se publican en trilogías, como mínimo. ¡Si no, no son épicas!

En este volumen se incluye una parte importante de mi vida. Mi primer encuentro —por modesto que fuera— con el famoso Attica Smedry. Mi primera experiencia como líder. Mi primera oportunidad de usar las lentes de soplаторmentas como si fueran un motor a reacción (nunca me canso de usarlas así).

Antes de despedirnos, os debo una explicación más. Tiene que ver con un barco: el barco de Teseo. ¿Os acordáis? Habían sustituido toda la madera del barco, de modo que seguía pareciendo el mismo, pero no lo era.

Os conté que yo era ese barco. Quizás ahora, después de leer este libro, entendáis el porqué.

Ya deberíais saber bastante bien cómo era yo de joven. Habéis leído dos libros sobre esa persona y habéis visto cómo

evolucionaba. La habéis visto hacer cosas heroicas, como subirse a lo alto de un dragón de cristal, enfrentarse a un miembro de Los Huesos del Escriba y salvar a su padre de las garras de los Conservadores de Alejandría.

Quizás os preguntéis por qué he empezado mi autobiografía tan al principio, cuando todavía parecía que podría convertirme en una buena persona. Bueno, soy el barco de Teseo: hubo un tiempo en que fui ese chico lleno de esperanzas y potencial. Ya no soy así. Soy una copia. Una falsificación.

Soy el adulto en el que se convirtió ese chico, pero no soy él. No soy el héroe que todos afirman, aunque parezca que debiera serlo.

El objetivo de esta serie es demostrar los cambios que experimenté. Permitiros ver cómo iban sustituyendo mis piezas hasta que no quedó nada del original.

Soy una persona triste y lamentable que escribe la historia de su vida en el sótano de un espléndido castillo que en realidad no merece. No soy un héroe. Los héroes no permiten que sus seres queridos mueran.

No me siento orgulloso de aquello en lo que me he convertido, pero pretendo asegurarme de que todos conozcan la verdad. Ha llegado el momento de acabar con las mentiras; el momento de que la gente se dé cuenta de que su barco de Teseo no es más que una copia.

Si es que el verdadero existió alguna vez.

no era cosa mía.

—¡Bastille! —grité, sosteniendo su cuerpo ensangrentado entre mis brazos—. ¿Por qué?

Ella no respondió. Miraba al aire, los ojos vidriosos; su espíritu ya no estaba conmigo. Me estremecí y la estreché contra mi pecho, pero su cuerpo se enfriaba.

—¡No puedes morir, no puedes! —grité—. ¡Por favor!

No sirvió de nada. Bastille estaba muerta. Muerta de verdad. Más muerta que la batería de un coche que se ha quedado toda la noche con los faros encendidos. Tan muerta que estaba el doble de muerta que cualquier otra persona muerta que había visto antes. Así de muerta estaba.

—Es culpa mía —dije—. ¡No debería haberte metido en la pelea contra Kiliman!

Le comprobé el pulso, por si acaso. No había nada. Porque, ya sabéis, estaba muerta.

—Ay, mundo cruel —sollocé.

Le acerqué un espejo a la cara para ver si respiraba. Por supuesto, no se empañó. Ya que Bastille estaba completa y absolutamente muerta.

—Con lo joven que eras. Demasiado joven para que te arrancaran de nuestro lado. ¿Por qué has tenido que ser tú, precisamente, con lo joven que eres? Demasiado joven para morir, me refiero.

Le pinché con un dedo para asegurarme de que no estuviera fingiendo, pero ni siquiera parpadeó. La pellizqué y después le di una bofetada. Nada funcionó.

¿Cuántas veces tengo que explicar que estaba muerta? Miré su cadáver; la cara adquiriría el tono azul de la muerte, y yo lloré un poco más.

Estaba tan muerta que ni me di cuenta de que esta parte está en el libro por dos razones. La primera, para poder decir en alguna parte que Bastille se murió, tal como había prometido. (¿Veis? ¡No mentía! ¡Ja!)

La segunda razón es, por supuesto, que si alguien salta directamente a la última página para leer el final —una de las cosas más pútridas y horrendas que puede hacer un lector—, se quede pasmado y se enfade al leer que Bastille está muerta.

Los demás podéis pasar de estas páginas. (¿He mencionado ya que Bastille está muerta?)

Fin.



Sobre el autor

Obviamente, Brandon Sanderson no es el verdadero autor de este libro. Alcatraz Smedry lo escribió. Como este libro se debe publicar como una novela de «fantasía» en las Tierras Silenciadas para distraer y confundir a los agentes de los Bibliotecarios, se ha llegado a un acuerdo con el señor Sanderson para utilizar su nombre en la cubierta.

Alcatraz conoce a Brandon Sanderson y, la verdad, no le impresiona. Sanderson escribe libros de fantasía de verdad: unas tonterías que no son, ni mucho menos, tan reales y ciertas como este texto. Es el presidente de la sede local del HCEFLDL (el Honorable Consejo de Escritores de Fantasía con Libros Demasiado Largos o THCoFWWBAWTL, por sus siglas en inglés) y se sabe que en ocasiones lleva espadas a las bodas.

Lo han encarcelado en tres ocasiones distintas por hacer un uso indebido de los juegos de palabras.

Sobre el ilustrador

Hayley Lazo es una artista de profesión, pero su verdadera pasión es descargar su justa furia sobre los delincuentes gramaticales. No tolera, entre otras cosas, ni los modificadores descolocados, ni las frases mal construidas ni las yuxtaposiciones innecesarias. Podéis encontrar sus creaciones en art-zealot.deviantart.com.

Agradecimientos

Gracias a mis agentes, Joshua Bilmes y Eddie Schneider, y a mis editores, tanto antiguos como nuevos, Jen Rees y Susan Chang.

Hayley Lazo de nuevo ha proporcionado unas ilustraciones geniales siguiendo las directrices del director de arte de Dragonsteel, Isaac Stewart. La cubierta de Scott Brundage es incluso mejor que la del primer volumen. El diseño del interior es de Heather Saunders, y la composición, de Westchester Publishing Services. El incansable trabajo de producción es cosa de Megan Kiddoo, Nathan Weaver y Karl Gold, y la corrección, de Rafal Gibek, Kyle Avery y el discreto Peter Ahlstrom.

Como siempre, muchas gracias a Emily Sanderson.